

# La Esfera

Año XI



Tragedia del  
año 1911

Precio Una peseta





### El abundante surtido

de modernas armaduras elegantes y la gran variación en las formas de los cristales **Punktal Zeiss** para corregir las deficiencias visuales, facilitan al óptico suministrarle a usted unas gafas ó lentes que le sientan bien y que no le desfiguren. No gana usted nada dilatando su compra. Al contrario, cuando más pronto usted corrija su vista deficiente, tanto mejor para sus ojos.

### CRISTALES PUNKTAL

# Zeiss

Para gafas y quevedos

LOS BUENOS ÓPTICOS SUELEN TENER EN DEPÓSITO LOS CRISTALES «PUNKTAL ZEISS». PÍDASE AL ÓPTICO Ó A CARL ZEISS, JENA, EL FOLLETO «PUNKTAL 192» ENTREGA GRATIS



CAMISERÍA  
ENCAJES  
BORDADOS  
ROPA BLANCA  
EQUIPOS PARA NOVIAS

## ROLDÁN

FUENCARRAL, 85  
TELÉFONO 35-80 M.

MADRID

# VOLT

## LT-PIVER

ESSENCE — POUFRE — LOTION  
*Le plus persistant des Parfums*

LOS GRANDES ESCRITORES  
HISPANOAMERICANOS  
VAN A COLABORAR EN

## La Novela Semanal

CON ORIGINALES RIGURO-  
SAMENTE INÉDITOS, ESCRI-  
TOS EXPRESAMENTE PARA

## La Novela Semanal

HE AQUÍ ALGUNOS NOMBRES  
DE SUS NUEVOS É INSIGNES  
COLABORADORES:

Graça Aranha ♦ Monteiro Lobato  
(Brasileños)

Manuel Gálvez ♦ Horacio Quiroga

Benito Lynch ♦ Arturo Cancela

Rodríguez Larreta ♦ Héctor Pe-

dro Blomberg ♦ Alberto Ghirardo  
(Argentinos)

Alfonso Reyes ♦ Federico Gamboa

Genaro Estrada ♦ Julio Jorri  
(Mexicanos)

Vicente A. Salaverrí  
(Uruguayo)

Rufino Blanco Fombona  
(Venezolano)

Augusto D'Halmar  
(Chileno)

A. Hernández Catá  
(Cubano)

A ESTOS NOMBRES HABRÁN DE UNIR-  
SE OTROS NO MENOS EMINENTES

## La Novela Semanal

SERA EL ÍNDICE DE LA  
MEJOR LITERATURA  
HISPANOAMERICANA

## MAQUINARIA DE UNA FABRICA DE HARINAS

con molturación  
de 15.000 kilos

### SE VENDE

DIRIGIRSE A

D. José Briales Ron  
San Antonio.—Camino de Churriana  
MALAGA



## HESPERIA

Revista teosófica y poligráfica  
Buen Suceso, 18 dupl.º, 5.º izq.ª  
MADRID

Esta importantísima Revista, única en su género en los países de habla castellana, y que dirige el insigne Dr. Roso de Luna, ha entrado ya en el segundo año de su publicación.

Precio de subscripción en España: 10 ptas. al año y 12 en el Extranjero. Hay colecciones completas del año 1.º, al precio de 10 ptas. Descuento del 25 por 100 á librerías y correspondientes.

Pida una lata



Se venden los clichés usados en esta Revista. Dirijanse á Hermosilla, 57

### Pesos oro 600.000

entreganse á caballero formal desposando bondadosa é inocente señorita: evitar suicidio. Escribid (con sello 25 céntimos para respuesta): Matrimonial Club of New-York, Oporto.

TINTAS  
LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS  
DE  
**Pedro Closas**

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES  
GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 63 al 70 BARCELONA  
Espacho: Unión, 21



NUESTROS ESCRITORES

Y

“LA NOVELA SEMANAL”

G. MARTÍNEZ SIERRA

*Los legítimos triunfos escénicos, primero; la entrega casi absoluta, después, de sus actividades entusiastas en el doble aspecto de autor y empresario del teatro más artístico de Madrid, tenían alejado a Martínez Sierra de la literatura novelesca.*

*Y, sin embargo, Martínez Sierra novelista no cede en primacía de mérito a Martínez Sierra dramaturgo.*

*A lo largo de su obra, tan varia, tan colmada de emociones nobles y agudezas sensibles, los libros conservan el encanto sentimental que ahora las comedias parecen retener exclusivamente.*

*Recuérdense La humilde Verdad, Tú eres la paz, granazón madura de aquellas floraciones moceriles de Pascua Florida y Almas ausentes.*

*Recuérdese, sobre todo, Aventura, la incomparable y sutilísima novela corta que dió a El Cuento Semanal una de sus más resonantes victorias.*

*A partir de Aventura, Martínez Sierra esparce su fantasía, la serena belleza del estilo, el profundo conocimiento del alma femenina, en una larga serie de novelas breves que serán recordadas siempre como modelos del género.*

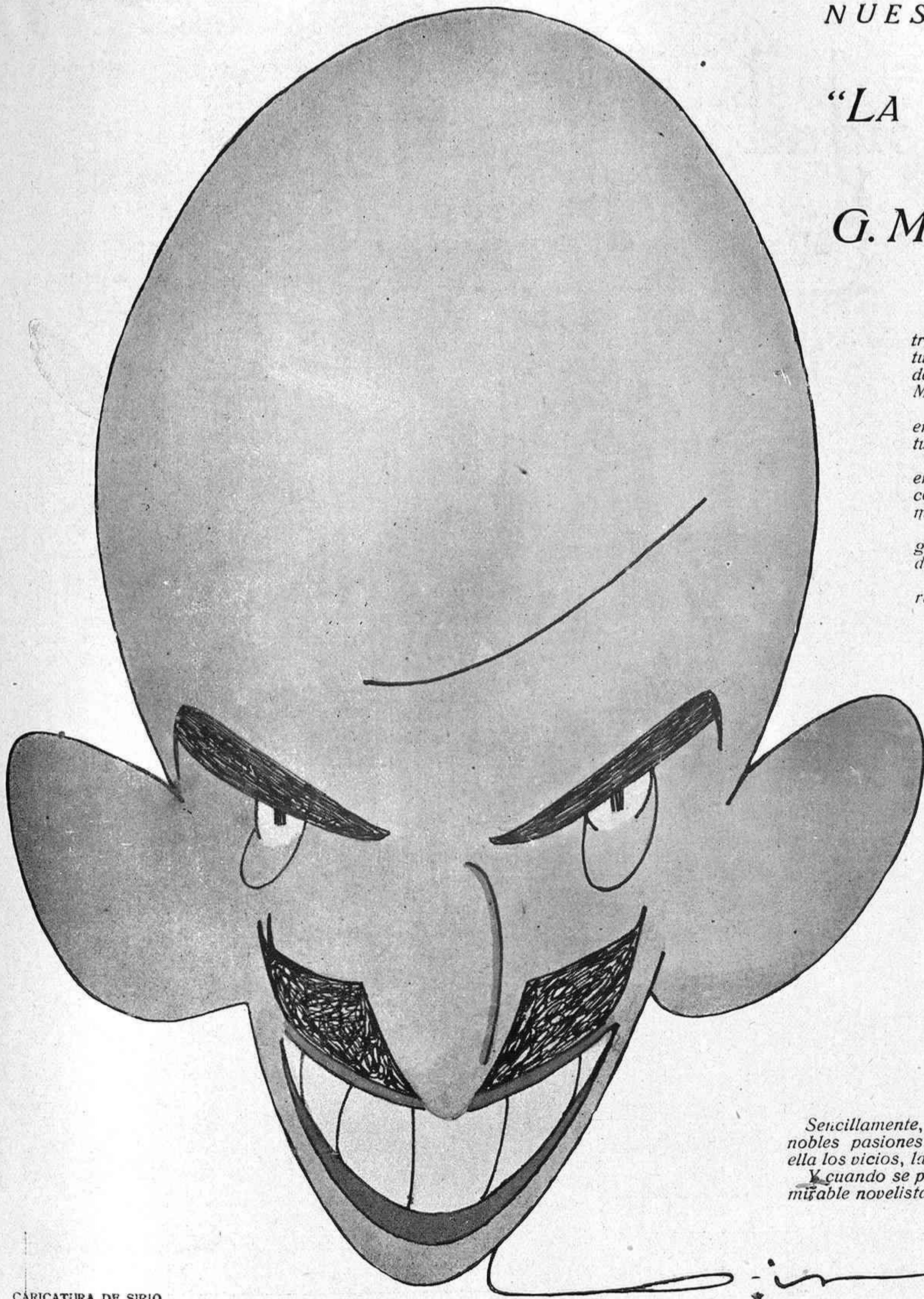
*Sobre la vulgar chabacanería, sobre la concupiscente inconsciencia que ha falseado luego el concepto de esta clase de narraciones que precisan dotes especiales para crearlas, la pureza intelectual de Martínez Sierra permanecía incólume y alta. La invasión de los beocios y de los impacientes no podía preocuparle de confusionismo ni de enojoso contacto.*

*Esta elegancia espiritual, que es uno de los méritos del autor de Aldea ilusoria, derivó, no obstante, hacia la escena. Surgieron El ama de la casa, Canción de cuna, La sombra del padre, Primavera en Otoño, El Reino de Dios...*

*Ahora el maestro retorna a la literatura novelesca. Su primera obra es Cada uno y su vida. A ella seguirán otras en LA NOVELA SEMANAL. El arte sonriente, piadoso, la dulce ironía con que el insigne autor de Madrigal contempla la vida y la refleja ha llegado a la plenaria virtualidad.*

*Sencillamente, sobriamente, va diciendo el optimista credo en las nobles pasiones que exaltan el alma humana, en vez de buscar en ella los vicios, las ignominias que la degradan.*

*Y cuando se piensa que esta plenaria belleza de la obra de un admirable novelista, poeta, dramaturgo, coincide con la plenitud física del hombre, hay derecho a esperar que este retorno al libro sea tan fecundo para la novela española como su fidelidad fervorosa al teatro lo viene siendo para la española dramaturgia.*



CÁRICATURA DE SIRIO

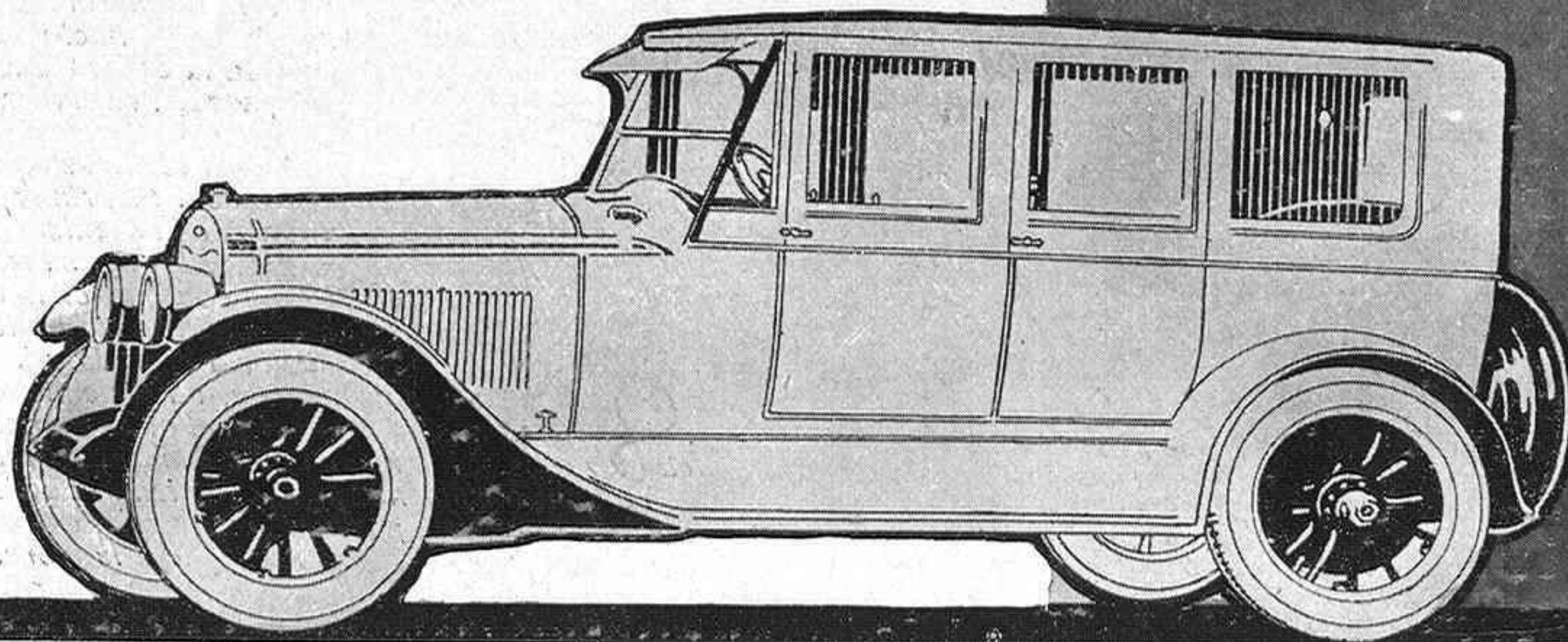
LEA USTED ESTA SEMANA  
CADA UNO Y SU VIDA  
NOVELA INÉDITA DE G. MARTÍNEZ SIERRA  
EN  
“LA NOVELA SEMANAL”



# Grandiosidad

Para las personas selectas, de gusto exquisito, que exigen el más alto grado de perfección sin reparar en su coste, se ha fabricado especialmente el coche

LINCOLN



ANUNCIOS  
LOS TIROLESES

# LINCOLN

EL COCHE DE GRAN LUJO Y CALIDAD

*Ford Motor Company*  
(S. A. E.)

Para informes consulte a los agentes LINCOLN





## ROSTROS ESPAÑOLES

## MANUEL LINARES RIVAS

«La jaula de la leona», con cuya obra se ha inaugurado solemnemente el Teatro de la Princesa, actualiza este rostro amablemente irónico del insigne dramaturgo. Ese rostro se encuentra siempre afable, un poco burlón, á lo largo de veinticinco años de la moderna literatura española. Durante ese tiempo ha sonreído innumerables veces sobre los escenarios de todos los teatros, cuando las noches de estrenos triunfales. Su obra, paralela á la de otro gran ingenio de nuestra época, Jacinto Benavente, es una obra de suave aticismo, de sutil emo-

ción, de piadosa ternura. Y también de zarpazos. Porque Linares Rivas no siempre tiene en sus comedias la zumbona sonrisa que en su rostro: á veces se crispa en apóstrofes coléricos contra las injusticias sociales y contra lo que Max Nordau llamaba «mentiras convencionales de la civilización».

RETRATO POR BERNARDINO DE PANTORBA



## NADADORAS Y FEMINISTAS

EL paso por Madrid de Susana Wurtz, la nadadora gentilísima, vencedora en diversos campeonatos, evoca el encanto de las playas, donde cada año aumenta el número de mujeres que, intrépidas, abandonan sus codiciados cuerpos á las olas, aunque condicionada la total entrega al dominio que en el agua ejercen brazos y piernas.

El hecho de que la mujer española se decida á nadar bien merece un comentario devoto y hasta un elogio fervoroso. Es un signo de los tiempos que no debe pasar inadvertido al atento observador. Recordemos el miedo que el mar producía á la mujer del siglo pasado. Sus chillidos y sus estremecimientos al entrar en el agua y las exclamaciones de horror con que era recibida cada ola, expresaban claramente el obligado apocamiento femenino, hijo de una educación tendenciosa establecida con premeditación por el hombre.

En el nadador existe un principio de emancipación que alienta la confianza en nosotros mismos. Contad, siendo así, el saludable efecto que ha de producir en la mujer. Y que me perdonen los caballeros que se engarabitan cuando se les habla de una evolución femenina que no hay quien sea capaz de detener aquí ni en Turquía.

Pero ¿acaso en nuestro tiempo no necesita la mujer, como elemento esencial de su existencia, la confianza en sí misma?

Si dejamos que el bañero la sostenga en el agua, contribuimos á mantener el prejuicio para todos los actos de su vida. Y lo cierto es que esto no se compagina con la mujer universitaria, empleada ni obrera.

Dejémosla que nade. Perder el miedo al mar es perder el miedo á muchos fantasmas creados por la sociedad egoísta de una civilización que desaparece.

Eugenio d'Ors, en sus primitivos glosarios, escritos en el glorioso y renaciente idioma de Ausias March, Lull, Muntaner y Bernat Metje, nos habló un día en la *Pindárica primera* de una nadadora que, como hoy Susana Wurtz, acababa de realizar la gentil proeza de atravesar París á nado por el Sena.

«El viejo Genio del río—escribió d'Ors—, al pasar la nadadora, abrió sus ojos como naranjas tras las legañas algosas. Y ella, escurriéndose rápida, con el azote vigoroso de sus pies, le enredaba la fofa barba.»

Así hoy nuestras nadadoras con las barbas de los respetables caballeros que se empeñan en sostener un estado de cosas que se derrumba; largas barbas simbólicas de mōros disfrazados de cristianos que quisieran tener encerradas sus víctimas en el hogar y sumidas en ignorancia, para ellos seguir haciendo de las suyas y estar, en la mesa y en la cama, mejor servidos que Lanzarote cuando vino de Bretaña.

Nada, nada, hijas mías..., ¡á nadar! Sin acordaros de las sirenas, ni de las náyades, ni de las wagnerianas hijas del Rhin. A nadar como mujeres del siglo xx; á adquirir una nueva facultad de las que posee el cuerpo humano para hacerlos dignas de

ejercitar otras que se irán descubriendo con el tiempo.

El ser humano debe aprender á nadar por placer. Pero también acordándose un poco de Ulises. Porque á veces conviene teñir de sangre las peñas antes que dejarse arrebatar por las olas. Y dominar su furia.

La natación contiene provechosas enseñanzas. Te enseña á ser audaz ó cauto, según con qué olas te las tienes que ver. A veces se te presenta, ensordecedora, una ola como una montaña. Si dejas que te arrastre entre su espuma de rabia, corres gran peligro. En cambio, si la embistes de frente y la atraviesas de parte á parte, con la cabeza y con todo tu cuerpo, la sentirás retumbar al resbalar encima de ti, sin que te ocurra el menor contra-tiempo.

Un día entras en el mar confiado, porque su superficie es como la de un lago y se riza apenas debido al movimiento constante de unas olas pequeñas que avanzan en sentido transversal... ¡Ya puedes preparar todas tus fuerzas!... ¡Apercíbete á la defensa si no quieres que la corriente te lleve muy lejos de la playa donde plantaste tu tienda.

El mar es engañoso como la vida. Hay que familiarizarse con él y aprender á embestirlo resueltamente cuando, para amedrentarnos, se muestra furioso y amenazador, ó saberle burlar con astucia cuando nos atrae con una aparente mansedumbre hecha de engaños y embelecios.

El buen nadador goza, tal vez inconscientemente, de grandes ventajas para luchar en esta vida. (Y hasta me atrevería á decir que en la otra. ¡No parece lo más verisímil que para cruzar los espacios nos sea de más provecho el nadar que el andar? No esperéis que os crezcan las alas ó que en el cielo os pongan unas postizas. Acostumbrémonos á confiar en nuestras propias fuerzas así en la tierra como en el cielo.) La natación debiera ser una enseñanza obligatoria. ¡Qué bien unas grandes piscinas de agua corriente en los patios de Institutos y Universidades! Nadarían los estudiantes y nadarían los catedráticos. Y como no es de suponer que estos últimos nadasen con toga y birrete, llegaríamos á conocerles de verdad y hasta sabríamos si su sabiduría es auténtica ó si se refugia en la indumentaria ridícula.

A muchos sesudos varones les sería de gran provecho el nadar. A los que están más orgullosos de su talento ó posición social, en primer término.

A esos les llevaría á una de las innumerables playas que, como preciado don divino, circundan nuestra Península. Les enseñaría á nadar y á sostenerse en la superficie, tumbados en el agua, que en los días de bonanza es un lecho de rosa. Esta última posición es muy conveniente para los ejercicios espirituales que les hace falta. El sostenerse sobre las olas como un cuerpo muerto es un gran ejercicio de humildad. Las olas te mecen suavemente en su regazo. Pero—fíjate bien—con la misma indiferencia que al pedazo de corcho ó la cáscara de melón que flotan á tu lado. ¡No es esta una gran enseñanza para los orgullosos que se consideran á sí mismos seres superiores?

A todos esos señores que nos abruma con su pretendida superioridad y pretendida superioridad—con sus títulos académicos, con sus barbas, con sus lentes, con sus uniformes, con sus condecoraciones, con su dinero y, sobre todo, con su acreditada seriedad anual—que los demás mortales les rindamos acatamiento, les despojaría yo de sus vestiduras y les haría zambullirse en el agua, no sin antes haber invitado á un público selecto á presenciar el espectáculo.

¡Cuántas sorpresas! ¡Cuántos desengaños! Ya el solo hecho de verles aparecer, á pleno sol, sin los obligados atributos de su personalidad falsificada, nos movería á risa. Demos por descontado su fracaso en el agua. El baño les haría inservibles, y la sociedad, que hoy les tiene entronizados en todos los actos, les arrinconaría en el desván de los ídolos falsos definitivamente.



SUSANA WURTZ

ría en el desván de los ídolos falsos definitivamente.

Aprendamos á nadar. Desde que nadan tantas mujeres, los hombres que no saben nadar debieran abstenerse, por decoro y dignidad, de entrar en el agua. ¿Cómo se las arreglarán en la vida para nadar entre dos aguas? ¿Cómo para poder nadar y guardar la ropa?

He dicho: los hombres que no saben nadar. Rectifico: los hombres que no quieren nadar. Porque basta tumbarte en el agua, con la misma naturalidad con que te tumbas en la arena de la playa, para que el agua haga todo lo demás. Ella se encargará de sostenerte en su regazo. A ti te toca mover brazos y piernas rítmicamente, si quieres avanzar ó ponerte cabeza abajo, si quieres hundirte en su seno y, con los ojos abiertos, sorprender un poco el secreto de los peces y de las divinidades marinas.

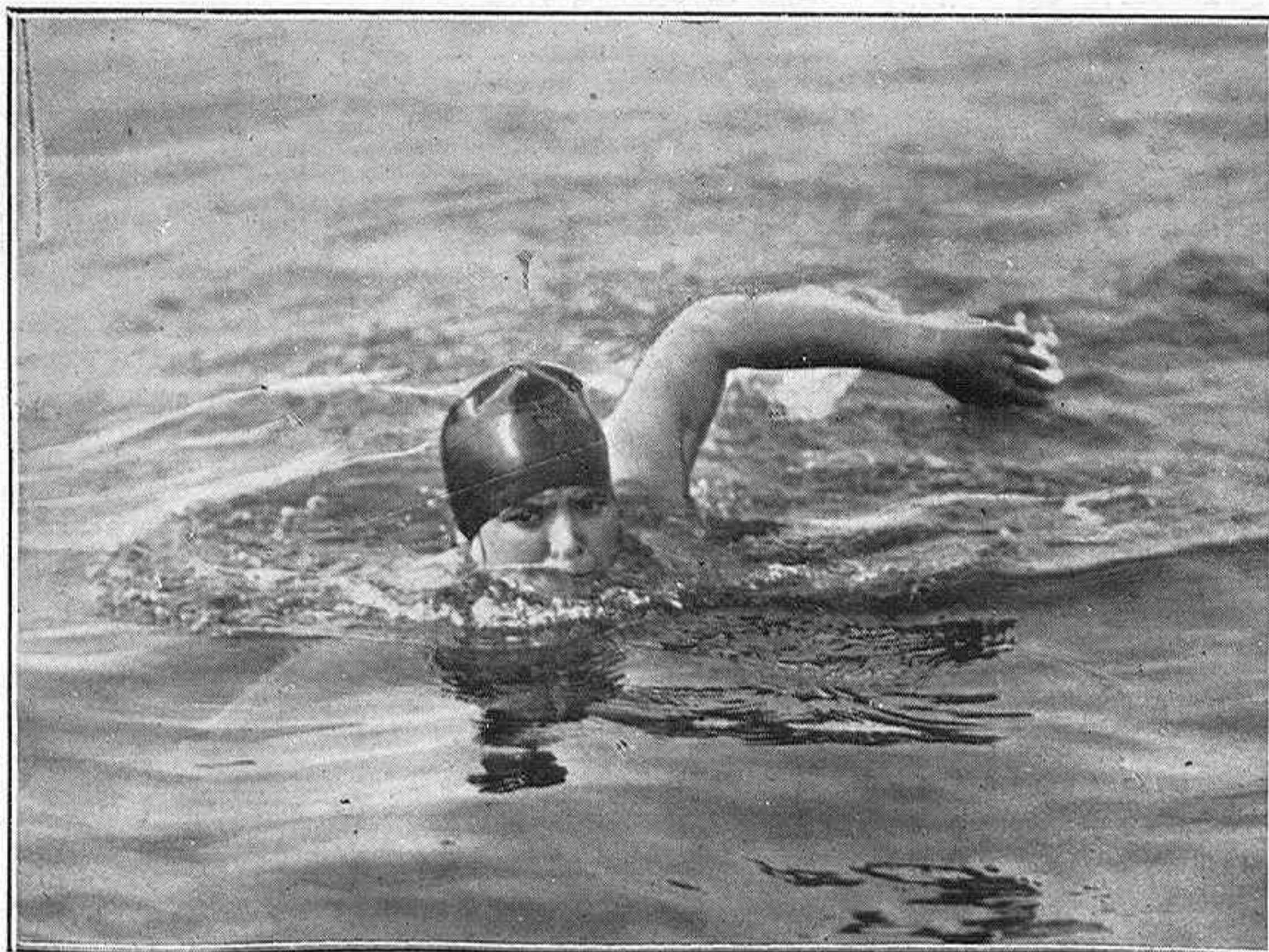
Andar, nadar y volar son hasta ahora facultades humanas. Bastante deficiente la última todavía. (No sabemos si se ha confirmado el invento de ese catalán residente en el Illinois que nos va á dotar de alas artificiales.) Pero el nadar tiene un valor excepcional. ¿Quién se atreve á negar que algún día nos sea necesaria esta facultad para poder movernos en el aire? Recubierto el cuerpo de una substancia especial que le permita flotar en el espacio, ¿no tendríamos que recurrir á la natación para trasladarnos de un lado á otro? ¿Quién sabe! De momento los hombres de este siglo venimos obligados á borrar del diccionario la palabra «imposible».

## ENVÍO

A vosotras, nadadoras gentilísimas, alegría, encanto y hechizo de nuestras playas, hay que agradecer quizá lo más fundamental de la evolución feminista.

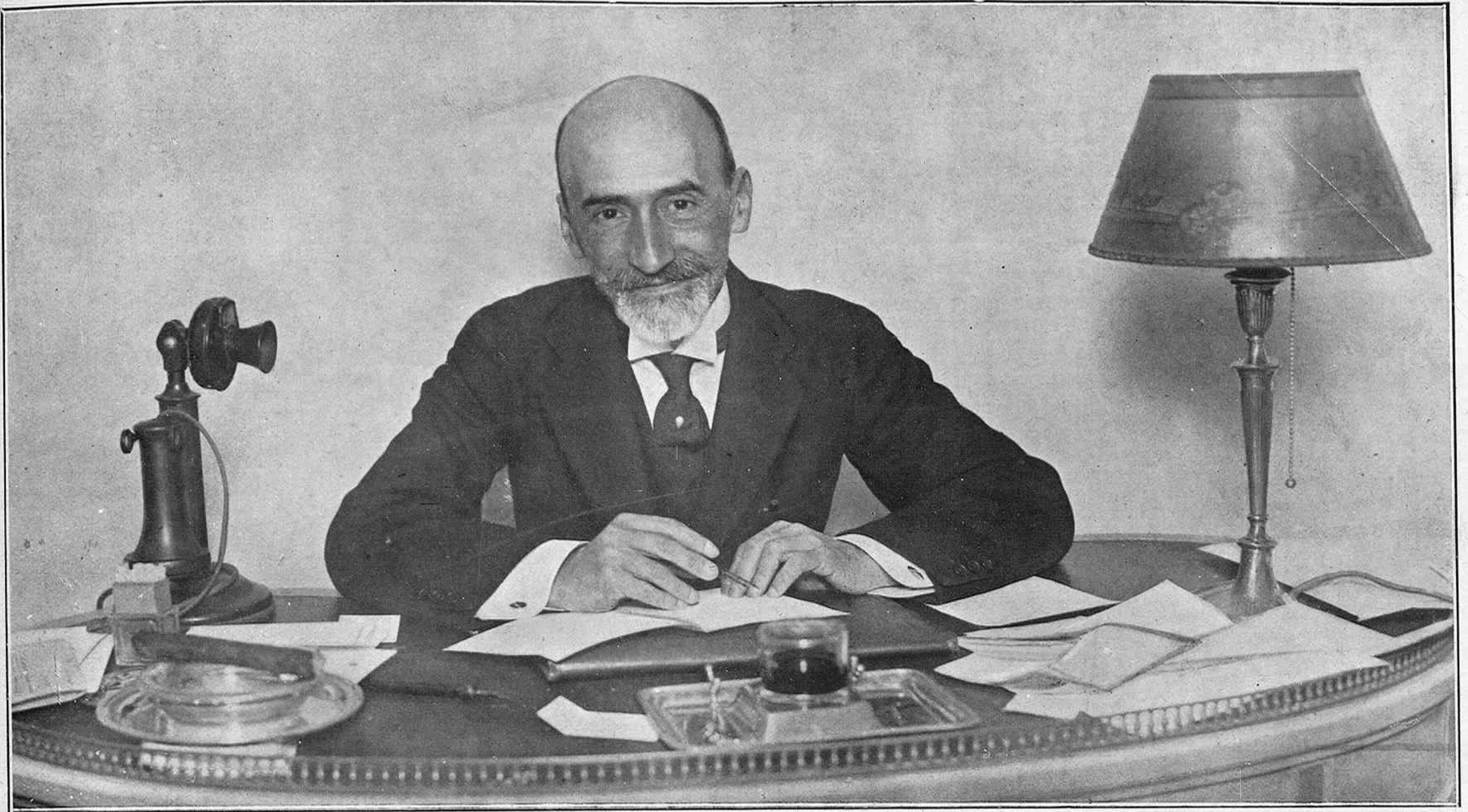
Ungido con vuestra gracia, el feminismo español será—dejad que lo crea—la antítesis del inglés. Porque aquél se apoyó en la sufragista hombruna, angulosa y fea, y el nuestro tendrá por base la nadadora de brazos armoniosos y de pies ligeros. La nadadora que, avezada á luchar con el mar, sabrá afrontar la vida con la resolución indispensable que exige la pretensión de querer ser—en su más alto sentido—la compañera del hombre.

SANTIAGO VINARDELL

MISS GERTRUDE EDERLE  
Campeón de natación de los Estados Unidos



## BENAVENTE, HIJO PREDILECTO DE MADRID



JACINTO BENAVENTE

Insigne dramaturgo español, laureado con el Premio Nobel, y que ha sido objeto de un homenaje del Ayuntamiento de Madrid

**B**ENAVENTE es madrileño. Ahora que tantas ciudades de España y aun del Extranjero se honran llamándole hijo adoptivo, bueno es repetirle en la forma que lo ha hecho su ciudad natal.

Conviene repetirle tanto por él como por otros madrileños insignes de las letras, las ciencias y las artes que habiendo nacido en Madrid parecen á causa de ello no ser de ninguna parte. Este Madrid encantadoramente hospitalario, corazón y cerebro de la hidalguía española, se da con tal efusión á todos, que olvida muchas veces sus propios hijos. Es frecuente ver que los puestos directivos de cualquier empresa, de los infinitos organismos del Estado, están en manos de ilustres personalidades de todas las regiones que vinieron á Madrid en busca de gloria y de fortuna económica. Es frecuente presenciar el laudable espectáculo de los entusiasmos de estas regiones que tales hombres poseen, haciéndoles objeto de homenajes muy merecidos, que en definitiva sirven para enaltecer aquella demarcación geográfica donde nacieron.

Para ellos, además de los pingües beneficios de la reputación legítima, de esa aureola que destaca á los triunfadores ante las miradas de sus contemporáneos, hay luego la satisfacción de saberse aclamado y enaltecido en su patria chica, en la que las Corporaciones oficiales otorgan créditos para recompensas efectivas, dan el nombre glorioso á lugares públicos y—todavía hace escasamente seis meses—le brindaban un acta de diputados y sena-

dores sin necesidad de ganarla en lucha electoral.

Y si esto es cuando ya el hijo de una región está en las alturas, tampoco le falta la ayuda de los comienzos difíciles si sabe aunar condiciones dignas de ser alentadas con pensiones de la Diputación ó del Ayuntamiento.

Mientras tanto Madrid olvida á sus hijos, é incluso muchas veces se da el caso de que otras ciudades se enorgullecen de ellos antes de la materna que le tuvo siempre unido á ella y vió unirse sus esfuerzos por abriese paso y oyó sin escucharles los clamores de la popularidad.

En el fondo de todo esto, Madrid, como en tantos

otros aspectos, resume la indolente, la indolente idiosincrasia española.

Limitándonos por ahora á la literatura, ya que de homenaje á un gran escritor se trata, madrileños además de Jacinto Benavente, son figuras de tanto relieve en las letras actuales como José Ortega Gasset, José Francés, Enrique Díez Canedo, Gregorio Martínez Sierra, Luis Fernández Ardaín, Pedro de Répide, Pedro Mata, Diego San José, y artistas como Eduardo Chicharro, Salvador Bartolozzi, José Bermejo, Juan Espina, Rafael de Penagos, José Zamora, Luis Huidobro, y tantos otros que ahora escapan á nuestra memoria, ó que, en virtud de la *morbosa modestia nacional*, que em-

pequeñece tantos esfuerzos y deprime las energías españolas, se ignora dónde vieron la luz por primera vez.

¡Bien hizo, pues, el Ayuntamiento de Madrid en la última etapa política cuando la presidía Ruiz Jiménez y estaba integrado por todos los sectores de la opinión pública en tomar el acuerdo que ahora se ha ratificado con igual esplendor que entusiasmo!

Bajo la presidencia de S. M. el Rey, con asistencia del jefe del Gobierno, del subsecretario de Instrucción Pública, rector de la Universidad, representantes diplomáticos de las República Hispanoamericanas y alcalde de Madrid, se celebró en el Salón de Actos del Ayuntamiento la entrega á Jacinto Benavente de la placa nombrándole Hijo Predilecto de Madrid y la Gran Cruz de Alfonso XII, recientemente concedida.



Concurrentes al homenaje á Jacinto Benavente en el Ayuntamiento de Madrid, que presidió el Rey, y en el cual se le concedió al ilustre escritor el título de Hijo Predilecto

FOT. DÍAZ







La Sra. Alba y el Sr. Simó Raso en una escena de la comedia "Mi hermano y yo", original de los Sres. Álvarez Quintero

FOT. DÍAZ

EN el tomo V de las «Obras inéditas»—ó mejor, obras dispersas de Galdós—, que está publicando Alberto Ghiraldo con devoción ejemplar, y que lleva el título de *Nuestro Teatro*, ya que en él ha agrupado el celoso recopilador los artículos de D. Benito relacionados con nuestra escena, aparece, antes de la conmovida elegía que le sugiere al maestro la decadencia escénica que presencia, un extenso comentario acerca de la dramaturgia de D. José Echegaray.

Transcurría el año 1885 y Galdós se lamentaba de que el genio indiscutible de Echegaray no lograra vencer la penuria artística con que iba deslizando la temporada. Y con tal motivo aventuraba la sospecha de que el teatro echegarayesco, formado á base de violencias y de exaltaciones, dejaría de prevalecer. No resultaron muy brillantes, en verdad, para Echegaray los años 1884 y 1885. La tragedia *Un milagro en Egipto* y el proverbio *Piensa mal y acertarás* se olvidaban, efectivamente, apenas nacidos. Desde luego, cita *La peste de Otranto* con objeto de situar su importancia emocional muy por debajo de aquellos cuatro triunfos sucesivos que otorgaran al autor *O locura ó santidad*, *En el seno de la muerte*, *La muerte en los labios* y *El gran galeoto*, los grandes dramas que elevaron de modo considerable el prestigio de Echegaray durante las temporadas que van del 77 al 81. Porque el comentarista echa de menos, en medio de la desolación, los deslumbradores efectos y las atrevidas imágenes de aquellas producciones capaces de borrar con su extraordinario vigor la también extraordinaria audacia de su inverisimilitud.

Pero ello no significa que Galdós acate tamaños estruendos. Precisamente supone que si el público acogía con entusiasmo la fórmula echegarayesca era por el anhelo de emociones fuertes á que le había llevado la trivialidad; esto es, por el deseo de manjares sólidos después de un período de obligada abstinencia. Considera, sin embargo, que el gusto colectivo no seguía al dramaturgo, puesto que se inclinaba poco á poco hacia aquel arte que

nos presenta la vida, «nuestra propia vida», con expresiones de sencillez y de exactitud. «Esto del gusto—añade—suele responder casi siempre á corrientes invisibles de la sociedad, corrientes relacionadas con ideas que se van sucediendo é impeorando según los tiempos. Cuando el gusto cambia, muchos lo atribuyen á influencias de este ó del otro autor, de esta ó de la otra escuela, y no ven la lógica profunda á que el hecho obedece.»

¿Qué transformaciones percibía el maestro en la sociedad española de 1885? ¿Es que después de las agitaciones que habían informado todo el siglo se calificaban de vanas las agitaciones escénicas aportadas por Echegaray, obstinado en trasladar á la sala la reflexión de unas vibraciones románticas, mal disfrazadas con su ropaje de realismo? ¿O sería el propio gusto de Galdós el que se rebelaba, traduciendo su fenómeno interior en fenómeno general? De todas suertes, Echegaray no había terminado aún su carrera ni se le negaría en mucho tiempo la adhesión y el aplauso de las multitudes. Y hemos de pensar forzosamente en las perspectivas personales, puesto que más adelante escribe: «Para que el teatro entre con pie derecho en la escuela de la naturalidad es preciso que un autor de grandes alientos rompa la marcha y acometa con recursos de primer orden esta gran reforma.» Galdós solicitaba de Echegaray la reforma que se le hacía indispensable. Ignoraba que el iniciador había de serlo él mismo, aunque las palabras transcritas acusasen más bien una germinación que un presentimiento.

Hay que reconocer ahora que Echegaray procuró atender la advertencia, ya con *El hijo de Don Juan* y *Mariana*, ya con *Un crítico incipiente* y *Sic vos non vobis*, dos obras que, según el mismo Galdós, apenas retenían el drama, teniéndole bien sujeto entre bastidores, donde despierto y vigilante dejaba oír alguna vez su ardiente resoplido. El temperamento persistiría y la victoria elocuentísima de *Mancha que limpia* se impondría á todas las tentativas, pese á las aptitudes percibidas por don Benito en Echegaray para el cultivo de lo que lla-

ma convencionalmente género realista. Por lo demás, Galdós expone su veneración hasta el punto de sostener que mientras de los discípulos no perdurará nada, de Echegaray quedará un capítulo interesantísimo en la historia de nuestra escena, pues algunas de sus obras despertarán emociones terribles en el público de todos los tiempos... «¿Cómo de lo absurdo puede surgir lo admirable y de lo monstruoso lo sublime?», se preguntaba ante la obra de Echegaray el malogrado Manuel de la Revilla, crítico que con Ixart no se aturdió con el estrépito. Pues bien: lo absurdo y lo monstruoso eran los aspectos que condenaba Galdós pidiendo su desaparición en nombre de la lógica y de la naturaleza humana.

Y lo que importa deducir es que si el tomo *Nuestro Teatro* no poseyera otros títulos de interés—tales como los atrayentes estudios de Moratín y de la trilogía romántica—, esas páginas dedicadas á Echegaray y exhumadas acertadamente por Ghiraldo bastarían al crédito del volumen. Vemos que el teatro le preocupaba á Galdós sin haber ingresado en él, que contemplaba la dramática con especialísima atención y que le impresionaba particularmente aquel neo-romanticismo echegarayesco, encubierto por las severidades matemáticas ó por el falso acoplamiento de las leyes naturales. Comprendemos lo inevitable y enérgico de la reacción, y convenimos en que la aparición escénica de *Realidad*, algo más tarde, tenía que ser la consecuencia.

Las citadas páginas, ciertamente, nos permiten percibir la marcha probable de un proceso que iba á conceder al teatro español nuevas jornadas venturosas y á colocarle dentro de la órbita europea, sin abandono de las ataduras raciales. Esas páginas nos dicen, en suma, que lo enterrado definitivamente por la cálida protesta juvenil de 1905 pudo herir veinte años antes de tal manera el ánimo del gran novelista, que el maestro sintiera la imperiosa necesidad de intervenir...

José ALSINA



# ESCENAS ARGENTINAS



«Un mate en el camino», cuadro original de López Cabrera

## A L O N D R A S

Me desperté con el alba.

Las cumbres, que eran de nieve  
—aún en los surcos no estaba  
cuajado el oro del trigo—,  
tenían la luz rosada  
que pone el rubor á veces  
sobre el jazmín de tu cara.

Dormías.

Sobre tus ojos,  
al entreabrir la ventana,  
dió un rayo de luz, tan suave,  
que no sentiste su llama.

Dormida así, parecías  
la misma aurora.

Llegaba  
desde la paz de los campos

de un campanil la voz c'ara,  
y en el azul de los cielos,  
como unas flechas doradas,  
hinchidas de locos trinos  
unas alondras volaban.

¡Dolar de alondras!

— ¡Despierta

— te dije—; despierta, amada,  
que ya la luz de la aurora  
te da en los ojos y llama  
con el trinar de sus pájaros  
en tu entreabierta ventana!

¡Dolar de alondras!

Tú, entonces  
—¿te acuerdas?—, risueña y cándida,  
de nieve y oro la frente

como la aurora tu hermana,  
te despertaste.

Y el día  
surgió en el Oriente.

Y raudas,  
por el balcón, ya del todo  
de par en par, vi que entraban  
unas alondras buscando  
la blanca luz de tu almohada,  
donde, entre crechetas de oro,  
era de nieve tu cara.

¡Creían que eras la aurora!

¡Dolar de alondras doradas!

Fernando LÓPEZ MARTÍN





Miss Isabel Macdonald, hija mayor y secretaria particular del Primer Ministro británico, en su despacho de la Presidencia

DE LA VIDA POLÍTICA EXTRANJERA

## LO QUE PAGA ALBIÓN A SUS GOBERNANTES

CON el advenimiento al Poder en Inglaterra del partido laborista se ha demostrado una vez más que son cosas muy distintas preconizar teorías sociales, económicas, éticas, etc., y la práctica personal de esas mismas teorías. El caso es pintoresco é instructivo en alto grado. Desde que se anunció la llamada del *Labour Party* á los Consejos de la Corona, algunos de los miembros más conspicuos del grupo llamado del Clyde señalaron á mister Ramsay Macdonald y sus colegas la conveniencia de un bello gesto, un gesto que habría de impresionar profundamente á la opinión pública. Era éste que uno de los primeros actos del Gobierno laborista consistiese en reducir á rajatabla los sueldos de ministros. No parece, sin embargo, probable que la insinuación del avanzado grupo del Clyde sea atendida. Tanto menos cuanto que precisamente una de las más significadas



La esposa y la hija de Mr. Ammon, secretario financiero del Almirantazgo, dedicadas á las labores caseras, no obstante lo elevado de su posición oficial

personalidades del grupo, Mr. Wheatley, ha aceptado la cartera de Sanidad sin hacer la más leve oposición á su remuneración oficial de 5.000 libras esterlinas anuales. A decir verdad, ya hace algún tiempo otro eminente laborista, Mr. John Burns, había anticipado una contestación categórica á indicaciones de este género. Cuando Burns era obrero en un taller de metalurgia y ganaba allí penosamente su jornal de cuatro libras semanales, bien ajeno á que algún día habría de llegar á ministro de la Corona británica, afirmaba en todos los *meetings* del partido que ningún elemento directivo, por elevadas y arduas que fuesen sus funciones, debía ser remunerado con salarios superiores á 500 libras al año. Transcurrió el tiempo, y mister Burns fué á ocupar nada menos que la presidencia del *Board of Trade*, cuya retribución de 2.000 libras anuales se hubo de elevar por entonces





El ministro del Interior, Mr. A. Henderson, tomando el té con su mujer y su hija en su domicilio particular

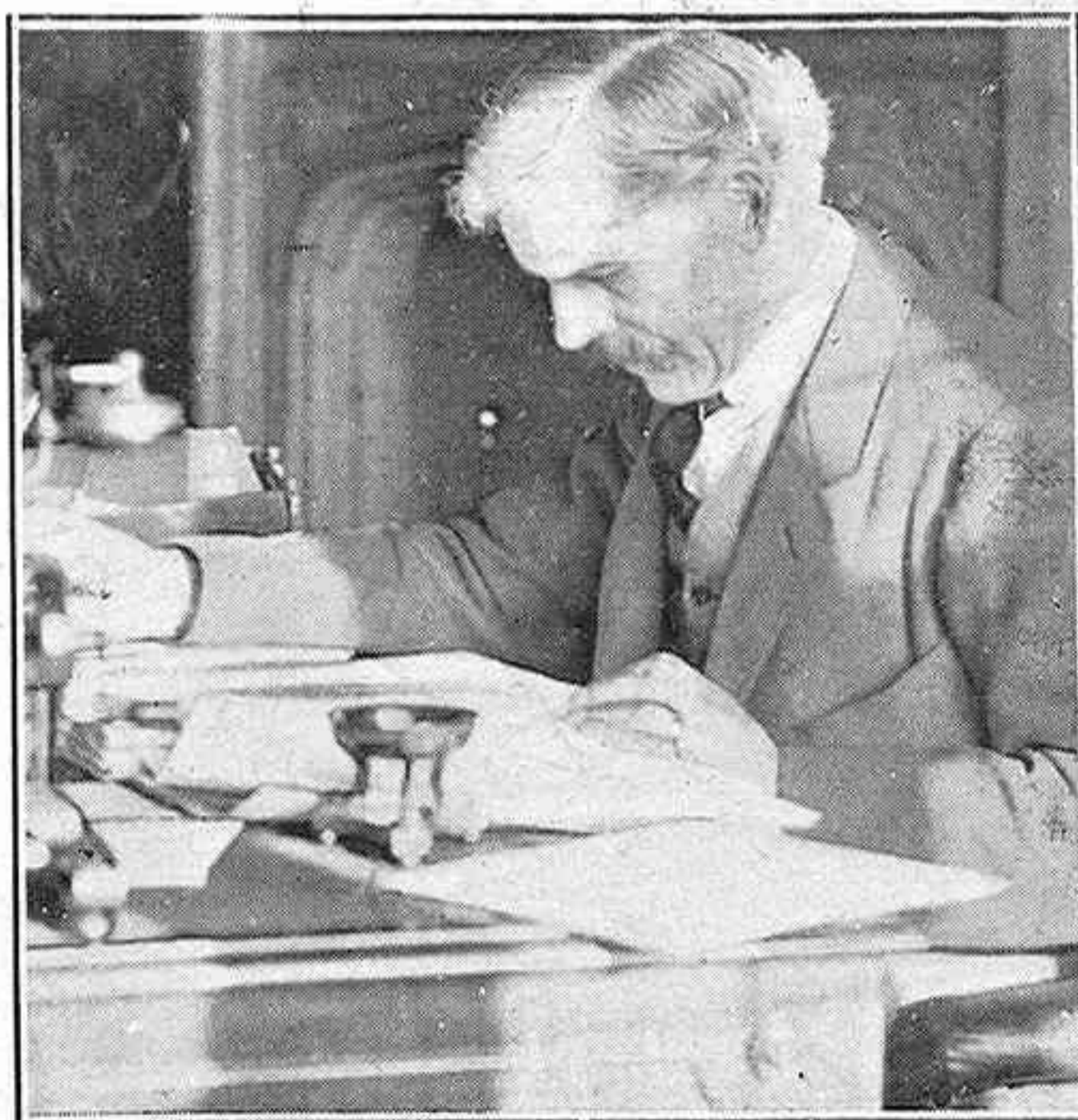


El nuevo ministro de las Colonias, Mr. Thomas, con su familia en su residencia de Dneville

á 5.000, no sin que alguien recordase al antiguo obrero metalúrgico su afirmación rotunda de los *meetings*. A lo que hubo de argüir fríamente, serenamente, el ya encumbrado Mr. Burns: «Esa cifra es la tarifa que tiene establecida la *Union Trade* para retribuir á sus ministros. Yo soy *tradeunionista*, y, por lo tanto, no tengo más remedio que aceptarla.»

Los sueldos de la mayor parte de los ministros fueron establecidos en 1831. Durante la presidencia del conde Grey, y previo el informe favorable de una Comisión nombrada al efecto, se fijó la remuneración de 5.000 libras para el ministro de Estado, el primer lord del Tesoro y el canciller del *Exchequer*, y la de 2.000 libras para los cargos ministeriales de inferior categoría. En 1915 y 1921 se modificó y amplió la legislación vigente en esta materia, quedando asignadas á los ministros de la Corona las siguientes remuneraciones: titulares de las carteras de Interior, Negocios Extranjeros, Colonias, India, Guerra, Aeronáutica, Tesoro, Sanidad, canciller del *Exchequer* y presidente del *Board of Trade*, 5.000 libras esterlinas anuales; presidente del Consejo del Almirantazgo, 4.500, y Lord Canciller, 10.000 (4.000 como *speaker* de la Cámara de los Lores y 6.000 como primer juez de la nación). El *Primer Ministro* disfruta de 8.000 libras, más el espléndido alojamiento oficial de Downing Street. No han faltado, naturalmente, en las luchas parlamentarias de la Gran Bretaña impugnadores de esas elevadas partidas del Presupuesto; pero á través de todos los debates ha prevalecido el criterio de las Comisiones informativas de ambas Cámaras, opuesto á cualquier reducción en dichas cifras. Economistas tan rígidos como Malesworth, Cobden, Bright y Ricardo, que sistemáticamente opusieron siempre su veto á los aumentos de gastos, aunque fuesen de un solo penique, no titubearon en poner su firma al pie del *report* favorable á la retribución elevada de los cargos ministeriales, presentado á la Cámara de los Comunes en 1850, y que copiamos textual-

mente á continuación: «Tratándose de estos puestos —dice—, es requisito *sine qua non* asegurar los servicios de hombres en los que una inteligencia privilegiada se combine y armonice con una gran experiencia de los negocios públicos. Considerando la categoría é importancia de tales cargos, así como el ímprobo trabajo



Mister Ramsay Macdonald trabajando en su despacho particular de la Presidencia

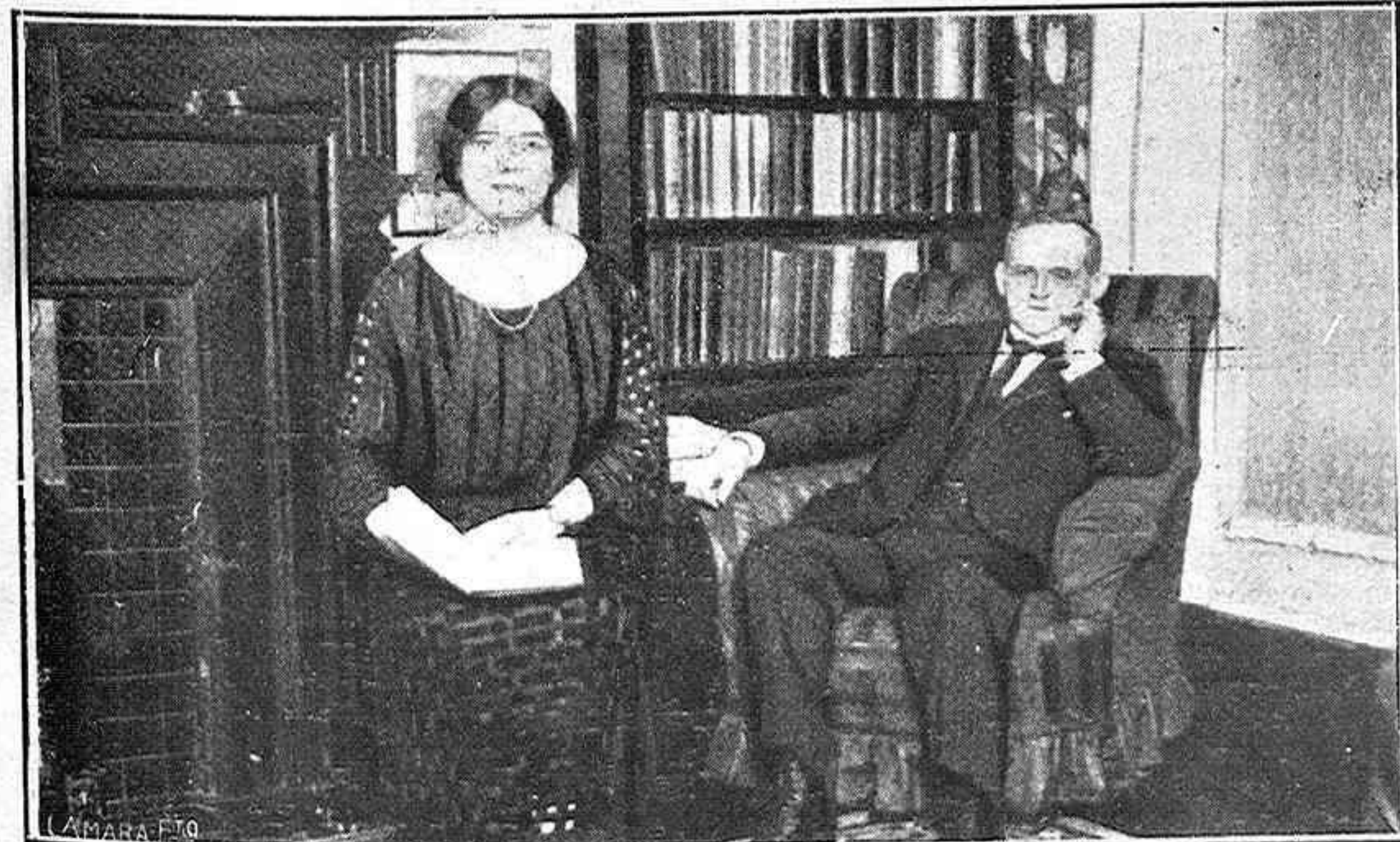
y las graves responsabilidades que de ellos se derivan, la Comisión estima que deben ser respetadas las cifras remuneratorias de acuerdo con la ley fundamental.»

El criterio de retribución generosa de los que sirven al país desde los más altos puestos oficiales persiste en las leyes inglesas respecto á los que dejaron de ser mi-

nisitros. Todo ex consejero de la Corona comienza á percibir desde el momento de su censantía una *pension of retirement*, bastante substanciosa. Es, sin embargo, condición precisa para disfrutarla que el elevado funcionario haya desempeñado el cargo por un plazo no menor de cuatro años, y además ha de ser solicitada por el beneficiario en escrito dirigido al primer lord del Tesoro, declarando que carece de los recursos indispensables para sostener con decoro su posición social de un ex ministro de la Corona. El único miembro del Gobierno que empieza á cobrar automáticamente pensión de retiro al cesar en su cargo es el lord Canciller. Este percibe 5.000 libras anuales, sea cualquiera la duración de sus servicios activos. El estatuto que rige en esta materia es la *Political Officers Pension Act* de 1869, presentada por Gladstone en el primer año de su gobierno. La citada ley establece tres clases de pensiones de ex ministros: 2.000 libras anuales para los que desempeñaron el cargo cuatro años, como minimum, con sueldo no inferior á 5.000 libras; 1.200 para los que cobraron sueldo inferior á 5.000 libras, y para optar á las cuales ha de haberse prestado servicio activo durante cinco años por lo menos; y 800 libras para los que cuentan cinco años de servicios en un puesto remunerado con menos de 2.000 libras y más de 1.000. Durante los cincuenta y cinco años que lleva rigiendo la ley se han acogido á sus beneficios 15 ex ministros, entre ellos Disraeli y lord Beaconsfield. Actualmente, el Estado inglés sólo tiene un pensionista de esa clase: lord George Hamilton, ex ministro del Gobierno unionista, que percibe 2.000 libras anuales.

Como habrá podido advertirse, en la feliz Albión merece la pena la lucha por la poltrona ministerial, comprendiéndose perfectamente que las democracias ahora llamadas á dirigir la nave del Estado se olviden un poco de sus predicaciones de la oposición parlamentaria. *Paris bien vale una masa.*

A. READER



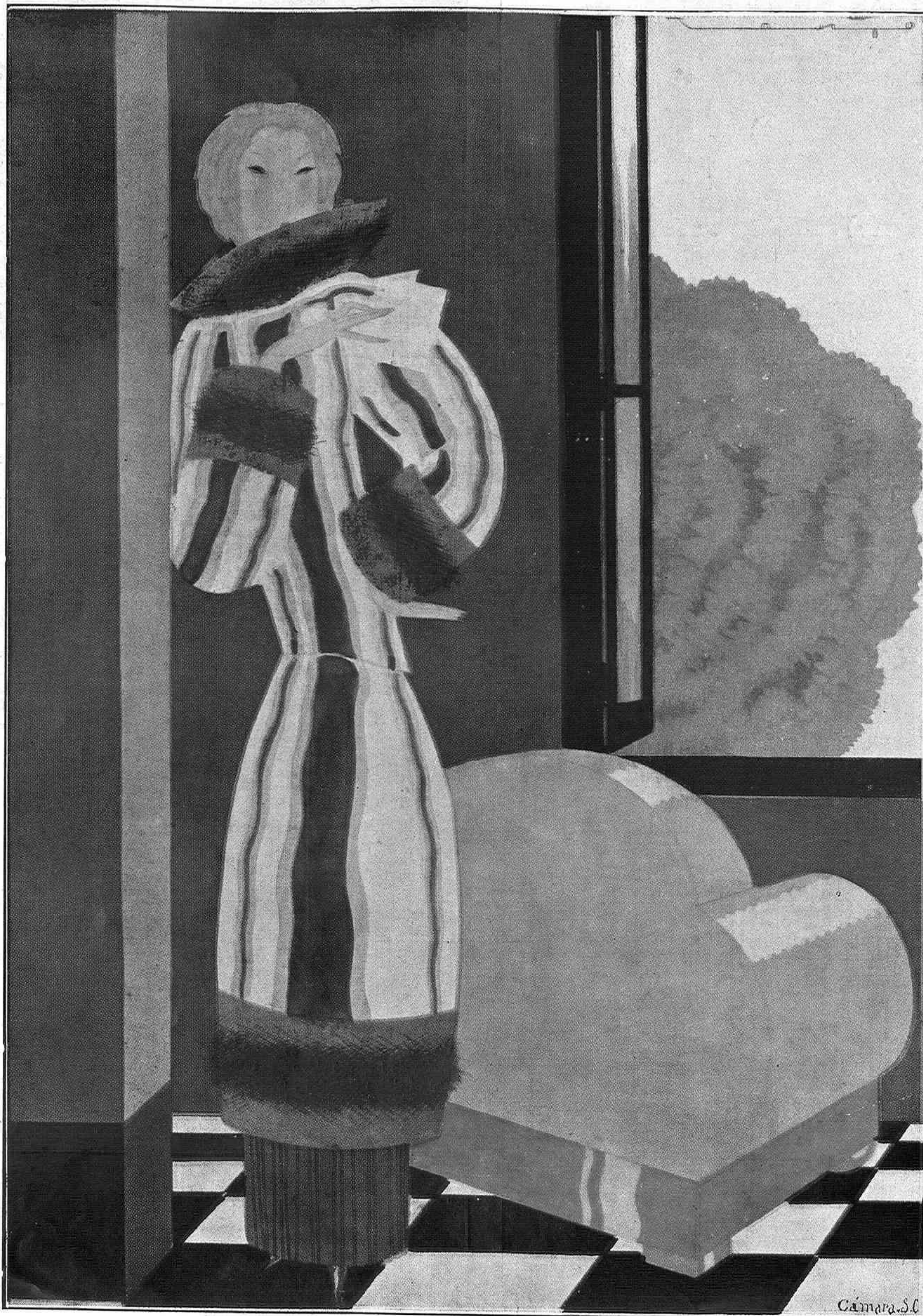
El Canciller del Exchequer, Mr. Philip Snowden, con su esposa, la distinguida escritora del mismo apellido



El secretario parlamentario del ministro de Salubridad Pública, Mr. Arthur Greenwood, con su familia



# MUJERCITAS DE HOY



## LA CARTA APASIONADA

ELLA iba a salir de casa para las frivolerías cotidianas: el «auto» deslizándose en la atmósfera del Paseo de Coches; las vueltas de «himmy» en el torbellino luminoso y vibrante del Hotel de moda; los mordisquitos á las golosinas y á la elegancia de sus compañeras de té; la revista indolente á los maniqués que ondulan sus caderas y quisieran dañarla con sus miradas.

Pero la detuvo la carta apasionada. Adoptó la actitud de una heroína de «cine» ó de una cantante de milonguitas y tangos sentimentales. Su abrigo de piel la acariciaba la barbilla como el padrino tan pegajoso. Frente á ella un espejo la devolvía su silueta larga, larga, flaquita, flaquita, la cabeza con ojos y cejas de nismé. Toda ella un delicioso artificio de muñequería bonita ó de estampa nueva.

Y la carta apasionada pretendía destruir todo aquello: las pascatas frívolas, las danzas de buen tono, el saberse obra de arte arbitrario muy de su siglo, hasta el prohibirla que se fuese

arrancando con pinzas los pelitos de las cejas para dejar solo un hilo sutil... La carta apasionada, hablaba de cuanto se evoca en las milonguitas de varieté elegante; verse en los «flirts» de honesto, se insinúa en las películas de serie ó hace bostezar en las novelas «para señoritas».

Pero todas esas cosas no existen en la realidad. Son pretextos para bailar, para elegir trajes y para considerarse levemente infortunada.

Y como la carta apasionada al sostener lo contrario podía ser un peligro triste, la fué rompiendo á pedazos, y tendiendo el brazo hacia la ventana abierta procuró no descomponer su actitud frente al espejo dejando caer los pedacitos blancos...

Luego se arrojó entre su abrigo de seda y de pieles, hundió el hociquito en el cuello modelo «bandeja de Salomé», y ondulando su cuerpo á lo Raquel se dirigió hacia el «auto»...

DIBUJO DE TONO





Una fiesta de Carnaval que congregó á la más selecta concurrencia en el Gran Hotel de Londres. El clásico «humour» británico hizo compatible la corrección mundana con las alegres locuras de Momo

CADA vez se hace más lejano—á pesar del poco transcurrido—aquel tiempo amable y señorial en que los poderosos, los nobles, los aristócratas formaban un grupo aparte en la vida.

Empezaron á igualarse, se inició la nivelación de todas las clases, porque la vida moderna, incorporando al comercio y á la industria á las clases selectas, estableció un contacto entre el pueblo y la aristocracia.

Al desaparecer los privilegios de casta, las regalías de la nobleza, hubo el pergamino de buscar la acción bancaria, el divido industrial, la participación en los negocios fabriles y de comercio.

Pero aun después de esa contaminación material, quedó para las clases elevadas un recinto apartado, una separación espiritual que se concretaba en lo que más hace á los hombres distintos: en la manera de buscar la diversión ó el placer.

La aristocracia en esto tenía su zona marcada é inasequible: eran los salones de las casas prestigiosas que sólo se abrían para los iguales. La vida de sociedad se limitaba orgullosamente á las comidas de amistades y á las *soirées*, á los bailes en que convivían los afines.

La nobleza española, la aristocracia y aun la clase media formaban una secta, una selección que sólo entre sí se relacionaba.

La guerra, trayendo al solar castellano aires de Cosmópolis, disolvió esos núcleos... Los grandes hoteles, con su *confort* siempre dispuesto y sus servicios acoplados á toda

exigencia, quitó del salón de las casas de abolengo á sus habituales.

Como en París, y en Berlín, y en Londres, los Ritzs y los Palaces fueron el centro de reunión de aristócratas y acaudalados.

El *dinning-room* substituyó á los salones familiares, á la tertulia hogareña, á la *soirée*...

Instituyó, además, una nueva democracia, igualitaria en la diversión...

Desapareció, es cierto, aquella orgullosa pretancia, tan noble, tan de raza, que mantenía ais-

lada á nuestra *elite* social. La comida americana, el *tea-room*, el *jazz-band* uniformaron é hicieron asequible á todos el lujo y el *confort* de la vida de sociedad.

Desde entonces se han transformado nuestras costumbres. Fiestas como las que estos dibujos representan eran hasta hace poco para los españoles algo exótico y raro.

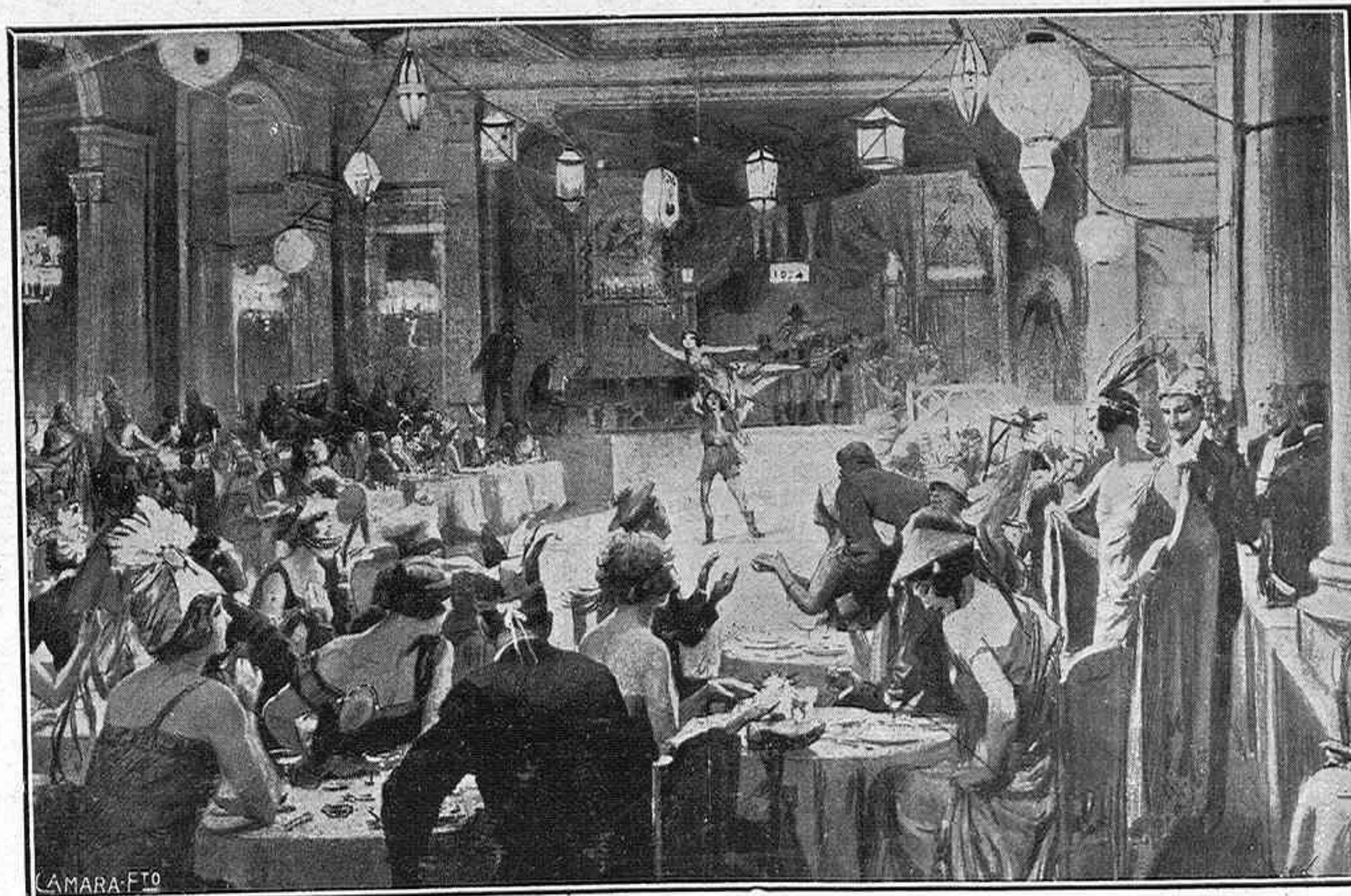
Peró la postguerra con su igualación, de un lado porque muchas cumbres bajaron de nivel, de otro porque la rapidez con que se hicieron fortunas creó una nueva aristocracia del oro, se ha impuesto en España, y hoy estas fiestas suntuosas, galantes, de una correcta alegría mundana, se han incorporado á nuestra vida social.

¿Se ha perdido con ello? No. Bien que algo de una pureza, de un orgullo racial, algo que era como un culto, la selección y el apartamiento de las clases elevadas, se ha desvanecido.

Pero, en cambio, ha ganado la vida en intensidad, se han transformado y renovado las costumbres, se ha alcanzado una diversidad y una democracia correspondencia, que ha limado muchas asperezas y destruido muchas envidias.

Siempre estará bien que los más altos y los más poderosos estén más visibles, porque con ello se humanizan el poder y la riqueza y se puede pensar en una futura fraternidad, ya que, según dijo Jacinto Benavente, «el mundo es mejor á medida que las gentes se acostumbran á verse más de cerca»...

ALVARO REAL



Baliles rusos en el Metropole de Londres durante una de las cenas de Carnaval



# INQUIETUDES ESPIRITUALES

Más de diez años hacía que no se veían. Amigos inseparables, formaron en tiempos ya remotos parte de una gran «peña», ceñida y compacta, que por las noches tenía su asiento en el café de Levante. Los azares, las vicisitudes de la vida, fueron poco a poco carcomiendo aquella «peña» hasta disgregarla por completo y hacerla pedazos. ¿Quién no ha formado parte de alguna de esas reuniones que parece han de ser eternas, y que un día, el menos pensado, empieza a descomponerse hasta desaparecer del todo, como si el tiempo se complaciera en destrozarse todos los afectos? ¿Quién no recuerda con tristeza esas alegres reuniones que pasaron? ¿Pequeñas penas de la vida, que no pierdes ocasión de mezclar con la risa el llanto!

Digo, pues, que más de diez años hacía que no se veían los tres amigos, y añado que la casualidad, al congregarlos de nuevo, hacía en torno de una bien servida mesa en el comedor de un lujoso hotel.

Pintor era el primero, llamado Angel; Javier era el nombre del segundo, y su profesión, los negocios; por Servando respondía el tercero, que no tenía otra ocupación que la de comerse sus rentas, ya que de su profesión de abogado ni él mismo se acordaba.

La vida, en su incesante novelar, había dejado impresa en el rostro de los dos primeros la huella, los vigorosos trazos de alguno de sus más interesantes capítulos; en el de Servando, plácido y mofletudo, cual convenía á los noventa kilos de peso de su propietario, la pluma de la soberana maestra no parecía haber escrito siquiera las primeras líneas.

En la conversación, Javier era el que llevaba la voz cantante. Angel intervenía alguna que otra vez en ella, y Servando, sin dejar de comer á dos carrillos, se limitaba á sonreír, haciendo movimientos de cabeza que no siempre estaban de acuerdo con el sentido del discurso de Javier.

Los tres se habían casado, y hacía la mujer que á cada uno había deparado la suerte fué derivando, insensiblemente, la conversación.

Servido el café y encendidos los habanos, fué llegado el momento de las mutuas confidencias. El pintor obtuvo en el turno la preferencia. El pintor, hombre de mediana estatura y enjuto de carnes, con ojos azules de mirar incierto, y en cuya boca se dibujaba constantemente una sonrisa de expresión escéptica, dió una prolongada chupada á su cigarró, y después habló de esta forma:

—Ya sabéis que abandoné nuestra «peña» cuando al cabo de tres años de mortal espera logré casarme, locamente enamorado, con Luisa. Lo que yo ganaba haciendo ilustraciones para las Revistas y vendiendo á bajo precio alguna que otra tablita ó postal nos pareció á los dos lo suficiente para que nuestro hogar navegase al menos por las costas del mar de la vida. Pero sin duda que el cariño equivocó nuestras cuentas, porque á poco de realizado el matrimonio nos dimos cuenta de que la nave hacía agua y estaba expuesta á naufragar. No me arredré por ello: fiaba en nuestro amor para reparar las averías y poner la nave en condiciones de navegar franca y seguramente. Trabajé con fe y alegría, mas los resultados no correspondieron á mis esfuerzos; antes que los compradores de mis cuadros entraron en casa los hijos; antes que el cuento para ilustrar, el acreedor en forma de tendero implacable, de sastre irascible, de zapatero despiadado, etc. No fué esto lo peor: mi mujer, antes cariñosa, empezó á mostrarse seria y fría. Al principio no me extrañó, porque la suponía tan preocupada como yo lo estaba. Los momentos angustiosos llegaren á mi casa. Sentí miedo de la vida y empecé á notar la falta de algo..., de un cariño, de una persona que me alentara en aquella lucha, que me animase para triunfar en ella. El cambio sufrido por mi mujer me causó una amargura inmensa... Un día, al quejarme de su despego, me respondió que mal podía darme alientos ni consuelo cuando ella era la que más los necesitaba para soportar aquella miseria; que dejara los cuadros y las ilustraciones y que buscara otro modo de vivir. «Ya es tiempo de que te convanzas de que no sirves para eso», fueron sus últimas palabras. Duras, crueles me parecieron en boca de mi esposa, á quien yo amaba tanto. Una tristeza horrible se apoderó de mi ánimo. Renunciando á mi diario calvario, permanecía los días enteros encerrado en mi modesto estudio. En vano esperé en él á mi Luisa... No tuvo piedad de mí... No entró ni una sola vez á verme, á consolarme mi dolor. Me encontré á solas con mi arte... y en sus brazos me eché por última vez... En aquella soledad pinté el cuadro que yo juzgaba como losa que habría de cubrir la sepultura donde yo debería enterrar mis



ilusiones. A medida que avanzaba en mi obra sentía que mi ser se transformaba, y que el hombre, abandonado por el artista, quedaba solo, muy solo en aquel pobre estudio donde ni mi mujer ni mis hijos entraban nunca. Terminado el cuadro, un amigo piadoso me proporcionó el escaparate de una tienda para exponerlo. Una mañana busqué un mozo para que lo llevase al comercio, y el cuadro salió de casa sin que Luisa se dignase mirarlo. Sentí la sensación de que mi cuadro era un difunto á quien se conducía al cementerio sin más acompañamiento que yo. El cuadro fué expuesto y atrajo la atención del público. Yo, que nunca logré

atraer en las Exposiciones la de los críticos, tuve entonces la sorpresa de despertar la de uno que publicó un artículo alabando el cuadro y lamentando que grandes artistas como youviésemos que recurrir á exponer nuestras obras en el escaparate de una sastrería. En resumen, y para no cansaros: se vendió aquel cuadro... y se vendieron otros; gané dinero y en mi casa todo cambió de aspecto. Yo, que antes no servía para la pintura, empecé á ser para Luisa un maestro. «Ella siempre me había tenido por tal.» El amor de mi esposa, moribundo por falta de unas inyecciones de bienestar, revivió como por arte de encantamiento, y jamás marido

CAMARA-FOTO



alguno ha tenido una esposa más dulce y amable, ni se vió más mimado, atendido y respetado de lo que yo me veo. En mi casa reina, en suma, la felicidad más grande..., y, sin embargo, yo no soy feliz..., porque sé que mi felicidad depende y está en proporción directa de las pesetas que gano.

—Ahora comprendo el por qué de tu escepticismo—dijo Javier.

Servando dió dos fuertes cabezadas que querían decir: «Yo también lo comprendo ahora.»

—En cambio, tú eres feliz completamente.

—No lo creas; aunque me ves alegre y charlatán, yo también llevo en el fondo de mi corazón un poquito de inquietud espiritual y de descontento. Pero mi caso es todo lo contrario que el tuyo. A poco de separarte tú de nuestra «peña» me disgusté yo también. Dedicado, como sabéis, á los negocios, se me presentaron algunos tan importantes en Sevilla, que decidí trasladar mi residencia á ese punto. Los negocios marcharon viento en popa, y el amor hizo de las suyas. A los cuatro años de permanencia en aquella capital, estaba casado con una linda muñequita; por su tipo, os lo juro, es una verdadera muñeca de porcelana. Enamorado de ella, subyugado por su atractivo irresistible, no me di cuenta de la frivolidad del carácter de mi esposa y de que su único amor era el que profesaba al lujo y al continuo goce de la vida. Sus gastos eran cada vez mayores; sus caprichos, de continuo más costosos...; ¡mi falta de voluntad para impedirlos, cada vez más grande! Margarita me absorbía el ánimo y me dominaba por completo. Llegó lo inevitable: la ruina. Cuando así se lo comuniqué á mi esposa, sus grandes ojos azules quedaron fijos en mí, expresando con su mirada la más absoluta incompreensión del alcance de la noticia. Al hacérselo comprender, su lindo semblante expresó el espanto más grande y sus ojos se llenaron de lágrimas. El llanto, el dolor, la desesperación, trocáronse á poco en serenidad, resignación y calma. Aquella muñequita se transformó en mujer, y echándome los brazos al cuello, me dijo con dulce acento: «Yo soy la causa de tu ruina y yo quiero ayudarte á repararla.» El amor de mi esposa ante el peligro que yo corría se manifestó pujante y sublime. La muñequita, frívola y superficial, se enteró minuciosamente del estado de mis asuntos, y con sagacidad asombrosa, con intuición admirable, me guió con sus consejos por el tenebroso laberinto de mi quiebra. El más terrible de mis acreedores, aquel en que estaba la llave de mi absoluta ruina ó de mi salvación, fué vencido en toda la línea por la dialéctica de Margarita. No solamente renunció á apretar el dogal que yo tenía al cuello, sino que se prestó á auxiliarme, convencido de que así ganaría yo y ganaría él. La terrible situación fué vencida, y mis negocios no sólo recobraron su marcha normal, sino que alcanzaron un grado de prosperidad nunca soñado por mí. Pero al recobrar la normalidad económica, mi mujer volvió poco á poco á su frivolidad... y á sus placeres..., olvidándose nuevamente de mí. Yo podía ser el hombre más feliz del mundo y no lo soy..., porque constantemente echo de menos á la mujer dulce y cariñosa de los días malos...

Servando hizo varios movimientos de cabeza, que sólo él sabía lo que querían expresar, y Angel sonrió de un modo triste, doloroso, y dijo:

—En verdad, que si mi caso es admisible por lo frecuente, aunque sea muy amargo, el tuyo es verdaderamente extraño...

Hubo un momento de silencio, que Javier, con un vigoroso esfuerzo de voluntad, cortó, causando el mayor sobresalto en Servando, que hasta entonces había visto los toros desde la barrera, sin pensar en que llegara el momento en que tuviese que actuar.

¿Qué iba á contar él, si nada le había pasado que fuese digno de mención? El se marchó de Madrid por aburrimiento y no por vicisitudes de la vida. En su pueblo, pueblo asturiano, sus padres, ricos hacendados, le concertaron un ventajoso matrimonio con una rica heredera del mismo pueblo. Se casaron. Sus padres le daban dos mil pesetas todos los meses; dos mil también le daban á su mujer los suyos. Tenían una gran casa, tenían dos hijos... Vivían sin preocupaciones... El se iba de caza..., de pesca..., de paseo...; ella cuidaba de los hijos, de la casa..., de... No reñían nunca...; él..., ella... ¡En fin, que no les pasaba nada..., y que..., y que, eso..., que no les pasaba nada de particular!

Angel y Javier se echaron á reír al oír la categórica afirmación de Servando. Este creyó que debía hacer coro á sus amigos y rió también, agitando su voluminosa persona; pero en el fondo no dejó de molestarle la burlona risa de sus antiguos camaradas, de los cuales debía separarse aquella misma tarde para volver á su pueblo.

.....  
.....  
Preocupado todo el viaje con las inquietudes es-

pirituales de sus amigos, y molesto aún por sus risas al saber que él no sentía ninguna, Servando llegó á la estación de su pueblo de un humor de todos los demonios, porque en aquellas risas, que aún sonaban en sus oídos, encontraba algo de burlón y despectivo que por primera vez alteraba la paz de su ánimo. ¿A cuál de las dos mujeres se parecería la suya? ¿A la de Angel ó á la de Javier? ¿No sería cuestión de averiguarlo?

Aquella noche la esposa de Servando, fresca y guapetona y algo sobrada de carnes, como su marido, sufrió un verdadero martirio en el lecho conyugal. Servando no paró de revolverse en toda la noche, inquieto y acometido por incansables pesadillas. Roncaba de un modo inusitado y daba patadas que en más de una ocasión pusieron en peligro la integridad de su media naranja.

Cuando á la mañana siguiente la esposa le sirvió el desayuno en la cama, según costumbre, hubo de preguntarle el por qué de aquella agitación, cuando él siempre dormía tan tranquilo...

—Cosas horribles que me han pasado en Madrid. ¿No me notaste nada anoche?

—Que se te abría mucho la boca, de sueño y de cansancio.

—Porque disimulaba, porque no quería enturbiar la alegría de vernos. Pero ahora vas á saber cosas horribles, Manolita.

—Espérate—dijo ésta—; primero voy á ver si los chicos se han desayunado ya.

Servando se quedó con la boca abierta al ver la tranquilidad con que su esposa salía de la alcoba; y como en boca abierta es fácil que entren moscas, Servando optó por taparla con una rebanada de pan untado de manteca, que mojó en el chocolate.

Cuando, al cabo de media hora, Manolita volvió al lado de su esposo, éste le hizo saber que el banquero que en Madrid manejaba sus fondos se había escapado.

—¡Bah! ¡Ya le cogerán! Ya te dije hace tiempo que ese hombre no me inspiraba confianza.

—¿Y si no le cogen? Yo estoy muy preocupado con esto; yo necesito tus consejos, tu guía en lo que debo hacer.

—¿Qué entiendo yo de eso?

—¿Pero tú no sientes la necesidad de prodigarme tu cariño, tus caricias?...

—¡Ay, hombre! ¡Qué cosas tienes! Anoche venías tan cansado y con tanto sueño que no me pareció oportuno..., y ahora... tengo mucho que hacer.

Servando abrió nuevamente la boca con asombro; pero esta vez, como ya no tenía nada con que llenarla, la volvió á cerrar en seguida.

—Y á propósito—añadió Manolita—: mis padres han mandado diez perdices; ¿quieres cenar con ellas?

—Hombre, sí; pero pon las diez, ¿sabes? El cocofaditas, como á mí me gustan.

Manolita, sin hablar más del banquero fugado, salió de la alcoba, dejando á Servando convencido de que para sentir inquietudes espirituales es preciso aguardar á que la vida las dé; y él se dispuso á esperar durmiendo, por lo menos hasta la hora de comerse las perdices... ¡Valientes majaderos eran Angel y Javier!

GUILLERMO DIAZ-CANEJA

DIBUJOS DE OCHOA



LAMARA FTO

OCHOA



# HISTORIA Y NOVELA DE ESPAÑA

## VUELVE LA EMPERATRIZ EUGENIA

Todos los años organiza *L'Intransigeant* un baile, enorme en su conjunto, exquisito en los detalles, solemnidad benéfica y apoteosis del saturnalismo.

Acaba de celebrarse en la Opera el de este invierno, con asistencia de ocho mil almas y presidido por M. Millerand. Un episodio simbólico distinguirá de las anteriores y las que sucedan dicha fiesta. Ello fué que se descorrió la cortina del célebre *foyer de la danse*, respetada en su quietud desde los legendarios saraos del Segundo Imperio, y que había llegado á adquirir la categoría de un nacional velo del pudor. He aquí por fin recogido el telón que al fondo del escenario oculta á las bailarinas con su tonelete, y á los viejos abonados, huerto de almendros floridos que custodian unos espantapájaros. El famoso espejo de diez y siete metros que hay en el muro, arroyo donde se retrata el paisaje primaveral, brillaba aquella noche de la vuelta al pasado y el olvido de sus errores, como en las ropas de perpetuo luto, el cuello blanco de encaje con que se engalanó la Emperatriz Eugenia el día que tornaron á Francia la Alsacia y la Lorena.

En estos instantes de yanquismo y negrada, entre la quincalla sonora del *jazz-band*, el *boulevard* suspira por el renacimiento del *esprit* y el estilo de raza, que afinaron las damas y los soldados bonitos de Saint-Cloud, como antes las marquesas y los abates trianonescos. Para salir del laberinto, busca en el suelo las camelias y las rosas abandonadas por Margarita Gautier y la Pompadour.

El rasgo de la Opera no hace sino confirmar, autorizar un incoercible sentimiento de nostalgia en favor de la Corte de las Tullerías. Recorrer los demás teatros equivale á sumergirse en la intimidad del siglo último. Madame Ida Rubinstein resucita á la más idealizada heroína de Dumas, substituyendo con un rayo de luna las ampollas de la batería. En una revista se nos conduce á presencia de la Paíva, la cortesana que vengó sus nocturnos sin lecho haciéndose regalar uno que costó cien mil francos. Montel, *le roi des comiques*, evoca en el *Concert Mayol* las cacerías de Compiègne, cuando Napoleón III brindaba á su favorita del momento la pata del ciervo, supremo y significativo homenaje. *Chez Fursy et Maurice*, la *boîte montmartresca* por excelencia, hallamos al gomoso de pantalón *collant* y á la *leona* con su capota y su miriñaque, pareja encargada de cantar el repertorio de la edad de oro del café concierto. En el *Moulin-Rouge*, el acordeón de las *milongas* y el saxofón y el banjo del *shimmy* enmudecen en honor de la fanfarria que impulsa el vértigo de dos docenas de *can-canistas*, espumosas, champañeantes...

No sólo la frivolidad: también los sabios padecen la manía de moda. La Universidad de *Los Anales* confió á Abel Hermant, Gib, Rachilde y otros ilustres un curso de conferencias sobre el Segundo Imperio. Lo inauguró, por cierto, M. Arthur Meyer, superviviente de la época, y que acaba de mo-

rir, ganando por escasa ventaja de unos meses la partida que tenía empeñada con Sarah Bernhardt acerca de quién de los dos bajaría antes á la sepultura. A poco esa partida queda en tablas... Pero no nos entristezcamos, que ya llega el delicioso maestro Reynaldo Hahn, el cual nos instruye y divierte con sus estudios de las óperetas de Offenbach... No cabe duda: los intelectuales comparten con el vulgo la añoranza del tiempo de la crinolina. Imaginaos que los literatos reclaman del Gobierno la reconstrucción de aquel *Ministerio de las Bellas Letras* que fundó el postrer Bonaparte y deshizo la República; lira con el cordaje de balduque, rota por los obuses prusianos, como la guitarra de Gounod, que se conserva en un museo, junto á las zapatillas de raso con que Fanny Gisler bailaba la *cachucha*, embriagando de españolismo á Teófilo Gautier...

¿A qué decir que en el bibelotaje, mobiliario, joyería, costura y toda clase de trivialidades no deja de reflejarse el gusto dominante con los excesos y



Uno de los últimos retratos de Eugenia de Montijo



La casa número 12 de la calle de la Gracia, en Granada, donde nació Eugenia de Montijo



La Emperatriz vestida á la usanza de Andalucía

extravagancias del capricho? De los armarios postergados extrae la *femme du monde* las reliquias de su abuela; la que, al lado de sus amigas, cada una con su ancho sombrero de paja y su chal, eternizó Winterhalter en sus cuadros, que parecen vitrinas de mariposas disecadas.

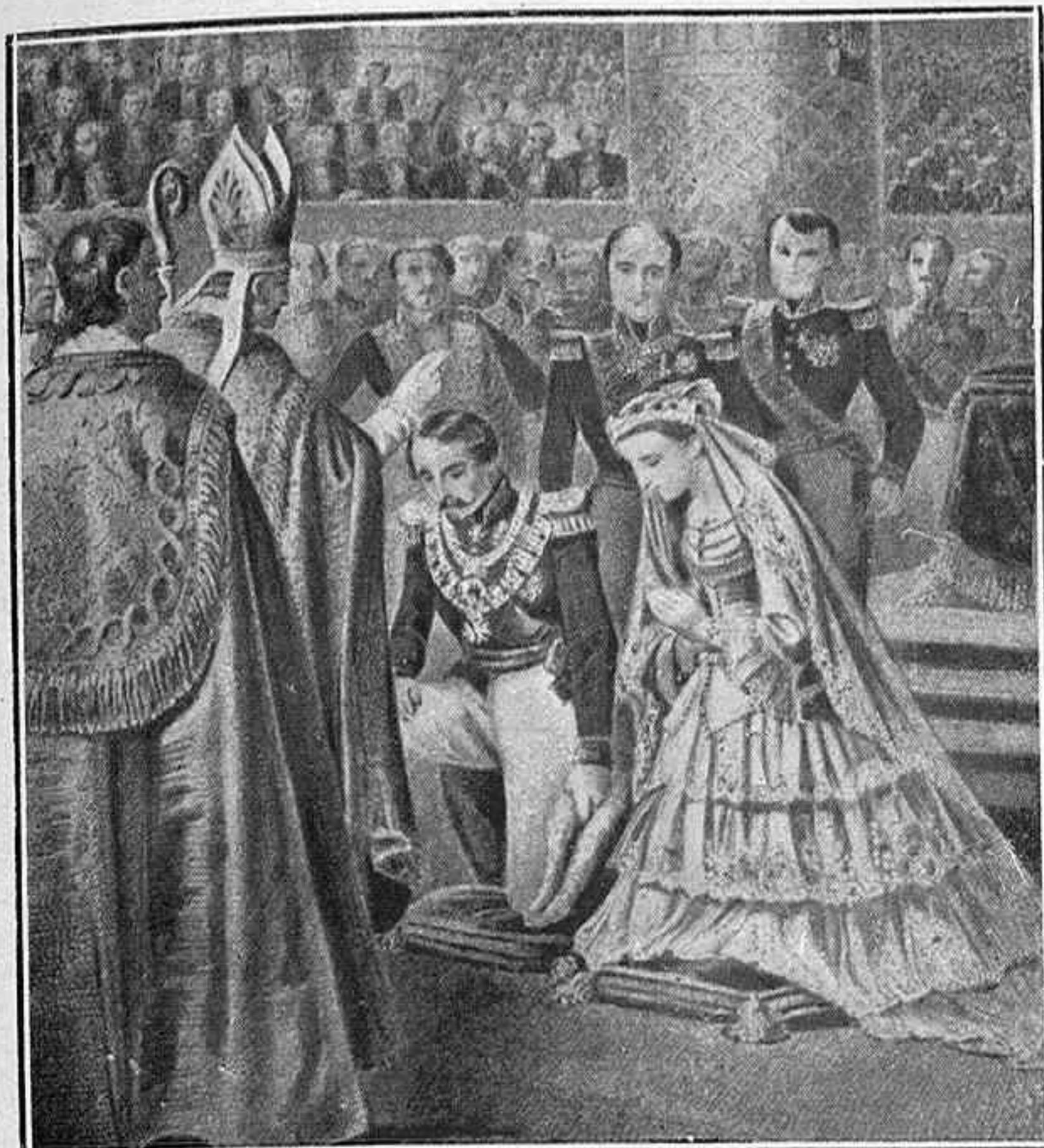
Como veis, es un hecho la indulgencia de París respecto á ese período, de que se avergonzaba, dedicándose á calumniarlo, hasta que el rencor se dissipó con el humo de la victoria que ha vengado la catástrofe vinculada en el Segundo Imperio. Procede el pueblo francés como tanto protagonista de sus comedias, que siempre perdona á la adúltera, quizá para poderse absolver á sí mismo.

Los españoles debemos congratularnos de tales muestras de arrepentimiento, pues, según nadie ignora, el ángel ó diablo, el numen de cuanto sucedió aquí durante la soberanía de Napoleón el Chico, fué nuestra compatriota Eugenia de Montijo, andaluza, que no renegó de su origen, como lo prueban: un fandango que mimó una tarde en una jira, rodeada de palatinos; el que exclusivamente cabalgase en yeguas jerezanas ó cordobesas; y su majeza de ataviarse con el calañés y el bolero, con ocasión de visitar en el otoño del 63 la serranía de Ronda. Aparte los pintorescos pormenores, delataban á la granadina, hija de malagueña, su viva-

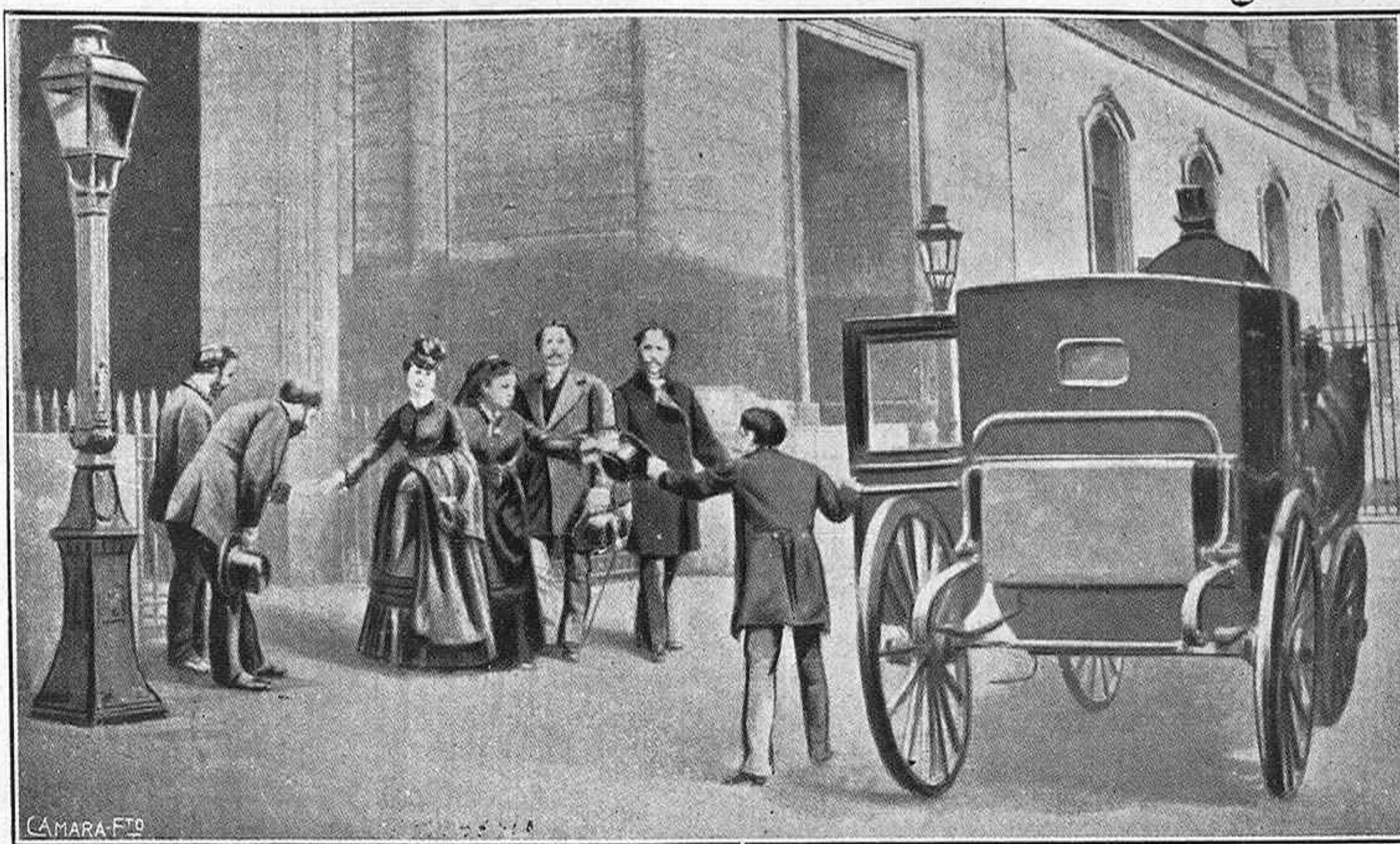
cidad, sus celos de mujer por encima del disimulo protocolario, sus devociones y prácticas religiosas, el *ángel* de su sonrisa altiva y acogedora. La nieta de Grandes de España se reveló en la soberbia, mezclada de ternura, por las víctimas inocentes con que, herida en un párpado y manchado de sangre el vestido, descendió de la carroza en que estallaron las bombas de Orsini; una de las cuales, del tamaño de una mandarina y erizada de espoletas en lo que subsiste del desgarrado casco, he podido yo examinar con emocionada curiosidad. Los generales y los cortesanos aclamaron á su Soberana, madre ya, tranquilizándose con la esperanza de una Regencia de alientos en el caso de que desapareciese el Emperador, combatido, enfermo y que dolaba la edad á su cónyuge. Arribó, en efecto, la oportunidad de que ésta se encargara de presidir el Consejo de Ministros, con motivo de la campaña de Italia y de la Guerra del 70, dirigidas ambas por el propio Monarca. Los diputados antinásticos, los republicanos, los periodistas; las turbas, arrebatadas por las arengas de Gambetta y excitándose con los sarcasmos de Henri de Rochefort, el terrible demoleedor á quien nada conmovía fuera de su gata moruna, que, correspondiéndole, siguió á su amo al sepulcro; la espuma revolucionaria del océano parisiense salpicaba el rostro de la majestad solitaria y prisionera en Palacio, y uno de los insultos mayores consistía en llamarla *l'Espagnole!*, porque encontraron los patriotas el acento despechado de aquella acusación que encerraba el grito *¡La Austriaca!*, único nombre, en boca de los decamisados, de María Antonieta, como doña Eugenia caracterizada por su sonreír dulce y grave, á un grado que Chateaubriand reconoció la calavera de aquella en el osario, descubriendo en el maxilar la inefable expresión del saludo luminoso y en silencio que le dirigió la Reina en una galería de Versailles...

Evidentemente, la condesa de Tebas no poseía las condiciones de una Blanca de Castilla, de una María Teresa de Austria. Siempre de su casta ibérica, faltábale, además, preparación, como suele ocurrir entre nosotros, improvisadores insignes. En su primera etapa de Regente fué sorprendida aprendiéndose de memoria la Constitución, como estudiaba los temas en el colegio. Fuerza es reconocerlo. Sus impetuosidades, sus alternativas de entusiasmo y desmayo, sus complicidades con la política del Papa, aferrado á su dominio temporal; sus romanticismos de libro de caballerías, como la cruzada á Méjico, y su ingerencia en los negocios del Estado, de un modo excesivamente hogareño, á la manera de la burguesa que se impone al marido, estorbaron sus ambiciones de inmortalidad y la marcha de los negocios públicos. Pero injusto y malvado considero negar, olvidándolos, si no se desfiguran, su desinterés, su caridad, sus virtudes ejemplares, sus corazonadas sublimes en las nacionales crisis, por encima de los partidos; la dignidad en su epílogo trágico. Esto sin contar su sabiduría y sus auténticas grandezas al desempeñar en la paz el papel de Emperatriz de Francia. Se necesita raza para decidirse á gastar millón y medio de francos en unos fuegos de artificio, celebrando la visita de un príncipe extranjero; los cohetes se dis-





La boda imperial en Notre Dame el año 1853



La Emperatriz, fugitiva, abandona las Tullerías el 4 de septiembre de 1870

paraban en haces de veinticinco mil. Dígase, en suma, que Eugenia de Montijo era demasiado gran señora, *femme du monde*, para convertirse en instrumento gubernamental y diplomático. Administraba las Tullerías y la nación como una hacienda particular, encantando á sus invitados. Careciendo de la responsabilidad histórica, innata en las princesas de sangre, prodigaba las exquisiteces y la esplendidez que corresponden á la heredera de una estirpe de magnates, en ella enaltecidos. De ahí que sea inolvidable, si le ha sido negada la inmortalidad.

Declaro que también yo sufrí el contagio de la nostalgia en circulación, consagrándome una temporada á escudriñar archivos, museos, pinacotecas, manuscritos, estampas, y á consultar á los fantasmas ignorados en sus escondites respectivos, un chambelán, una azafata. De mis pesquisas ha resultado un libro, en forma de novela, donde quise recoger, afianzándola con los documentos necesarios, la confidencia con que me honró el marqués de..., años atrás, una noche que ambos esperábamos en un Casino madrileño que amaneciese, pues á esa hora debía batirse un amigo nuestro. *El Caballerito del Puerto* se titulará el volumen, que ya voy á enviar á la imprenta, y que he ido compo-

niendo en un pabellón y un jardinillo de Passy, verdadero remanso de la época invocada, cercano de la casa de Balzac, y de las calles de tapias jardineriles, dedicadas á Chopin, á Talma. Brindo la pintoresca y romántica historia á los soñadores y los apasionados, y á cuantos gusten de familiarizarse con las existencias excepcionales, con los espíritus que se movieron en cuerpos de consumada arrogancia y belleza, como éstos á su vez agitábanse en escenarios llenos de color y de tradición...

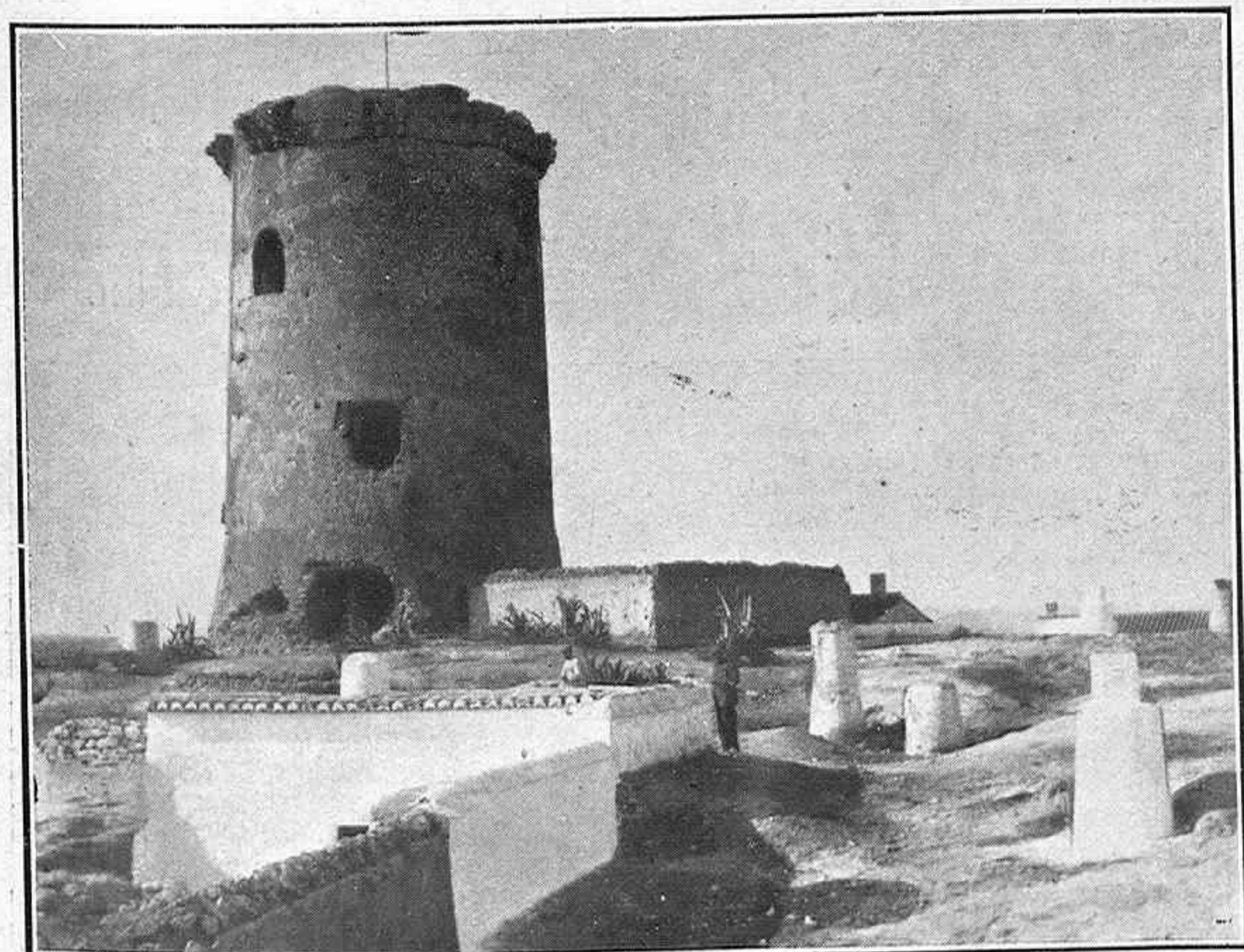
A falta de buenos, quisiera con mi obrilla remediar un incomprensible descuido de la literatura patria. Contrastando con la casi abrumadora bibliografía forastera, no existe, respecto á Eugenia de Montijo, trabajo alguno en castellano. No sedujo al historiador el panorama de un tiempo en que se mezclaron los destinos de España y Francia, al punto que tras acontecimientos paralelos, la guerra de Alemania, la de Sedán, surgió á causa de haber proclamado el general Prim la candidatura de un príncipe tudesco al trono de los Reyes Católicos; ni al novelista el episodio de raza que sin duda constituye el triunfo de la hija del afrancesado de Arapiles, D. Cipriano Portocarrero, con su ambiente del Madrid y el París de entonces: aquél la

más sabrosa olla podrida, y éste la más volatilizada copa de champaña; ni al poeta, el poema de la vida de la mujercita que nace en Granada un día de terremoto, por lo que trasladaron á la madre á una tienda improvisada en el jardín; que se casa con un Emperador; que fué, sin proponérselo, hembra fatal, suicidándose sus enamorados, transformando á otros en conspiradores, por celos del tirano y esposo; que pierde la corona y el hogar, emprendiendo sus peregrinaciones espectrales en su yate por los fiords noruegos, por el mar de la India. Salvo las crónicas en los diarios, al presentarse la viejecita legendaria en la Península, invitada por su sobrino el duque de Alba, nada inspiró jamás al ingenio hispánico la prodigiosa española, á quien Stendhal refería sus recuerdos de soldado, y Merimée adoraba...

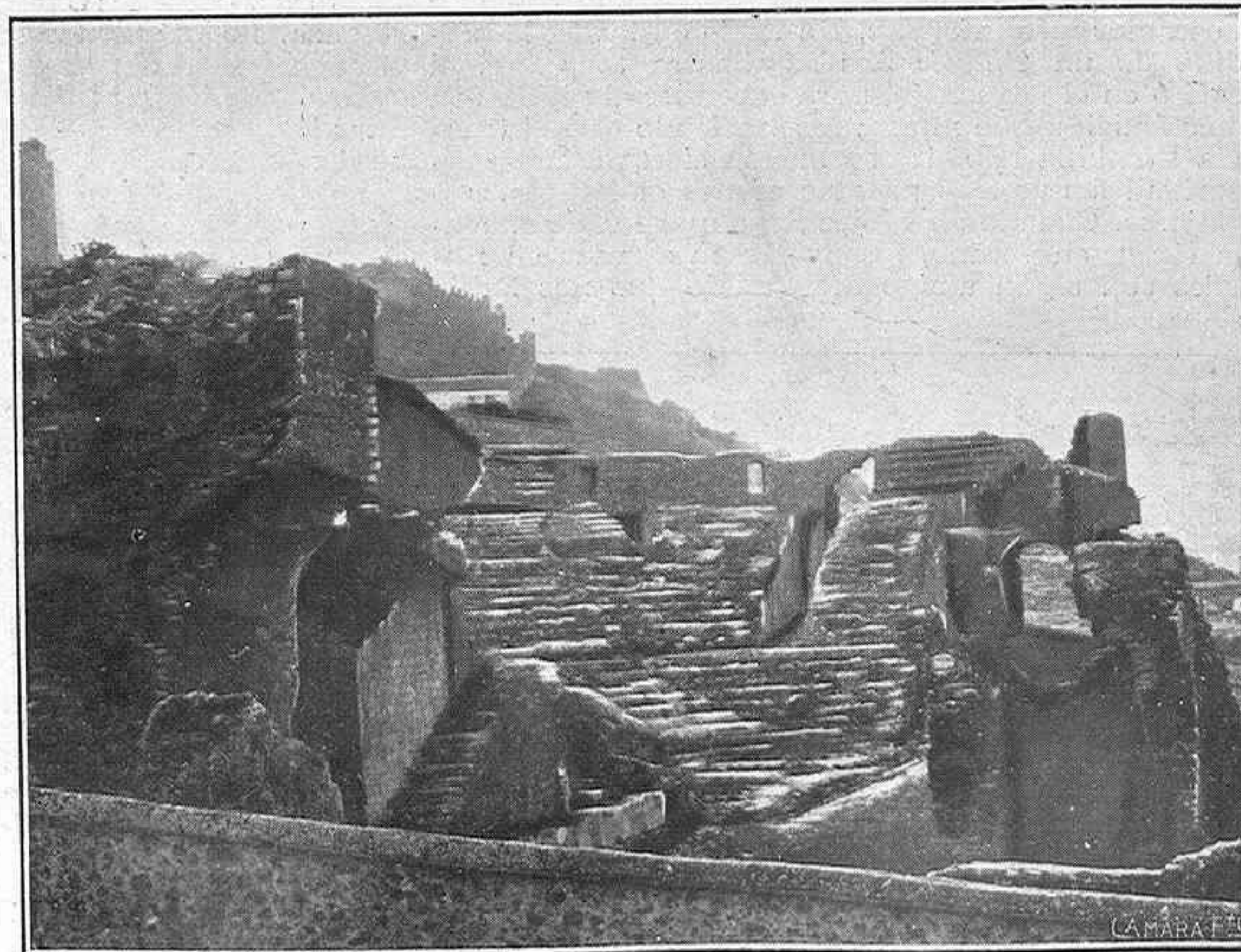
Perdón... Quedábamos en que París se acuerda con amable melancolía de Eugenia de Montijo, su Emperatriz. A la caída de la tarde, en los Campos Elíseos, se la presiente, y diríase que va á llegar en su *daumont*, de regreso del Bosque de Bolonia, donde, envuelta en su abrigo de nutria, patinaba alegre y ligera como un pájaro.

FEDERICO GARCIA SANCHIZ

## ESPAÑA PINTORESCA Y MONUMENTAL



Valencia.—Castillo y cueva moruna

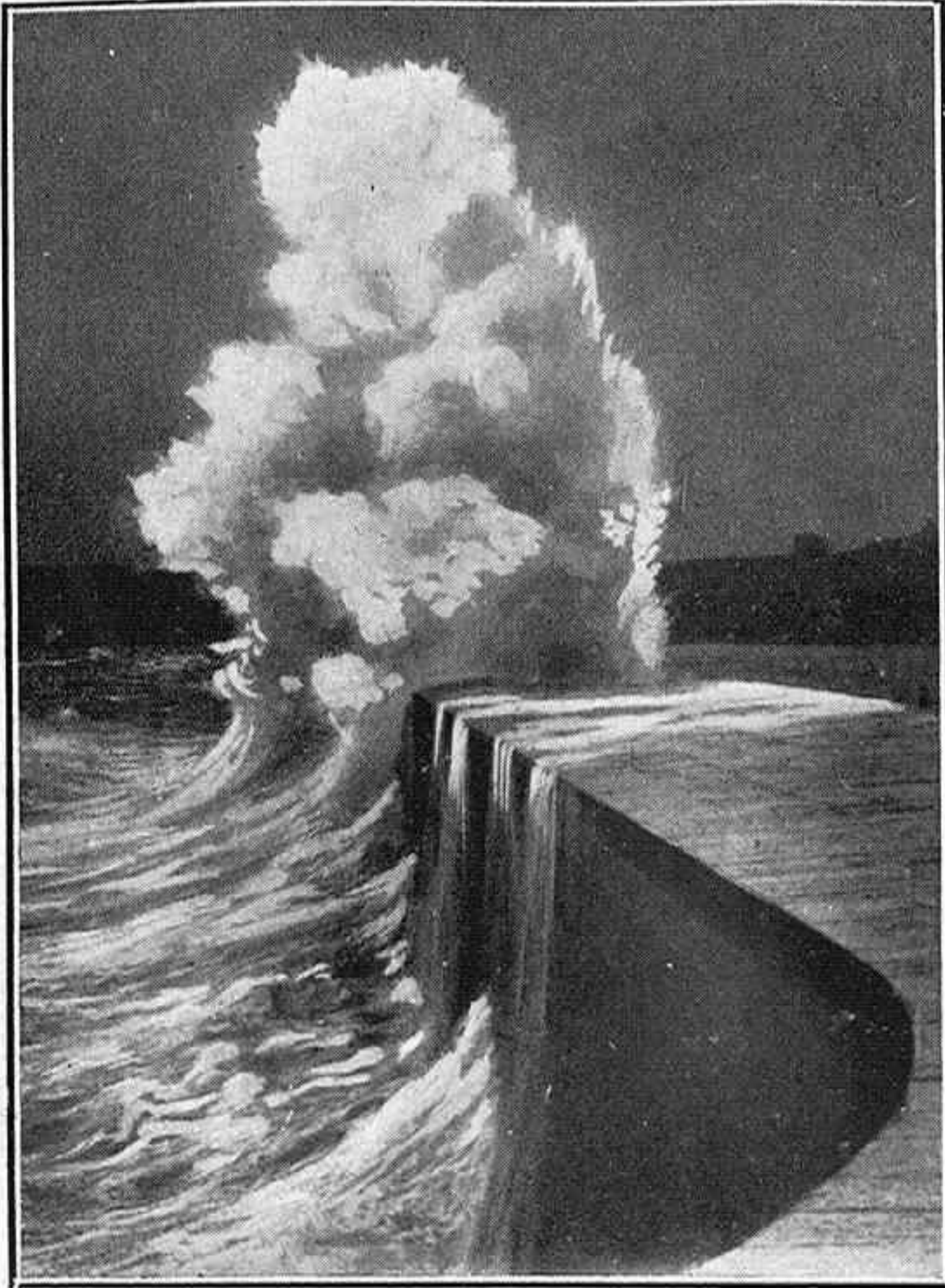


Sagunto.—Un detalle del Anfiteatro Romano

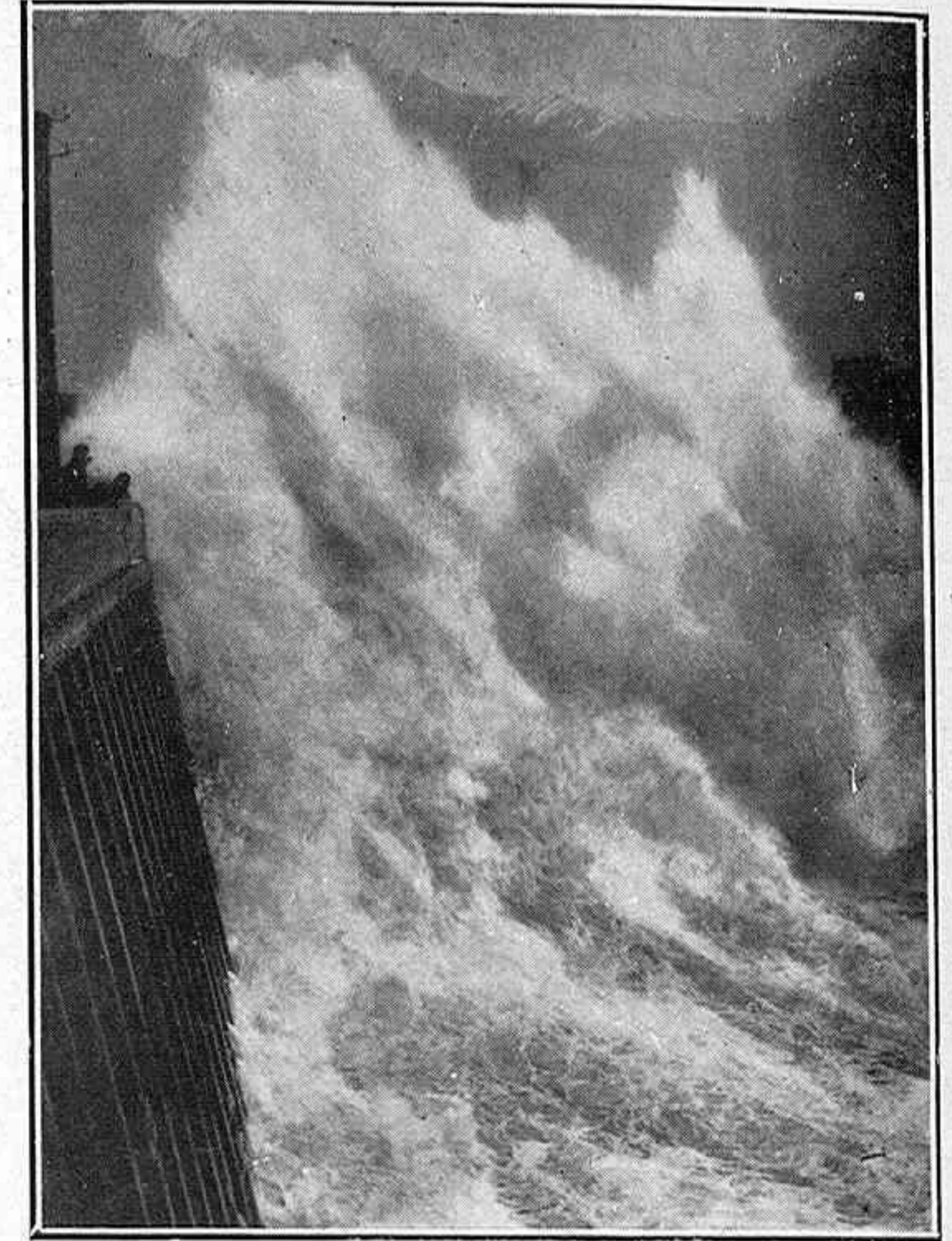
FOTS. GÓMEZ DURÁN



# LA CÓLERA DE LA MAR



San Juan de Luz (rompeolas)



Dieppe (rompeolas)

REALMENTE, el hombre que merienda en el campo, á dos pasos de la población, una lata de sardinas en escabeche, no tiene nada de sentimental. Si lo fuera, pensaría en las galernas, en los pescadores, en algunos héroes de Loti, en *Flor de Mayo* y *Sobre el abismo*, las magníficas narraciones de Blasco y de Zamacois; recordaría el cuadro de Sorolla *¡Aún dicen que el pescado es caro!* y aquel otro, tantas veces pintado, del naufragio de la *Medusa*, y renunciaría á la conserva gallega para preferir el jamón bien curado de Trevélez ó de Avilés. El jamón, color de rosa, sonriente y tentador como boca de mujer, sugiere ideas apacibles y aleja las dramáticas. La más delgada envoltura de sardinas ó de atún es un estuchito que á cualquier sensibilidad un poco barnizada de literatura le evoca los chubasqueros, el «¡Todo á babor!» de tantos lienzos y estampas, la blasfemia, la ola que no perdona, el arrecife trágico, *Los trabajadores del mar*, el rayo, la brea, *Robinson y Gilliat*, el pulpo que acecha y la tromba que aniquila...

Los novios de la Moncloa, dedicados al madrigal, á perseguir mariposas y á escapar de los guardas, sólo tienen del mar ideas calumniosas ó bonancibles. Algún invierno leen, cuando están en el café y la tarde da demasiado de sí, aquella página desgarradora de *Pablo y Virginia*, en que la furia del mar destroza un idilio, ó cualquier información de Galicia ó Cantabria en la que se asegura que el mar «está imponente» y que las barcas pesqueras, refugiaditas en el puerto, han tenido que reforzar las amarras. Los de tierra adentro no buscamos más informes. De tarde en tarde, la pérdida de un *Titanic* nos suministra tema, en el café ó en el negociado, para encender el pitillo con más fruición que nunca, reconociendo que el tranvía Bombilla-Hipódromo brinda cierta amable seguridad á nuestros pacatos afanes emigratorios ó viajeros. Cuando más lejos llega nuestra documentación es en verano, tomando una cerveza en Rosales con algún amigo afortunado que nos habla

de San Sebastián, y de las olas de la Zurriola, contempladas amargamente después de perder las últimas monedas en el Casino. Pero, por lo común, la idea que muchos seres tienen acerca del mar y de su furia es harto nebulosa. Huele á mariscos de la plaza de Santa Ana; reproduce en la memoria viejos grabados de *Ilustraciones*; amplifica un poco, desde luego con ventaja, la visión del estanque del Retiro. Ni el Museo Naval ni el alto precio que ha adquirido el atún en salazón logran imbuir en el ánimo del castellano devoto de observar la vigilia, la pavorosa lucha, el imponente esfuerzo, el robusto heroísmo que supone arrancar á los mares la menos fresca de las rodajas de merluza, dorada en la cocina, que adornan el escaparate de cualquier taberna.

Como el pensamiento del hombre—del hombre que piensa—, el Océano nunca reposa. Va y viene; sube en estas latitudes, desciende en aquellas otras, mantiene un ritmo y lo quiebra, ondula, se estremece, se encrespa, rezonga, suscita vórtices gigantes, abre simas, se hincha, truena, abate, acecha, engaña, sepulta... Los astros le atraen tanto como las catástrofes; con el Océano juega el viento, y en su entraña se desliza la última sirena, que se acuerda todavía de Circe.

El flujo, el reflujo, las corrientes engendran las olas y las ondas. Las olas constituyen el primer elemento en una playa para atraer forasteros delicados, ya que á los forasteros vigorosos les sienta bien el vasto rumor de las raquetas y de las fichas, nacido del proceloso Océano del Azar. Y confesemos, aunque la Junta de Salvamento de Naufragos y los miembros dignísimos de la Orden de Beneficencia nos apostrofen, que cuando el mar está hermoso de veras es iracundo, cuando su mansedumbre se trueca en cólera, cuando rompe el yugo del verano y le da á las olas el tamaño que estima más adecuado para dejar sentir su majestad.

Las olas entonces, según afirman los naturalistas, constituyen el obstáculo mayor para el hombre, por la altura que llegan á adquirir. Hinchazones increíbles, montañas líquidas, aluviones espumantes, iras apocalípticas, según los viajeros antiguos, alcanzaban cincuenta y sesenta metros. Hoy, con precisión científica, puede afirmarse que nuestros abuelos hiperbolizaban, aun cargando en su favor las lícitas exageraciones del miedo. Las olas más elevadas, que parecen preferir los mares del Sur, entre los Cabos de Hornos y Buena Esperanza, no exceden nunca de diez y ocho metros, lo cual no deja de representar una amenaza de consideración para los que, á bordo de paquebot-leviatanes, confían sus murrias al ancho camino voluble de las aguas.

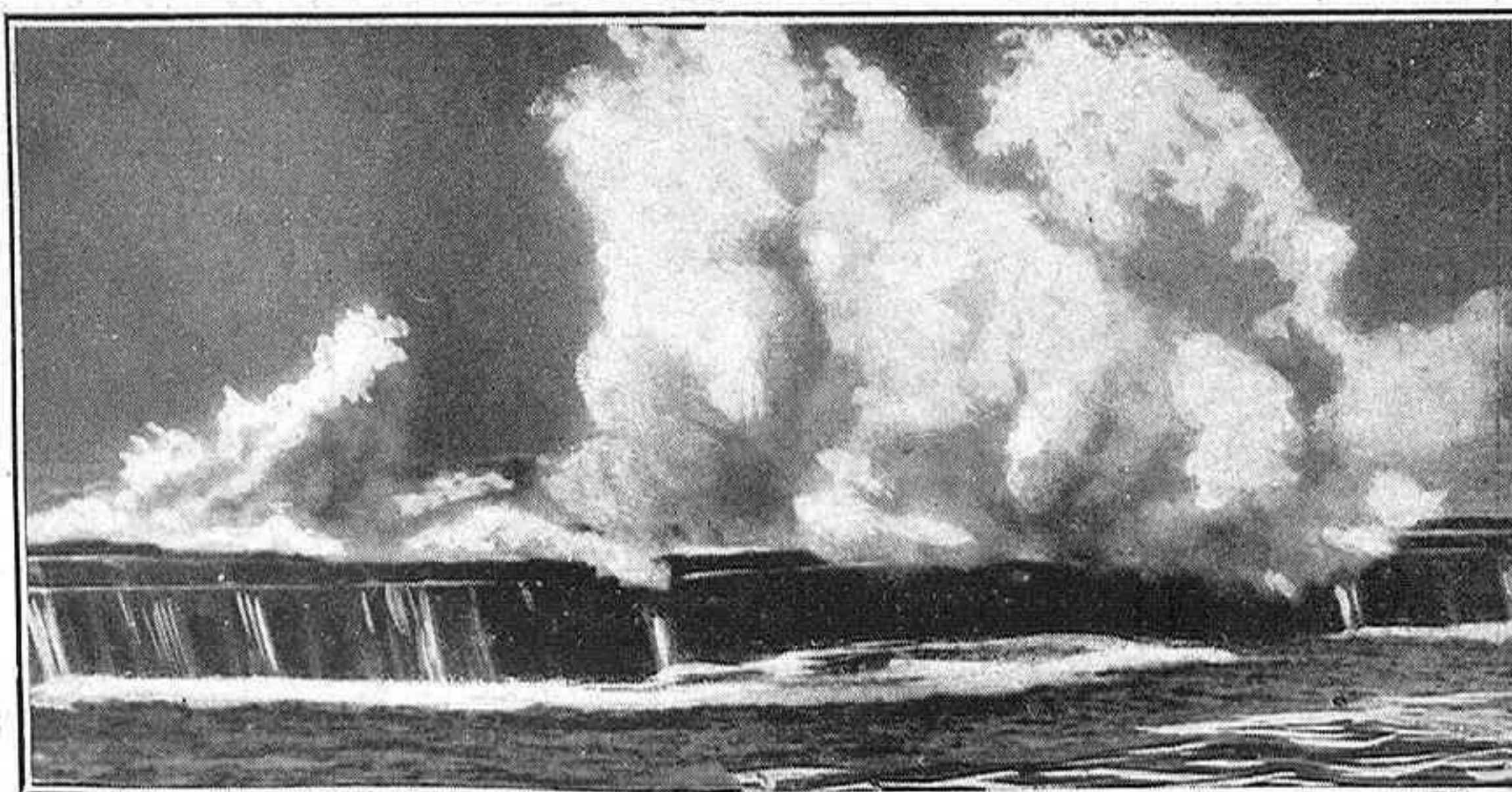
¿Hasta qué profundidades llega la agitación de estas aguas, jamás tranquilas? Un submarino moderno escapará á tanto desasosiego cincuenta metros debajo de la superficie. En mares de profundi-

dad escasa, como el de la Mancha—ó mejor, Manga—, se forman olas de tres y cuatro metros que transmiten su agitación á menos de cien. De ahí esos fondos de arena removida que dan un color sucio al agua, y que poetizan el recuerdo del Mediterráneo, azul y juvenil.

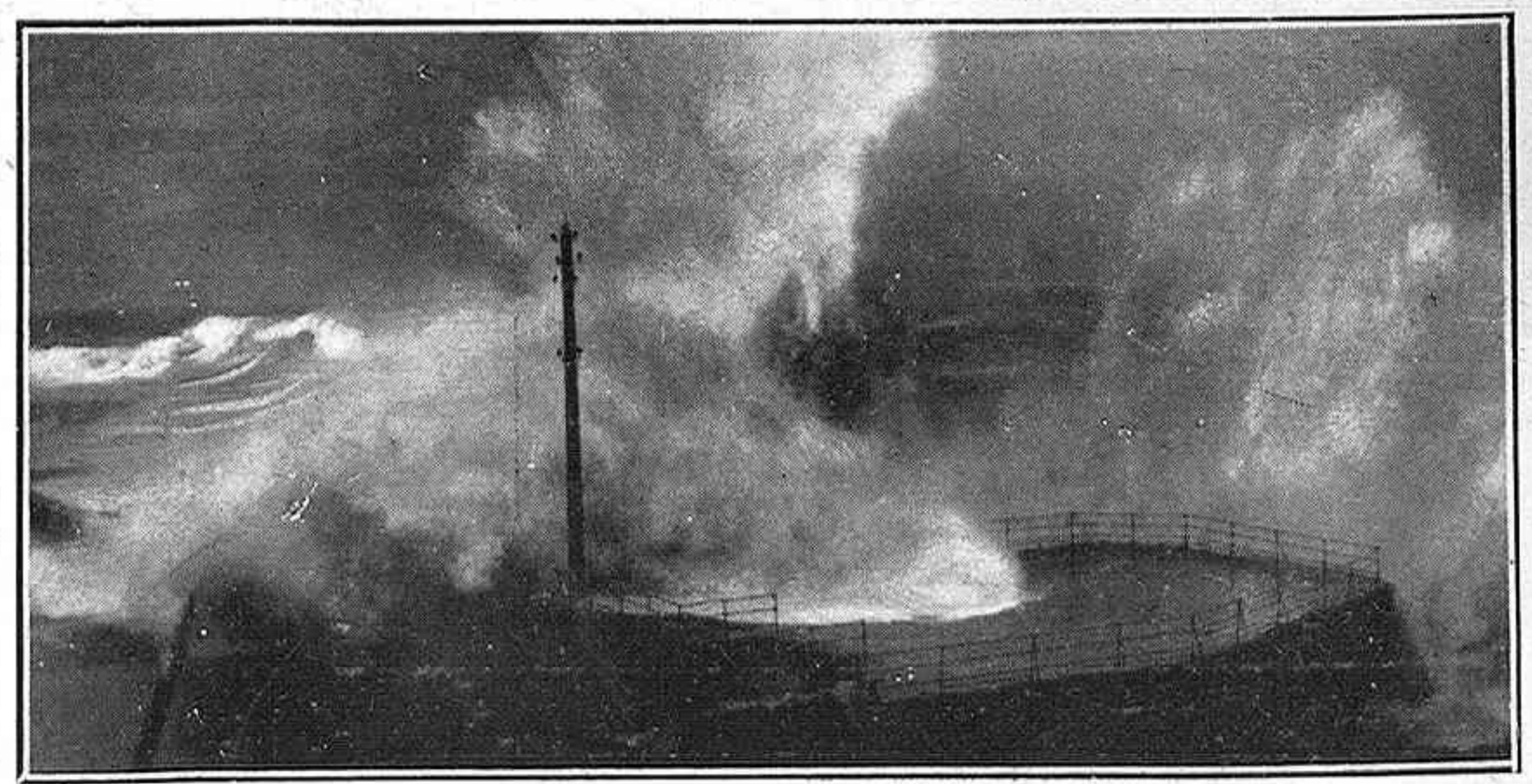
Las Juntas de Obras de los puertos españoles podrían ilustrarnos amenamente á propósito de la cólera del mar, que se ceba contra las embarcaciones tan sañudamente como contra nuestros presupuestos. Cuando nosotros, en Gijón, donde evangélicamente veraneamos tres ó cuatro semanas; vamos á ver el puerto del Musel, atacado sin tregua por el Cantábrico, nos afligimos con toda sinceridad advirtiendo que nuestra amiga la grúa del año pasado yace en lo profundo de las aguas. Cada bloque de aquellos, de cemento y granito machacado, vale más que si de oro fuera. Y como el del Musel, infinitos puertos españoles vienen fabricándose con metal acuñado; y es que la cólera y el poderío de la mar cobran proporciones terriblemente insuperables no sólo en la época de los grandes temporales, sino cuando el expedienteo y el caciquismo se exacerban.

Lástima grande que esta hermosura del «líquido elemento», como nuestros abuelos le llamaban, sea fuente de mal y de horror. Los «viejos lobos» con quienes fumamos en Vasconia, en Cantabria, en Galicia, siempre llevan luto por alguien, y le tienen al mar un amor desconocido en tierra adentro, un raro y bárbaro y sabroso amor de macho á hembra, de siervo á tirano. Cuanto más hace llorar este monstruo del temblor espumoso, más se le adora. Es un vino fuerte, un opio, una pasión. Es también una escuela, un templo, una forja. Nada quiere el mar con los alfeñicados y los llorones. Grande, agranda; inmenso, seduce; brutal, templa. Mata y da de vivir. ¿Cómo no quererle? Es un fétetro que, si se moviera más despacio, competiría con la cuna...

E. RAMIREZ ANGEL



Temporal en San Juan de Luz



Furioso temporal en San Sebastián



# EN VUELO SOBRE EL TEIDE

De todo nuestro viaje aéreo á Canarias, variadísimo en emociones por la misma variedad de regiones que atravesábamos—las montañas, el mar, el desierto—, la que más ha de perdurar en nuestro recuerdo—aparte de la llegada á Las Palmas—ha de ser la del dominio aéreo del Teide.

Arranca este monte del nivel del mar y lanza su aguda cima á 3.760 metros, luciendo toda su estatura; y es tal su grandeza y majestad, que anonada y excita á la vez. Se siente uno como empequeñecido y, sin embargo, con deseos irresistibles de dominarlo.

Los medios con que para esto contábamos no eran, ciertamente, los más á propósito. Nuestro voluminoso y pesado hidroavión parecía incapaz de remontarse á la altura del coloso; pero se había portado tan bien durante el viaje, teníamos en él tal confianza (y tanto entusiasmo por subir), que ni Franco, el formidable piloto, ni los pasajeros: Delgado, el comandante jefe, el capitán Más, el mecánico Panizo y yo dudábamos de que habíamos de lograrlo.

Y no nos equivocamos.

De nada le sirvió al orgulloso Pico oponer á nuestro intento todos los obstáculos atmosféricos y aun marítimos: nubes, lluvia, vientos, marejadas. Estábamos dispuestos á subir y subimos.

El ave enorme, aligerada de peso, transpuso las nubes en magnífico vuelo de águila y nos enfrentó con el negro picacho que se alzaba imponente sobre ellas. Y fué subiendo en espiral cada vez más cerrada hasta que su ala rígida pasó audaz y solemne sobre la boca del cráter, que se abría como pa-



El cráter superior del Teide

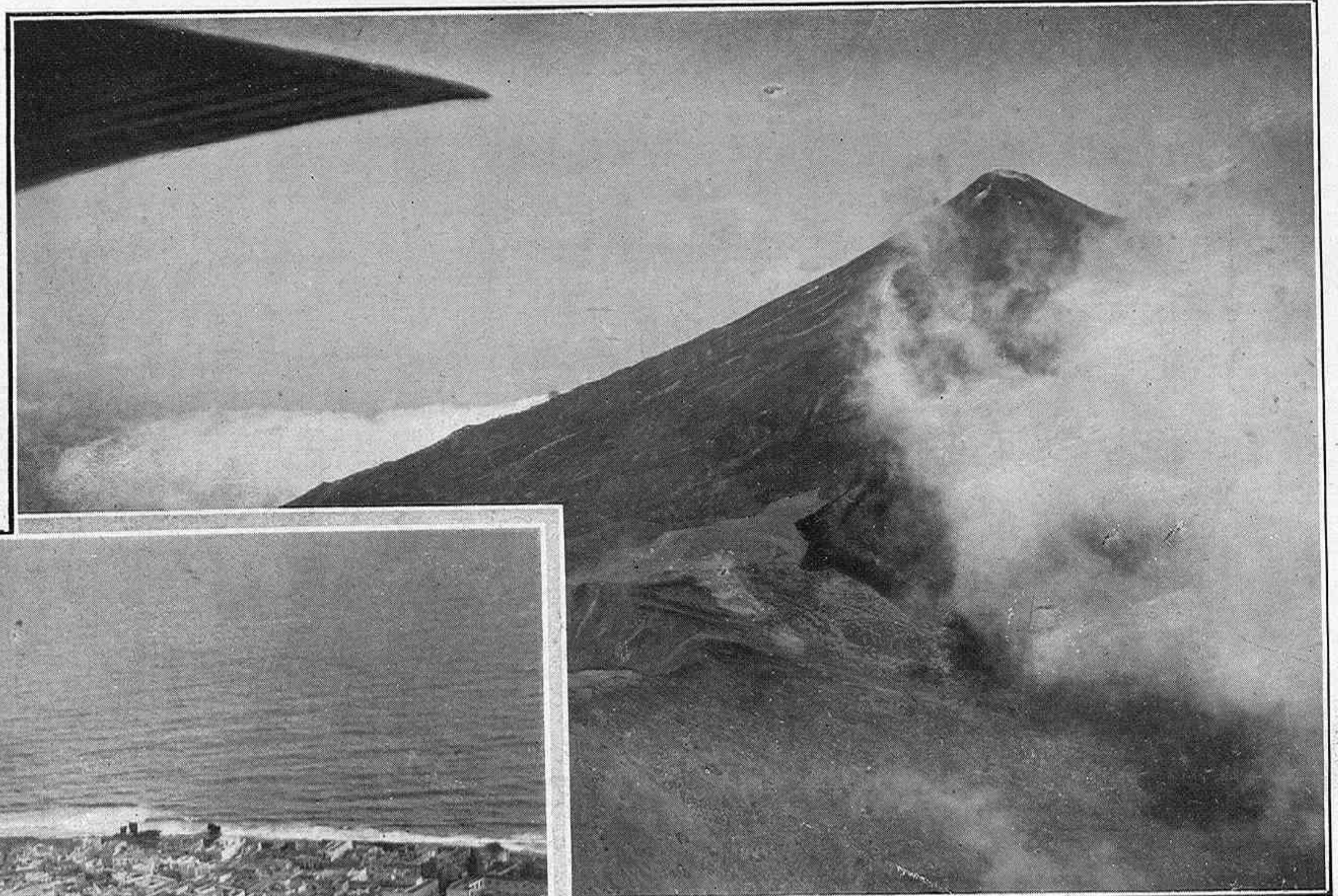
ra lanzar una horrible maldición contra el cielo, que nos había permitido turbar la augusta serenidad de su cumbre.

Y el espectáculo fué maravilloso.

Estábamos suspendidos sobre la montaña cuya afilada cima se nos antojaba el centro del infinito; un extraño infinito que podía abarcar nuestra inteligencia, más aún, nuestra vista, pues era como un absurdo infinito que tuviera tres dimensiones: á lo alto, á lo ancho y á lo profundo. Infinito del cielo al abismo, del mar al cielo, de horizonte á horizonte...

Y las nubes flotando en aquella inmensidad.

Si el vuelo no produjera otros beneficios al hombre, bastaría éste de permitirle la contemplación de las gran-



El cráter inferior del Teide (3.760 metros), por donde hizo explosión la última vez. Obtenida esta fotografía desde el «Domier», á 3.800 metros de altura  
FOTS. ALONSO



Las Palmas de Gran Canaria vista desde el hidroavión

des síntesis de la Naturaleza para bendecir al primero que se remontó por los aires.

Vivir unos momentos de vida más alta, más sobre la vida de los demás seres, es gozar de maravillas insospechadas, es asomarse al misterio del «más allá», al mundo que no tiene dimensiones, que no cabe en nuestra inteligencia y para el cual es ciega nuestra vista.

Y es sentir el orgullo más grande y más puro.  
El orgullo de humanidad.

L. ALONSO





Durante la arriesgada expedición á Canarias, realizada triunfalmente por nuestros aviadores militares, el gran fotógrafo Alonso obtuvo magníficas vistas panorámicas que revelan la importancia de los vuelos efectuados, el riesgo corrido por los intrépidos nautas y al par servirán de documentos interesantes

EL ARTE Y LA FOTOGRAFÍA  
UN VOLCÁN A VISTA DE PÁJARO

para el estudio de los accidentes geográficos de las zonas recorridas. Muestra nuestra fotografía el cráter superior del Teide, rodeado de nubes, que hacen más grandiosa la ingente mole volcánica retratada por Alonso desde el aparato "Domier" y á una altura de 3.760 metros.

CÁMARA-FI



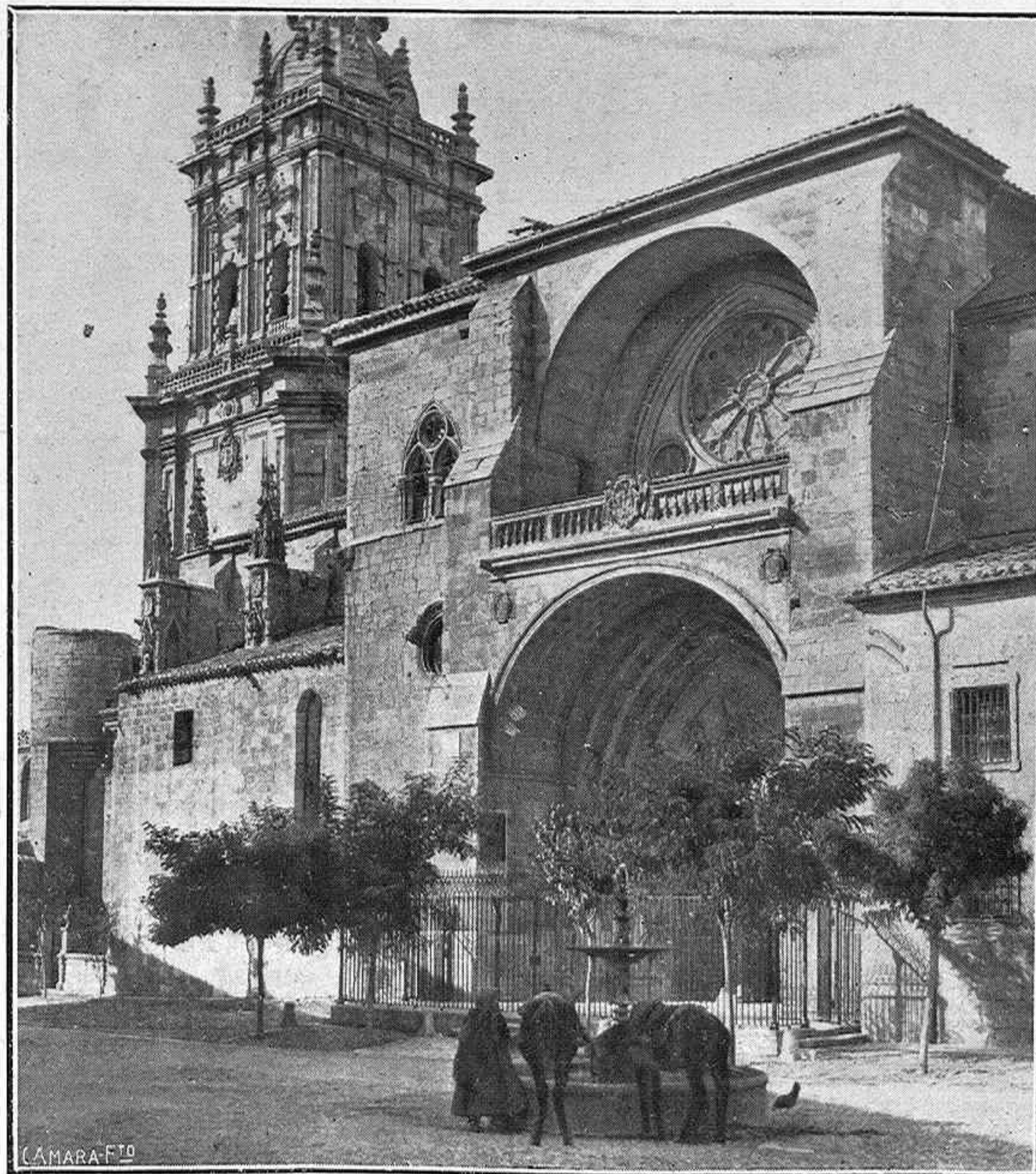
# LA CATEDRAL DE EL BURGO DE OSMA



Capilla de San Pedro de Osma en la Catedral de El Burgo de Osma



Capilla de la Inmaculada en la Catedral de El Burgo de Osma



Puerta de la Catedral de El Burgo de Osma (Soria)

SORIA pura, cabeza de Extremadura...», reza la conocida frase. Soria, tierra de paisaje sobrio y de alma austera, inspiró á poetas y glosadores páginas de honda espiritualidad. Y es que Soria junta en sus tierras paisaje, arte é historia. Y ante todo, paisaje que tiene alma, que llega al espíritu, y que hace cierta la sabida frase de Amiel: «El paisaje es un estado de alma».

Muchos rincones sorianos juntan á su belleza de paisaje, tan austero y tan sugeridor, la belleza de sus reliquias artísticas, de sus joyas arquitectónicas, de sus edificios gloriosos en que el arte viejo fué dejando sus huellas impercederas. Uno de estos lugares es El Burgo de Osma, encantadora villa situada al O. de la provincia, sobre una hondonada en terreno húmedo, rodeada de cerros y regado por las aguas de los ríos Ucera y Avión.

Entre los edificios de la villa se destaca la Catedral, que fué edificada en 1232, y es de piedra sillería. La torre del edificio es de dos cuerpos. Consta el templo de tres naves con

su crucero, y cuenta en total siete altares y siete capillas, contando entre ellas la de Santa Cruz, que sirve de parroquia á El Burgo de Osma.

Parte realmente admirable en la Catedral es su altar mayor, de majestuosa traza y muy rico en detalles, adornos y reliquias de positivo valor artístico. Entre sus capillas es digna de relevante mención la del venerable Palafox. Es igualmente notable la de San Pedro de Osma, en el centro de la cual está el sepulcro del Santo.

En la sacristía del templo hay cuadros, frescos y otros objetos de gran valor, que hacen de esa dependencia un rico archivo de bellezas artísticas. El coro de la Catedral posee una espléndida sillería de nogal y dos hermosísimos órganos. Son también muy dignos de mención los claustros y la sacristía mayor.

Estos son los más principales detalles y las más notables bellezas que encierra la Catedral de El Burgo de Osma, el pueblecito soriano que une las bellezas de su arte á las bellezas de su paisaje.





Catedral de El Burgo de Osma

FOT. HIELSCHER

BIENIO DE  
BIBLIOTECA  
MADRID

CAMARA





Dos bellezas de Nueva Guinea



Guerrero de las Islas del Sur

MISTRESS GOWAN EN NUEVA GUINEA

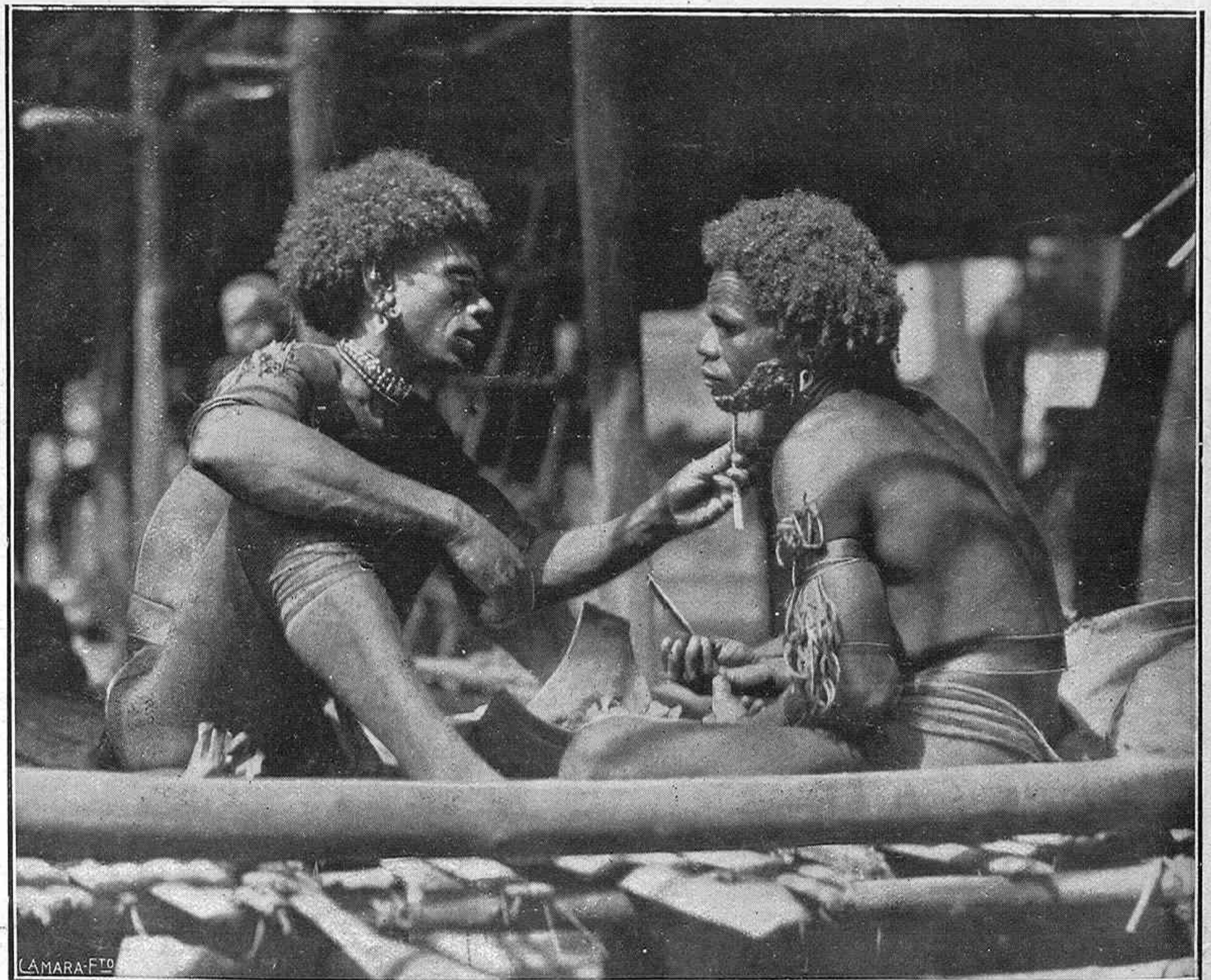
EMOCIONES DE VIAJE

UNA de las mejores pruebas de la energía y presencia de ánimo de las damas norteamericanas acaba de proporcionárnosla mistress Gowan en su viaje á las Islas del Sur, de que ya hemos hablado, y á Nueva Guinea. Es posible que al redactar luego sus emociones con el adobo á que son tan propensos los grandes viajeros, mistress Gowan olvidara un poco la verdadera impresión que la causaron los papúes; pero en las páginas que nosotros hemos visto no se advierte la menor preocupación ni el menor temor. La señora Gowan, ¿confiaba demasiado en su marido? ¿Estaba segura del respeto al pabellón norteamericano? ¿Contaba con los rifles de á bordo ó quizá con que los viajeros anteriores habían exagerado el peligro de las terribles Islas?

De todos modos, la dama norteamericana cuenta intrépidamente su desembarco en Nueva Guinea, sin darle más importancia que si hubiera llegado á la maravillosa *Golden Gate*, la puerta de oro de la bahía de San Francisco, tan familiar para ella. Mistress Gowan sabía que hace muy poco tiempo una ama inglesa, miss Lidian Dverell, que viajó también por la Nueva Guinea, en la parte que entonces era alemana, había hablado con la hija de un cónsul americano en Apia, la cual había visto á los canibales devorar á una pobre mujer á la que acababan de asar. Fué á verla y, en efecto, esta dama le contó cosas espeluznantes; pero mistress Gowan se obstinó en verlas á través de un prisma grotesco y más bien cómico que trágico. El interés que concede á los detalles de la moda masculina y femenina en Nueva Guinea indica que no estaba dispuesta á dejarse impresionar por ningún relato.

GUERREROS PAPÚES

«... He mirado con gran curiosidad á mi primer guerrero papú. Indudablemente, han enviado, para producir efecto, á uno de los más valerosos. Sus magníficas plumas coronando la frente y elevándose en aureola con cierto buen gusto que no estaría mal para una *toilette* de abrigo, substituyendo el engarce por una corona de perlas finas; sus ajorcas al brazo, sus ligas, muy lindas, bajo las rodil-



Un «Figaro» de Nueva Guinea

FOTS. VIDAL





Indígenas de Palm Island en la costa de Australia ostentando sus horrendos tatuajes en blanco y rojo

llas y, sobre todo, el arete de marfil que pende de su nariz, dándole desde lejos cierto aire de Vercingetorix oceánico, producen un conjunto notablemente pintoresco, pero de ningún modo terrible.

Pero luego la faja rayada y el delantal flotante le quitan toda nobleza y hacen pensar en las faenas humildes de la servidumbre.

Era bastante alto, y puesto en pie, con todo su aparato de joyas y de plumas, sobre un espacio cubierto por una hierba tupida de un precioso verde esmeralda, parecía una nueva especie de faisán.

Desde luego conviene de vez en cuando ver á estos verdaderos primitivos para saber lo que el hombre tiene de animal y los grandes trabajos que ha debido de sufrir á lo largo de la civilización para desanimalizarse.

Le acompañaban tres mujeres, dos de ellas con soberbio polisón de plumas blancas; pero á una señal del jefe desaparecieron. Su obediencia, su ciega fidelidad servil me parecieron más odiosas que el canibalismo. Aquellas mujeres debían interesarse seguramente en ver cómo iba vestida yo. Sin

embargo, corrieron como locas á esconderse entre los árboles. ¡Sumisión absoluta! ¡Rebajamiento! Yo quería verlas para saber si es verdad que para sentarse sin quitarse su atavío de plumas hacen un hoyo en el suelo; pero indudablemente esto es una grosera leyenda.

El guerrero papú estaba algo asustado. Olía á tabaco y aguardiente. Parece que aun en caso de canibalismo probado estos pobres hombres sólo se comen á sus enemigos antiguos, y si alguna vez han probado carne de blanco ha sido por curiosidad.

#### LAS VIUDAS DE NUEVA GUINEA

«... Mi viaje á través de los mares más interesantes en compañía de mi marido me proporciona tan íntima y continuada felicidad, que en las observaciones que voy á hacer será necesario separar todo lo que haya de personal y de alusivo. Si protesto en nombre de las mujeres es porque no puedo imaginar siquiera que haya gentes que se acomoden á ciertas costumbres.

Yo creo que si hubiera nacido papú no me

hubiera prestado al juego egoísta de estos bárbaros.

Hemos visto á una viuda. Mejor dicho: ha pasado delante de nosotros, precedida por su hija—por cierto ataviada con bastante garbo, con su falde-lín á la cintura y su cabellera crespa muy bien cuidada—, una mujer que iba andando de rodillas completamente tapada con un gran mantón de lana que la cubría como una gualdrapa. Durante seis meses después de la muerte del marido la viuda no debe mostrar su rostro á nadie ni caminar en pie.

¡Y parece que esto es un progreso en Nueva Guinea! Antes las enterraban con el cadáver del marido. Sin duda la protesta de alguna papú valerosa hizo que se llegara á un acuerdo y empezase la costumbre de andar á gatas. Por eso creo yo que lo mejor es no aceptar las costumbres odiosas, rebelarse. De esta manera poco á poco las mujeres de Nueva Guinea conseguirán que los que anden de cabeza sean ellos.

#### BELLEZAS PRIMITIVAS

«... Hemos guardado fotografías de dos bellezas primitivas que han venido con sus cuencos á la cabeza á ofrecernos frutas y pescados. El cuerpo soberbio, el brazo fino. ¡Si no fuera por las manos y los pies! ¡Sobre todo los pies, que recuerdan en seguida la teoría de Darwin! Una de ellas lleva muy graciosamente anudada su faja á la cintura, cayendo sobre los volantes de su falda, que parece de algas y le da un gracioso carácter de sirena disfrazada. La cabellera tampoco está mal. Estas muchachas de Guinea tienen tanta suerte que no necesitan recortársela. Se riza naturalmente y les va muy bien. Entrelazan cintas.

Llevan pendientes y collares, y, en fin, su belleza es en cierto modo marina, oceánica, aunque no creo que hagan demasiado empleo del agua, ni dulce ni salada.»

#### LAS MODAS MASCULINAS

«... Pero la coquetería en Nueva Guinea está reservada para ellos. Se tiñen el pelo—de rojo, de azul—; se clavan soberbias peinetas. Lucen cintas y flores. Y á veces sujetan entre las crines una mariposa, ¡una mariposa de verdad, viva, que aletea! No son tan bárbaros, ¿verdad?

Algo peor ya es el terrible tatuaje de otros tiempos que todavía conservan los australianos y que nosotros hemos visto en Palm Island. Las Islas de la Palma nos ofrecieron la magnífica mascarada de un centenar de guerreros ribeteados de algodón, con el prejuicio, sin duda, de que estaban impo-nentes y terribles; pero en realidad haciendo el ridículo más espantoso. Para clavarse en la piel esos copos de nieve los guerreros tienen que sufrir una operación cruel que dura mucho tiempo.

Pero ¡qué importa el dolor cuando el resultado es tan brillante! ¿Hay alguna dama en Nueva York, en Chicago ó en cualquiera otra parte del globo que se preste á ese sacrificio? Si está dispuesta conseguirá llamar justamente la atención, y desde luego no habrá nada tan original...»

Otro día continuaremos las impresiones de viaje de mistress Gowan.



Un cazador de Palm Island esgrimiendo el «boomerang», única arma arrojadiza de que disponen

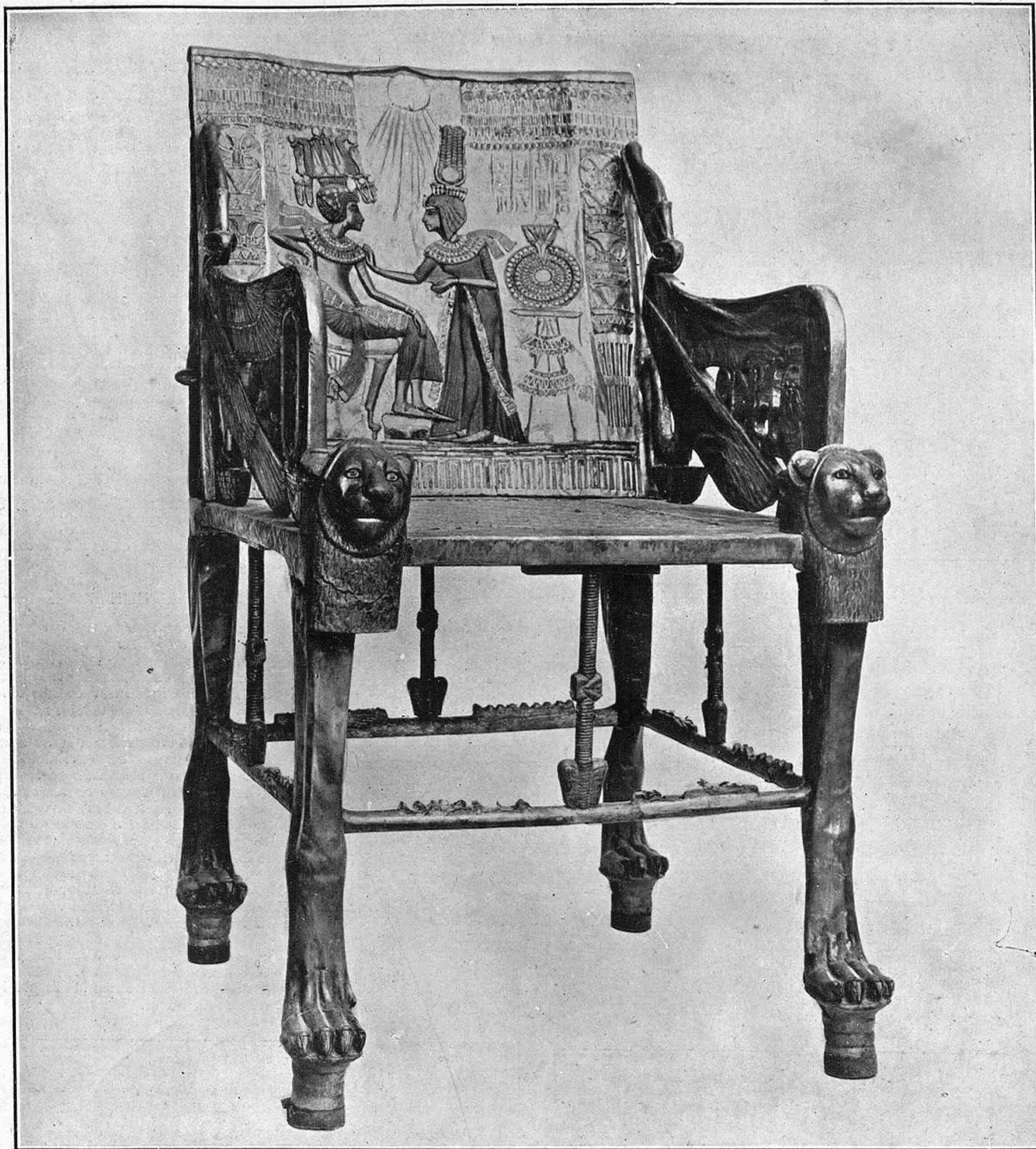


Una viuda de Nueva Guinea, cubierta con el paño funerario y andando á gatas para ir de visita a casa de los parientes del difunto



## EL TRONO DE TUTANKHAMEN

SU SIGNIFICADO MÁGICO



EL trono de Tutankhamen, reproducido en la presente página, es acaso, entre todos los objetos hallados en el hipogeo del Valle de los Reyes, el que mayor importancia alcanza desde el punto de vista documental. Un egiptólogo francés ha podido descifrar, merced al perfecto estado de conservación en que se encuentra dicho mueble, el sentido de los jeroglíficos y de las representaciones alegóricas que adornan esta maravilla de arte.

Al decir del referido arqueólogo, este trono, verdaderamente magnífico, donde el arte suntuario egipcio pareció agotar todos sus recursos, no es, sin embargo, el que debió ser usado en la coronación del Soberano, y sí un trono de ceremonia, ya que el de carácter ritual era de hierro y no de madera dorada, como el ahora exhumado. Además, el trono ritual tenía los brazos en forma de cabeza leonina y los pies en la de pezuña de toro. Otra de las rectificaciones á llevar á cabo es la del nombre del *Faraón* cuya tumba va á ser abierta. Desde luego es incorrecto el de *Tutankhamen* ó *Tutankamen*. Ni aun debería emplearse el nombre de *Tut-Ankh-Amon* con que se le designa en la Historia, puesto que el monarca llevó durante la mayor par-

te de su vida el de *Tut-Ankh-Aton*, que se relacionaba con el culto cismático, y que es precisamente el que aparece grabado en los anillos elípticos de los brazos y en el respaldo del trono.

Veamos ahora lo que rezan las inscripciones, comenzando por la relativa á la esposa de Tutankhamen. Dice así: «La Gran Princesa Ankhés, Su Majestad, la reina de las diademas de Merit (Egipto), la Señora del Alto y Bajo Merit, la Dominadora de las Dos Tierras, viviente y poderosa, eternamente y por siempre.» Debajo del Rey, y de derecha á izquierda, se lee lo siguiente: «El Rey del Alto y Bajo Merit, Khopirunib-rí (patronímico del Soberano), hijo del divino Amonhotpú, que da la vida como Râ.» En el dorso del trono hay dos columnas de inscripciones idénticas, cuyo significado es: «El dios bueno, Señor de las Dos Tierras (Alto y Bajo Egipto), Khopiru-nib-rí, hijo de Ra, Tut-Ankh-Amon, eterno como Râ.» Y en la parte correspondiente á la Reina: «La gran esposa real Ankhés, viviente, lozana y poderosa, eternamente.»

Conviene advertir, por último, que el trono de un *Faraón* egipcio no es un asiento como otro cualquiera, ni aun una reliquia como el sillón de Eduar-

do el *Confesor*; es un objeto poseedor de virtudes mágicas. Cada una de sus partes constituyentes, cada una de las piezas que lo forman, son otros tantos símbolos vivientes y actuantes con la misteriosa palpación de la magia. Así, por ejemplo, las cabezas de víbora y el *ureus* representan el ojo del Sol, el padre divino del Rey, y de ahí que aparezcan siempre como ornamento esencial de la frente del Monarca. Otra particularidad curiosa es la relativa al sentido simbólico del nombre de los reyes egipcios. Esos nombres, hoy familiares para nosotros, no estaban divulgados en vida de los *Faraones*. Las contadas personas que los conocían evitaban pronunciarlos, ya que semejante profanación podía originar terribles catástrofes en el país. En general, todos esos nombres regios son difíciles de traducir, dado su profundo sentido simbólico. El de Tut-Ankh-Aton significa, aproximadamente, *la imagen de la vida de Aton* ó de *Amon*. El patronímico Khopirú-nib-rí es intraducible sin adentrarse en el terreno de la metafísica; en general, alude á la existencia del transformismo, al eterno evolucionar de todas las cosas que acaban por reabsorberse finalmente en Dios.—A. R.



ENTRE EL ALBUM Y LA CAJA DE APUNTES

## DIBUJOS DE JOSÉ BENLLIURE



NADA tan interesante como seguir la personalidad de un artista en sus dibujos, sorprender los secretos de su imaginación en los apuntes, descubrir su sinceridad en los bocetos.

Por medio de sus croquis y de sus notas de color se ensayan el pintor, el escultor y el arquitecto en la inventiva, en la definición sintética ó complicada que luego servirá para expresar su verdadero pensamiento respetando las reglas y armonías que hacen al arte tributario de la naturaleza.

Si los cuadros, las esculturas y las construcciones arquitectónicas significan la oferta pública, los dibujos, los apuntes de que surgieron todas esas obras son la confidencia íntima del artista, los diagramas de su trabajo y el reflejo gráfico de sus ideas al formarse y de las emociones de su sensibilidad tal como surgen.

Por eso todas las épocas han conocido aficionados y curiosos de estas verdaderas reliquias del arte. Gracias á ellos han desafiado los siglos los dibujos de los grandes maestros de otro tiempo, tan frágiles, tan entregados á su propia indefensión de labor preparatoria y fugitiva; pero que sin embargo había de ser perdura-

durabilidad que ellas poseen. No más que algo á la manera de aquellas charlas de los cortesanos de los Valois mientras hojeaban aquellos álbumes con los «crayons» de Clouet, donde el pintor de Francisco I y Enrique II reunía las características facies de monarcas, princesas y favoritos de unos y otras...

En José Benlliure late enérgico el valencianismo. A lo largo de su vida tan dilatada y de su obra frondosa de infinitas ramificaciones estéticas, diríase que es el amor á Valencia, el hechizo de sus tipos recios, de sus costumbres pintorescas, de los lugares floridos y de las calles unguidas de tradición lo que más y mejor perdura en él.

Por ello al curiosear entre sus dibujos y apuntes no se piensa—con haberles muy interesantes, con estar dotados de esa gracia sutil y brillante que es la característica del maestro valenciano—en las notas, bocetos ó croquis de su época de Roma; no se busca el rico ejemplario de los rococós, los marroquismos fortunyanos; tampoco hace falta elegir las líneas íntimas, las confidencias gráficas de su noble apasionamiento por el Seráfico ó por San Vicente que diera lugar á obras de una enorme potencialidad emocional y de un subido valor pictórico.

Es en las siluetas, en las rápidas acotaciones de tipos valencianos donde José Benlliure está íntegro.

La reciente exposición de arte valenciano celebrada en Madrid la primavera última, así nos le muestra. Como pintor y como dibujante. Tanto en sus cuadros de inspiración y composición libre que en las ilustraciones insuperables de la novela de Blasco Ibáñez *La Barraca*.

Recordemos aquel vigoroso, aquel sano realismo no exento á veces de un leve matiz caricaturesco—como agudización del carácter en los modelos y de las cualidades observadoras en el artista—que tenían los borrachines de *En la taberna*, los mascarones de *Antes de la procesión*, el ambiente pleno de verdad costumbrista de *Barbería de pueblo*, *Los clavarios de Santa Bárbara* y las procesiones del *Corpus* y del *Cristo*; la luminosa visión de *Toros en Puzol*, vibrante de vida, de bravura árabe, de claridad mediterránea, y aquella finísima nota inolvidable, de sentimiento y delicadeza, titulada *Riada y Lluvia*.

En cuanto á sus ilustraciones de *La Barraca*, entran aún más prietamente en el propósito de destacar en él su agilidad de dibujante, la gracia espontánea del trazo y la seguridad firme del carácter.

El viejo artista, á quien la gloria no ha adormecido, ni acobardado los años, muestra en las ilustraciones de *La Barraca* tales brío, fantasía y entusiasmo, que parecen los suyos dibujos de un artista juvenil á quien la sabiduría técnica hubiera alcanzado en plena mocedad.

El entrañable valencianismo de la obra, que en unión de *Cañas y barro* y *Arroz y tartana* es uno de los aciertos supremos de Blasco Ibáñez, está interpretado de un modo fraternal, con una admirable identificación de elocuente naturalismo.

La existencia de los huertanos á fines del siglo XIX, al aire libre, bajo la luz finísima de Valencia, ó en el interior de sus barracas, cabe el *estudi* donde no faltan la cerámica tradicional, la escopeta y la estampa de San Vicente, los festejos populares, las figuras gallardas de las *llauradoras* con sus trajes de fiesta antigua, las hileras de barracas á lo largo de la acequia rosadas por el sol en los crepúsculos tranquilos, cuando el aire tiene más aromas que nunca y es el agua un dulce murmullo melancólico.

Pero además, el impulso dramático que anima la obra está reflejado—¡más aún: creado con una energía peculiar y personal!—á lo largo de esa serie magnífica de dibujos que empieza en *Amanecer* y termina en *Pasaran el caballo y el cerdo ardiendo*. Dentro de esa serie hay que citar *¡Te portarán desgracia!*, *Batiste ante el tribunal de las aguas*, *¡A regar!*, *¡¡Fill meu!!*, *Mercado del jueves en el Tío Tuné*, *El albaet*, *El tocado de Roseta* y tantos otros encantadores ó briosos, eminentemente descriptivos ó simplemente anecdóticos.

A la labor preparatoria de esa obra que Benlliure considera—y hace bien—como una de sus creaciones mejores pertenecen estos croquis con que hoy inaugura LA ESFERA sus miradas á los álbumes y á las cajas de apuntes de nuestros artistas contemporáneos.

S. L.



ble. Hoy día se conservan en vitrinas' se ofrecen como joyas en los gabinetes de estampas de los Museos y Bibliotecas, lejos de las salas de pintura y de escultura con su turbamulta de copistas, de «visitas colectivas» y donde se tropieza con las estúpidas paseatas de los indiferentes y de los snobs. Todo es silencio y calma, por el contrario, en estos gabinetes recónditos de las pinacotecas donde los dibujos de los antiguos maestros aguardan las manos temblorosas de respeto y las miradas cariciosas de trémulo entusiasmo.

En España no es de ahora la afición á los apuntes pictóricos y á los croquis. Diríamos incluso que el coleccionismo del siglo XIX apasionado de Pradilla, de Fortuny, perseguidor de los «pequeños maestros» á lo Goya como Lucas y Alenza, iba colmando sus carpetas y sus muros con estas obras menudas y deliciosas, mientras los palacios nobiliarios y los museos del Estado y los edificios públicos se transformaban en almacenes de enormes y truculentas «máquinas» históricas.

Pero esta afición al apunte, á la nota, al boceto, al dibujo nervioso y rápidamente trazado en una hoja de album, se va extendiendo gracias á los *Salones de Humoristas* y á la *Exposición de Dibujos Regionales* (1750-1880) que celebró la Sociedad Amigos del Arte el año 1922, y á propósito de la cual su organizador y culto cataloguista D. Félix Boix decía muy acertadamente:

«A veces su interés (el de los «diseños, borroncillos ó rasguños como pintorescamente son llamados por nuestros tratadistas de arte») estriba en parte en su descuido y falta de aliño, y en ocasiones numerosas, las tendencias y espíritu del artista se revelan mejor en estos diseños tan espontáneos, con sus tanteos, vacilaciones y arrepentimientos que en la obra completamente terminada, destinada á ser exhibida y en la que su autor hace concesiones á los gustos del público que ha de apreciarla y juzgarla, perdiendo así su espontaneidad y frescura lo que goza de atildamiento y corrección.»

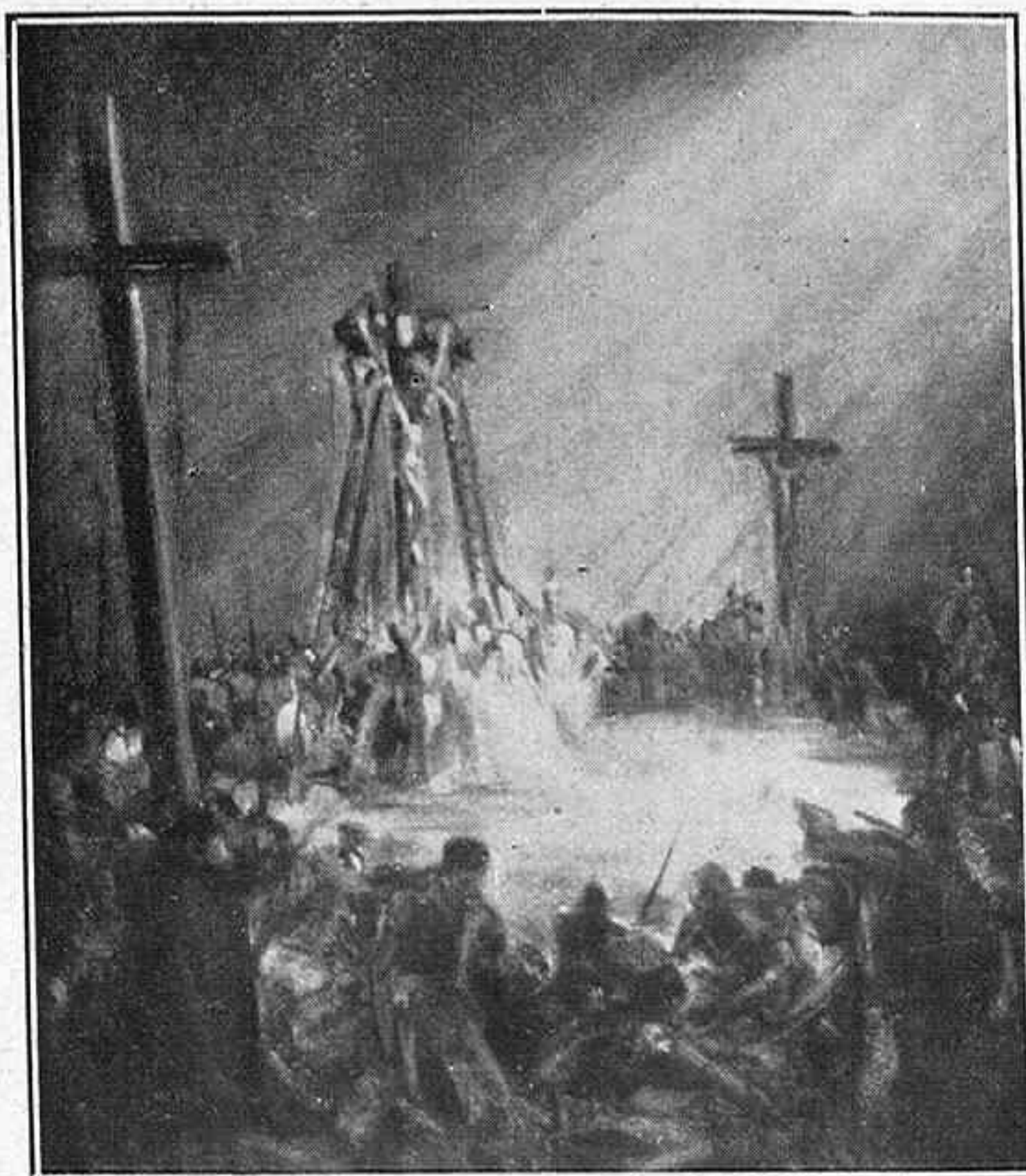
Vamos, pues, á curiosear algunas veces entre los álbumes y las cajas de apuntes de los artistas; abriremos sus carpetas y volveremos hacia nosotros los olvidados bocetos que permanecen arrinconados contra la pared en los estudios.

Y nos permitiremos acompañarles de algunos ligeros comentarios, esquemáticos, fugaces como en apariencia son las obras que les motivan; pero—claro es—sin la real per-

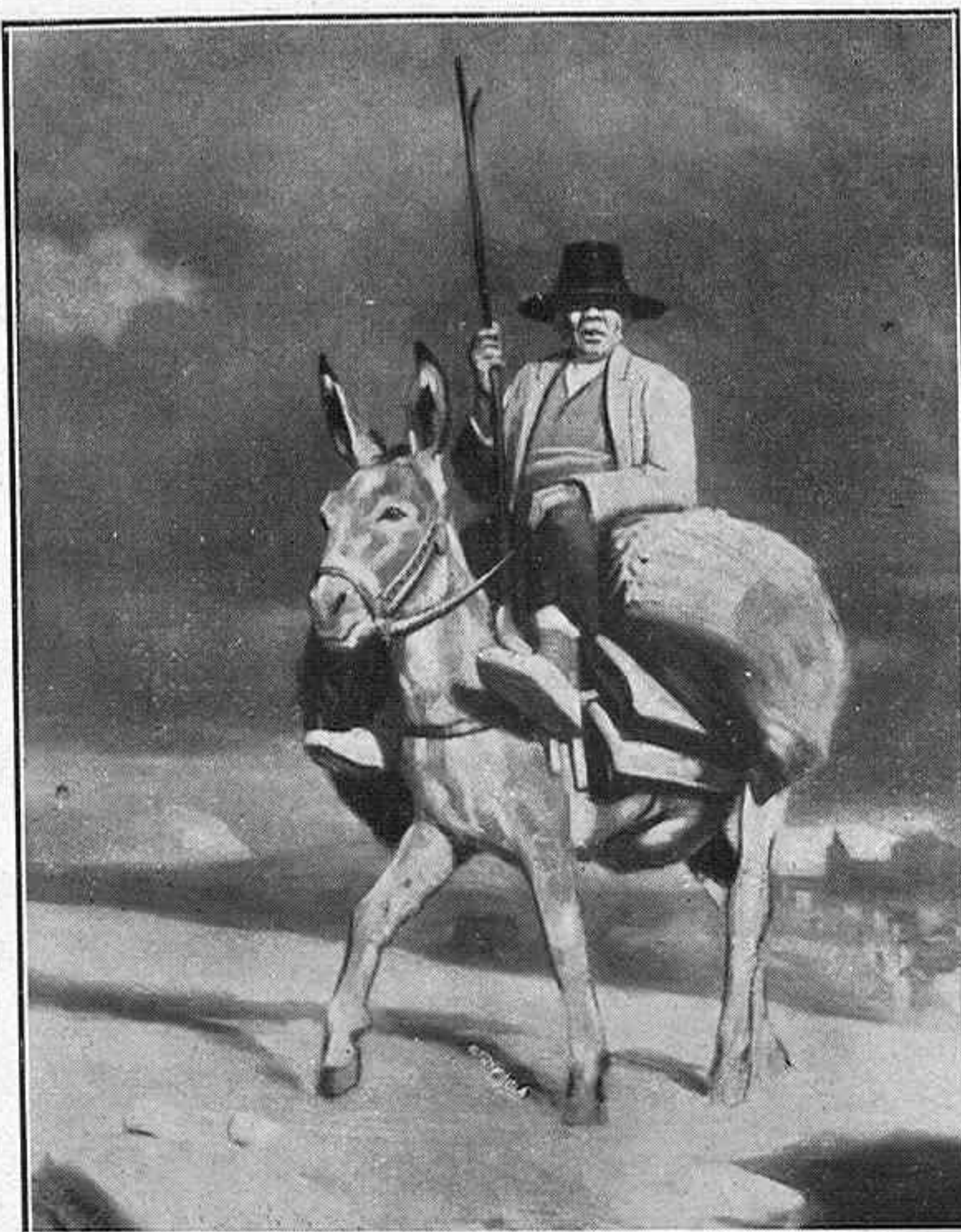




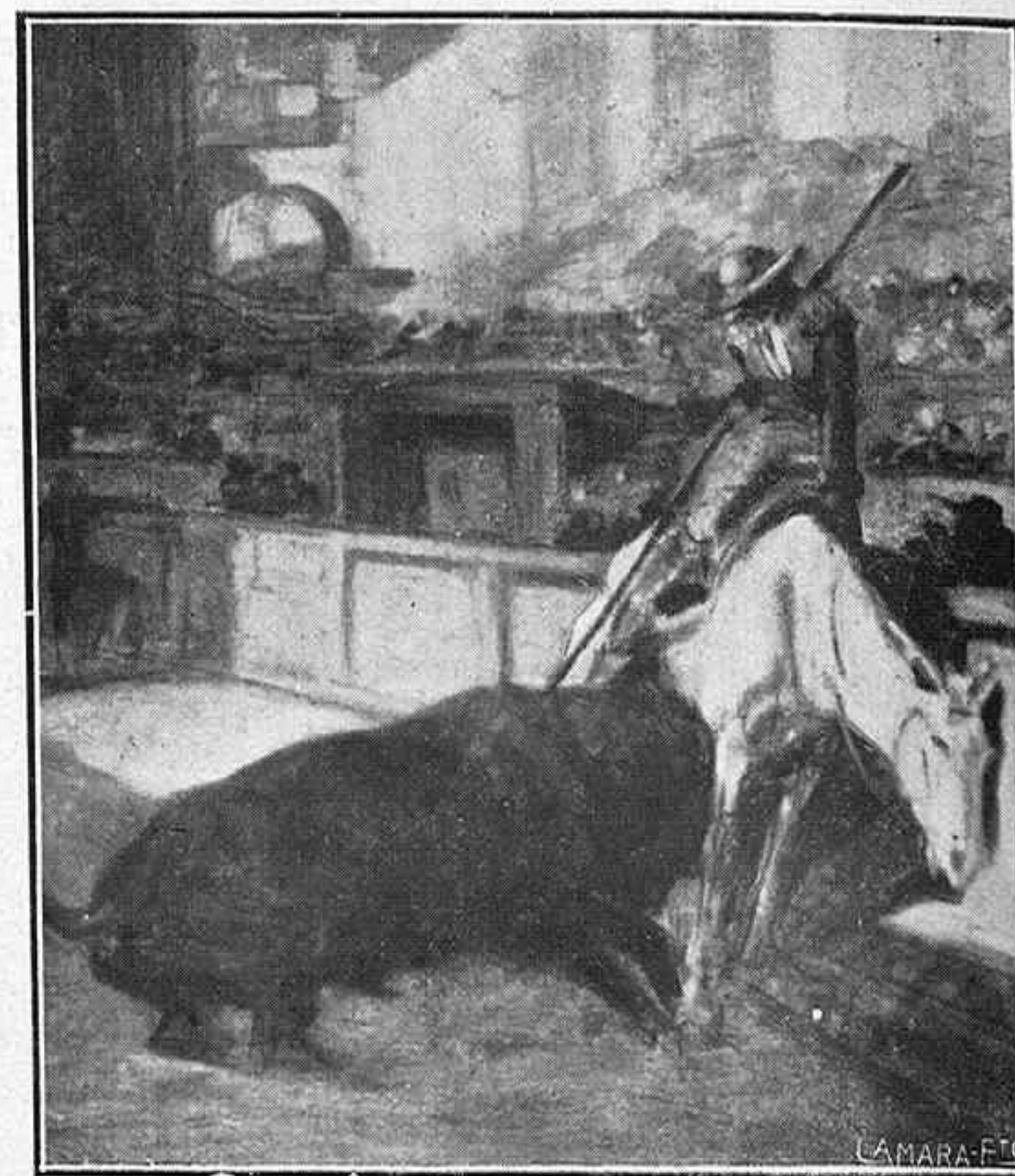
# UN PRÍNCIPE PINTOR



«Descendimiento»



«Gitano»



«Una vara»

No suele ser frecuente el caso de que un príncipe se consagre á las bellas artes. Más frecuente el caso, sobre todo durante la guerra europea y después de la guerra, del pintor extranjero á quien seducen los paisajes y los tipos españoles. Las dos cualidades, de la rareza de aficiones y de la predilección por los temas pictóricos de nuestra patria, se dan en el alemán Constantino de Hohenlohe, que ha expuesto en el Salón del Museo de Arte Moderno una colección de pinturas y dibujos.

Lógicamente ha de ser simpático el hecho y ha de inclinarse hacia la benevolencia, los juicios del espectador acostumbrado ya de antemano á tenerla para esta clase de seres ingenuos y heroicos que se llaman artistas en un país como el nuestro donde el Estado los desampara concienzudamente y donde la gente de alcurnia y de dinero se obstina en suponer que todo lo producido desde la primera mitad del siglo XIX hasta la fecha no tiene mérito ni belleza... cotizables.

Hemos visto, pues, con simpatía los cuadritos y los apuntes del príncipe de Hohenlohe, excelente aficionado á la pintura é indudable interesado por las cosas de España.

Claro es que no se trata de un profesional, y supongo que sus aspiraciones se limitarán cuerda-mente dentro del campo de un noble ejercicio de sus horas, mucho más laudable del que suele ser en personas de su categoría social. Entre un príncipe interesado y curioso de los motivos estéticos y otro al que sólo preocupe la vida frívola del gran mundo, el vértigo físico de los deportes ó los simulacros preparativos de la guerra, siempre tendrá aquél más alicientes para las minorías que consideran la inteligencia y la sensibilidad como las verdaderas normas del hombre.

En ese sentido, Constantino de Hohenlohe sabe y tiene el buen gusto de no conformarse con su co-

rona nobiliaria y poner sobre ella el sombrero rembranesco del artista. Le felicitamos por ello, y acaso si continúa otorgando al arte todas sus actividades y sus entusiasmos llegue un día en que sea también legítima y envidiable la aspiración de substituir el oro por el laurel y el roble, menos valiosos en el mercado y en los salones, pero en definitiva más glorioso y perdurable no sólo en los tiempos inseguros de ahora, sino en toda época.

Los Museos tienen á veces el acento implacable del *Eclesiastés*, la voz austera de Tomás de Kempis cuando nos muestran la inmortalidad de príncipes y monarcas, no por ellos mismos y por sus hazañas cortesanas, guerreras y amatorias, sino por los pintores que les retrataron. Si sobreviven en nuestra memoria es merced al hechizo del arte creado á veces con dolor, con pobreza material, con sacrificios infinitos...

¿Cómo no interesarnos, pues, este caso de un príncipe que tal vez acabará por prescindir de su título en los Catálogos y en las invitaciones de sus Exposiciones para no ser sino el pintor Constantino de Hohenlohe, según ya firma en los cuadros?

•••••

Los cronistas de sociedad nos han anticipado los nombres de los profesores alemanes que ha tenido Constantino de Hohenlohe en sus comienzos, así como también de sus preferencias artísticas por Zuloaga y Ricardo Marín.

Bien se advierte todo ello en la curiosa Exposición del Museo de Arte Moderno. *El Combate de Centauros*, *El Descendimiento* ratifican lo prime-

ro. Sus fantasías de pueblos castellanos y sus elucubraciones taurinas afirman lo otro.

Constantino de Hohenlohe ve á España—más concretamente Castilla: Avila, Segovia, Salamanca—de un modo dramático y turbulento. Celajes plúmbeos, vésperos huracanados, viejas con traza de bruja y jinetes románticos encorvados bajo el viento que hace flamear sus cabellos y sus capas negras. No deja de tener cierto encanto esta visión exaltada. Como también lo hay, de diferente índole, en los trágicos episodios de corridas de toros pueblerinas, donde se recortan las siluetas de los piqueros, los peones y los negros cornúpetos sobre atormentadas arquitecturas en ruina.

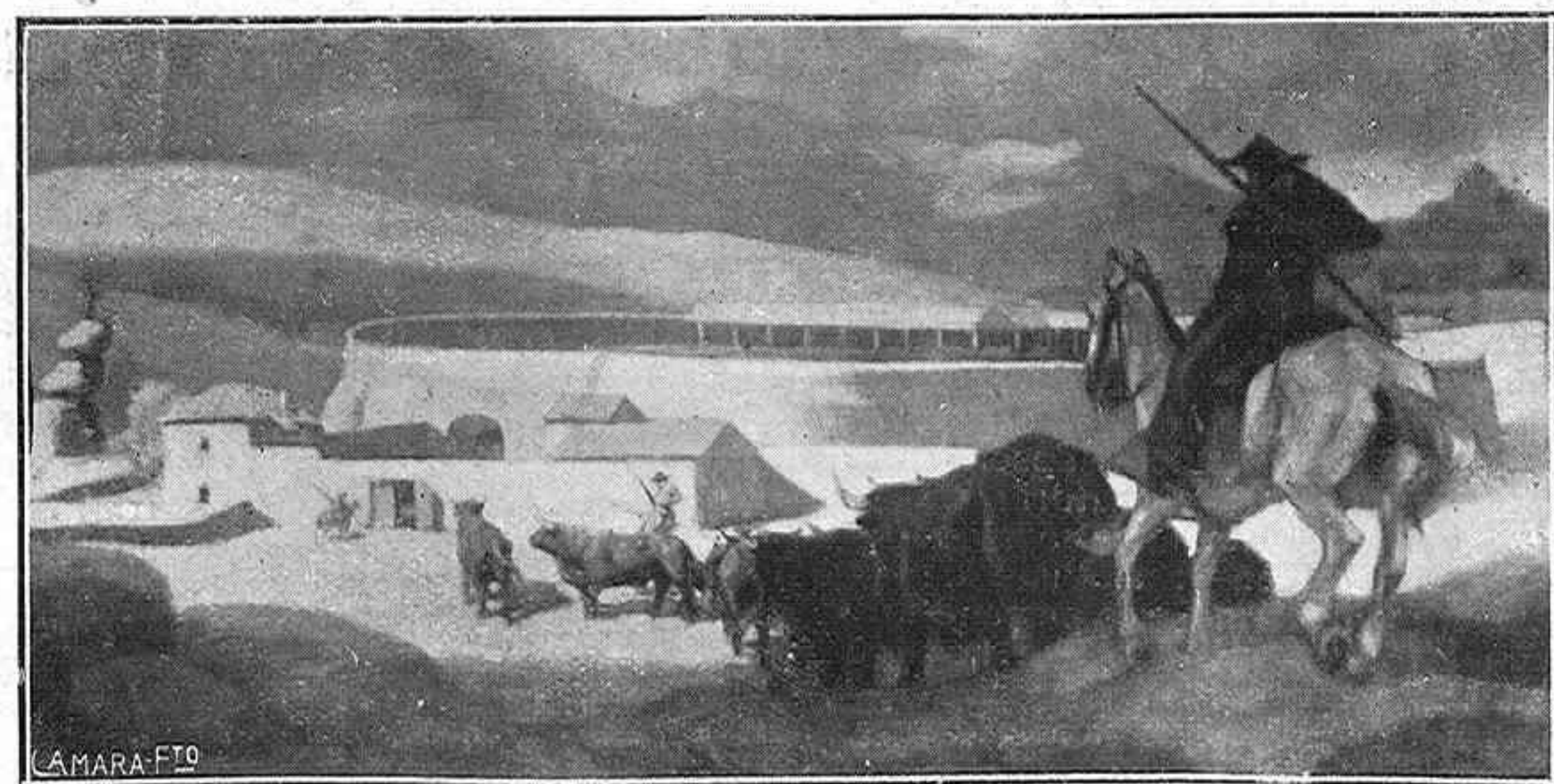
Al lado de estos zuloagueños temas episódicos, el príncipe de Hohenlohe exhibe algunos tipos demasiado realistas, donde se ha burlado el carácter en la fealdad y el naturalismo en la repugnancia facial de modelos degenerados, y aun reconociéndolas obras de más empeño, son más agradables las visiones patéticas de Castilla. Por lo menos son más atrayentes.

Y—si nos permite la humilde observación—nos atreveríamos á aconsejarle que en lo sucesivo cuidara el pintor de abrillantar y limpiar su paleta, de conseguir más transparencia á sus grises y, sobre todo, olvidar un poquito la obsesión bituminosa.

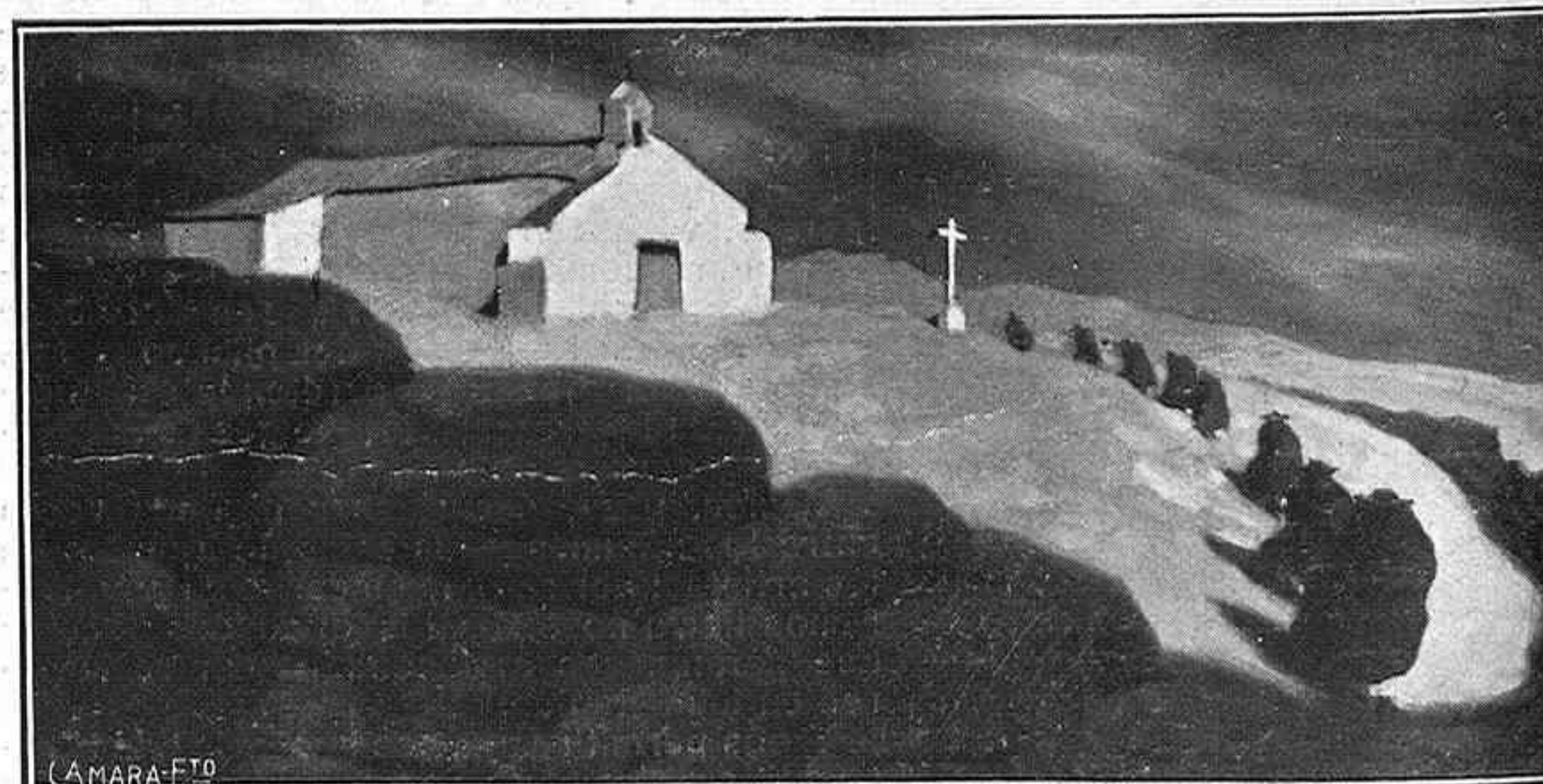
Ingres decía *qu'il fallait employer la couleur noire comme si elle coutait tres cher*.

Por último, ya que es notoria en estas notas castellanas del príncipe alemán la influencia de Ignacio Zuloaga y Ricardo Marín, bueno será recordar aquella irónica bienaventuranza que Jacinto Benavente incorporó á las del Nuevo Testamento: «Bienaventurados sean nuestros imitadores, porque de ellos serán nuestros defectos.»

SILVIO LAGO

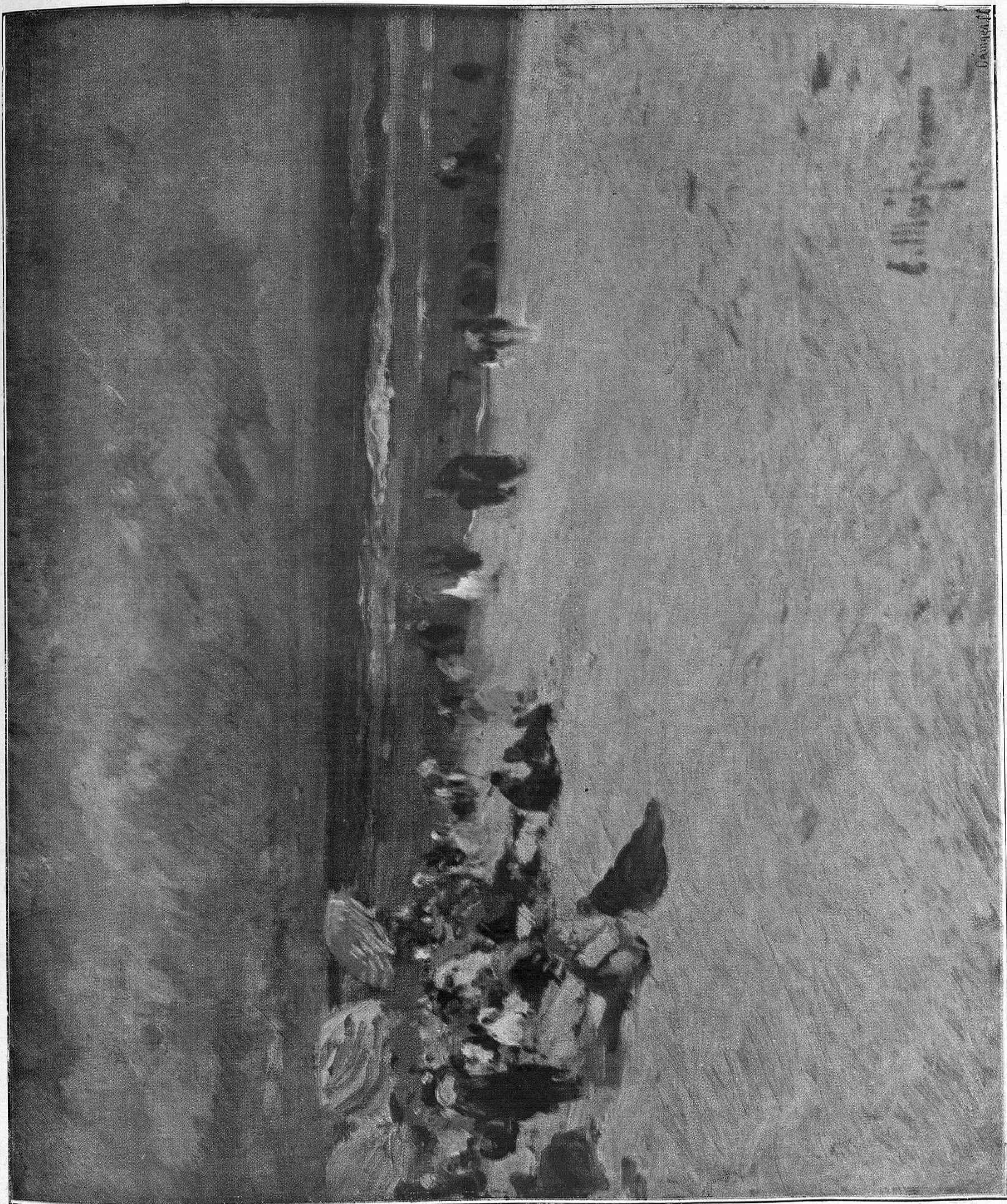


«El encierro»



«La ermita»

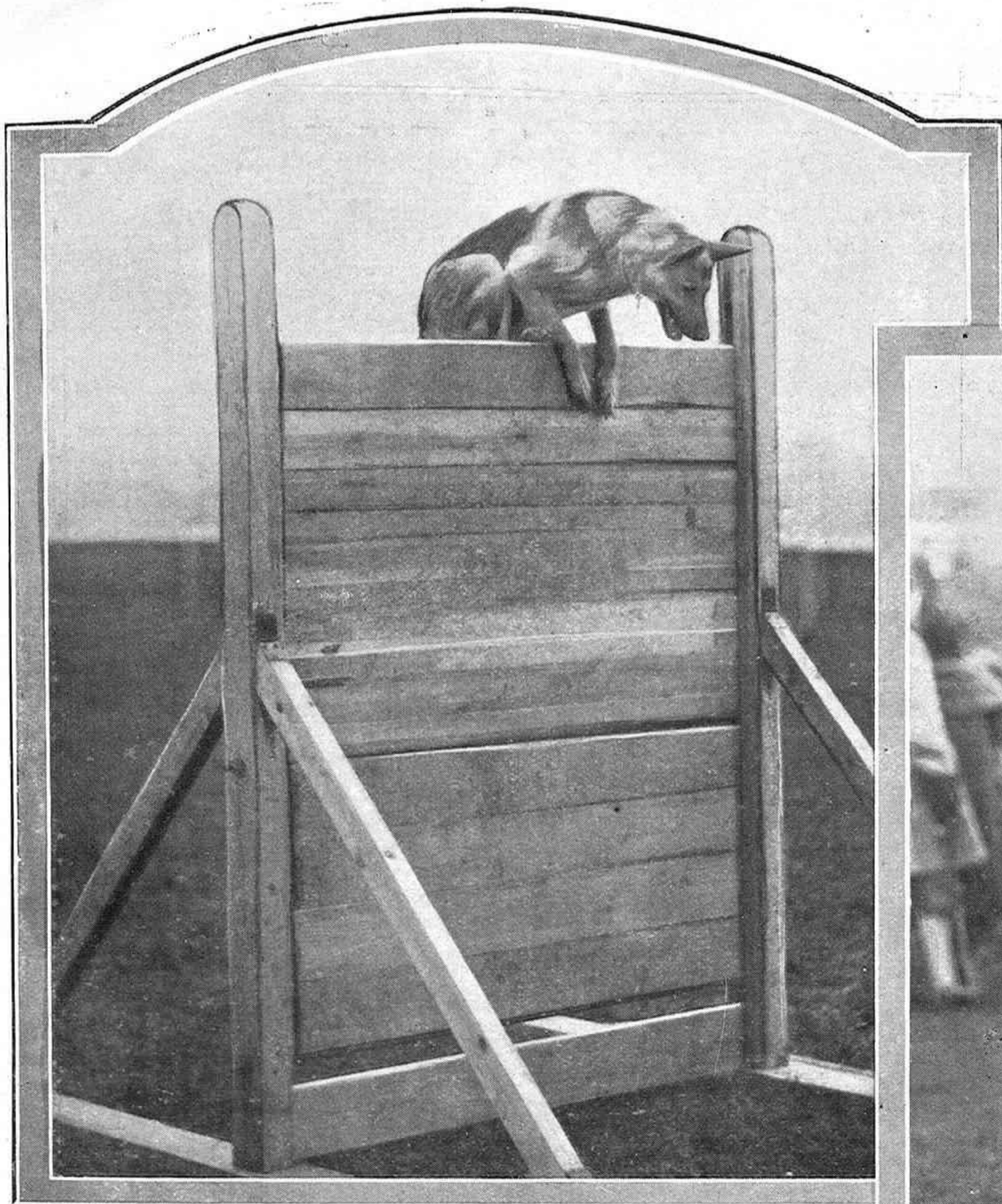




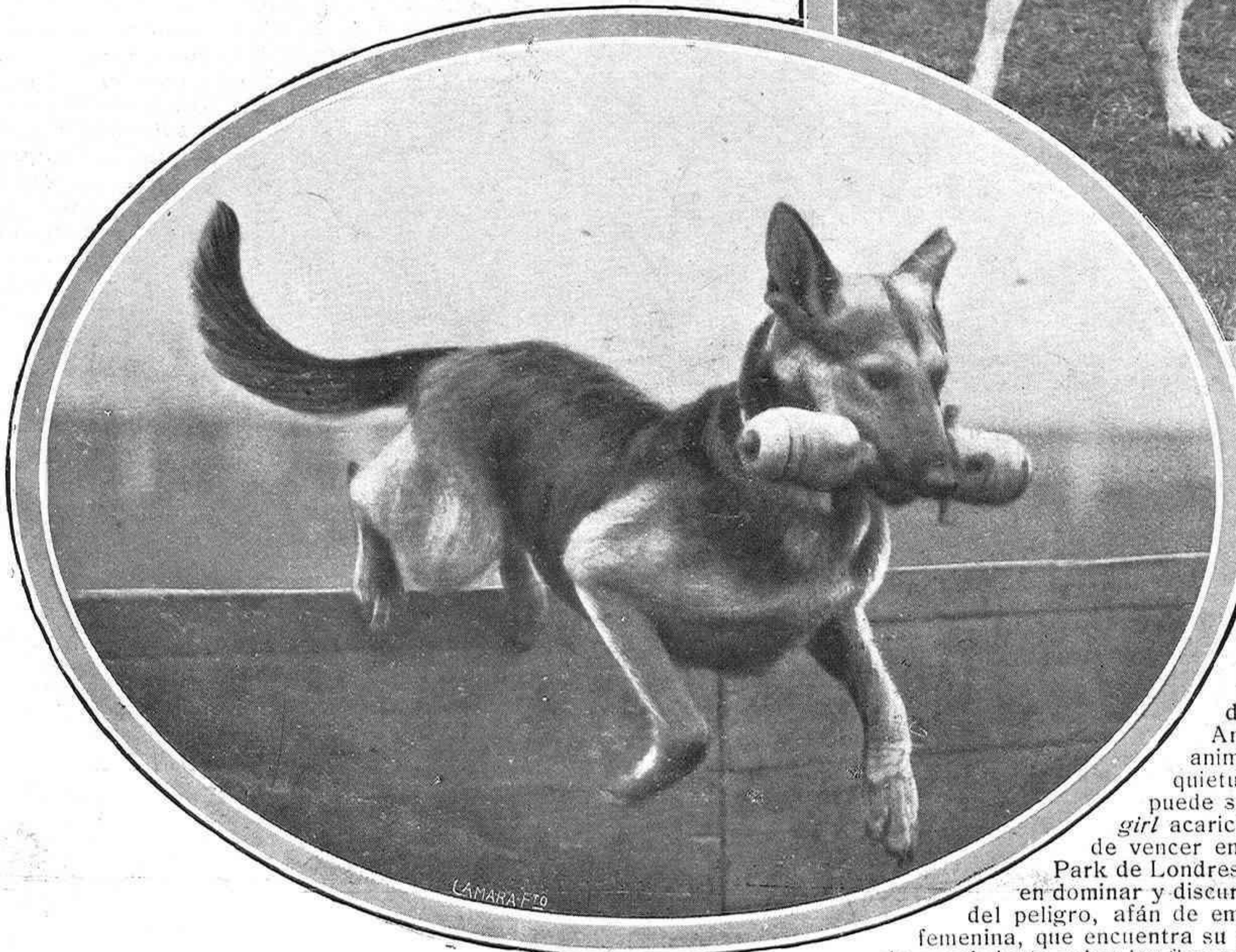
EN LA PLAYA, apunte original de Eliseo Meifren



# LA MODA DEL PERRO LOBO



NADA en la frívola y, sin embargo, tan constante voluntad de la moda cambia tanto como el gusto á los animales. Las mujercitas de antaño, aquellas de los saraos ceremoniosos y las tertulias hogareñas en torno al soconusco clásico, no pasaban del gato mimoso, presumido y de femenina intención, ó del falderillo revoltoso, canijo y juguetón. Pero la moda, que



nos ha traído la vida al aire libre y el tipo de la deportista audaz y enérgica, ha cambiado también en cuanto á los animalejos domésticos... Hoy á la *sport-women* corresponde el perro lobo, y hasta el cachorro de león ó de tigre que lucen en sus paseos y entre sus brazos las princesitas del dólar en Yanquilandia. Más fuerte, más audaz hasta en sus caprichos, la mujercita de hoy juega á las fieras... Es un placer morboso por lo que puede encerrar de inquietud y de peligro esta nueva afición de las féminas. Antes, ellas se complacían en tener á su lado animalejos que no significasen la más leve inquietud; ahora, por el contrario, buscan lo que puede ser un peligro... Ved en este grabado á una *girl* acariciando á un perro lobo alsaciano que acaba de vencer en una dura prueba celebrada en el Jandown Park de Londres. La mujer parece hallar un gusto exquisito en dominar y discurrir entre esos canes de raza ferina. Gusto del peligro, afán de emociones que responde bien á la psicología femenina, que encuentra su mejor expresión en el deseo de dominio y de vencimiento sobre las fieras y sobre los hombres...



## EL ATRIO DE SAN SEBASTIAN

ESTE esquinazo populoso de la plaza del Angel, en la confluencia de las calles de las Huertas y San Sebastián, es el que antaño correspondía á la callejuela llamada del Viento, donde, como muestra arcaica, perdura uno de los relojes más clásicos de Madrid, contando sin cesar las horas que año tras año resbalan en el correr del tiempo.

De niños, de mozos, de viejos habéis pasado por este rincón escuchando las campanas características de ese reloj popularísimo cuyo son semeja en la mañana el esquilon de las apartadas abadías, en la tarde el de los viejos monasterios castellanos y en la noche el de un camposanto. Y os habéis detenido ante el escaparate, para mirar las extrañas figuras que, al tirar de unos cordones, hacen sonar los timbres y las campanas del reloj. ¿Verdad que entonces hubiérais querido detener las agujas de la esfera gigantesca, en una hora para vosotros inolvidable?

He aquí la noble casa de los condes de Tapa, donde en un tiempo estuvo establecida la Delegación de Hacienda.

Frontero alzabase el palacio de Montijo, debido al arquitecto Silvestre Pérez, en terreno donde se ha construído la hermosa finca de Castañer, habiendo estado allí el Casino Militar, y antes las casas de los condes de Baños y de D. Pedro Velasco de Bracamonte.

Al pie del contiguo hotel *Reina Victoria* forman fila los automóviles, como ayer esperaban los coches de la duquesa de Fernán Núñez, la marquesa de Nájera, Sagasta y el conde de Toreno.

Hacia este rincón se formó la primitiva plaza del Angel, así llamada por la pintura del Angel de la Guarda que figuraba en la fachada de una de aquellas viejas mansiones. Pues por aquí mismo corría la calle del Prado, que comenzaba en la de Espoz y Mina. Y también desde el oratorio de San Felipe Neri—trasladado luego á la calle de Bordadores—á la iglesia de San Sebastián atravesaba el callejón del Beso, estando junto el convento de Santa Ana, fundado por San Juan de la Cruz en 1586, del que tomó nombre la plazuela que hubo de



El atrio de San Sebastián

FOT. ROIG

adornarse con la estatua de Carlos V, donde ahora la de Calderón de la Barca.

Este rincón y este atrio son muy madrileños y muy típicos; la lonja, primitivo cementerio de la parroquia, cuyo origen lo tiene en una ermita que había en Antón Martín, data de fines del siglo xviii, y es célebre por estar allí enterrados muchos personajes, entre ellos María Ladvenat, Lope de Vega, Ventura Rodríguez, Juan de Villanueva, Luis Vélez de Guevara y Francisco Santos Zabaleta. En esta iglesia fueron bautizados D. Ramón de la Cruz, Leandro Moratín, nacido en la calle de San Juan, y al que apadrinó su tía Ana, que vivía en la calle de Santa Isabel; Matilde Díez; Barbieri, el músico coloso que vió la luz primera en la calle del Sordo, y el nieto de Lope de Vega. Contigua estaba la fonda de San Sebastián, donde varios artis

tas fundaron un Círculo, cuyas postrimerías hemos conocido en la calle de la Victoria. El perfume de las flores del quiosco hace olvidar la carne muerta, y el pabellón de la nueva biblioteca circulante propaga más y más la fama de los hombres de letras que bajo él vinieron á reposar eternamente. Toca en este atrio la preciosa capilla de Nuestra Señora de la Novena, levantada en el barrio legendario de las Huertas, donde se extendían las casas flamencas que tenían en sus muros un retablo alumbrado con un farolillo de aceite.

Por todo esto, al evocar la historia del rincón que nos ocupa, oímos en la noche el punteo de una clásica tonadilla que hasta el sereno se sabe de corrido, y vemos cruzar unas figuras que parecen escapadas de un aquelarre acudiendo á una cita sospechosa, puesto que abren cautelosamente la puertecilla de la verja. Martincho, Apiñani, Pedro Romero, Pepa González, Mariana Alcázar. En los hombres que llevan airosamente la capa, el sereno reconoce á Sarasate, Vital Aza, Dicenta, Ducazcal, Vico y Manuel del Palacio.

Vive y flota lo inmortal. Bajo el espeso empujado se esfuman las siluetas de los reos de la Guindalera. No se oye el campanilleo ni las voces lúgubres, pero toma forma

precisa la figura de Higinia Balaguer.

De la calle de la Magdalena viene corriendo la gente; está ardiendo el teatro de Variedades. Echa á correr el sereno. Las flores del puesto desvanecen la chamusquina del humazo que roza los tejados. Dan su aviso las campanas de la parroquia.

A las primeras luces del alba vemos discurrir los tipos de todos los días: la churrera, el panadero, la modistilla; se establecen la muchacha de los periódicos y el mozo de cordel; pone su tinglado la frutera; también la castañera; vocean los pescaderos; toma vida la mañana y cuenta el reloj de Canseco las horas que se van para no volver, y que sin darnos cuenta nos empujan hacia el misterio del más allá.

ANTONIO VELASCO ZAZO



# NUEVA YORK DE NOCHE



Los rascacielos de «Manhattan Island» en Nueva York, iluminados al llegar la noche, ofrecen una fantástica perspectiva, acaso única en los grandes panoramas del mundo. Esta fotografía extraordinaria ha sido obtenida desde «Governor Island», constituyendo una verdadera obra de arte, mostrando las maravillosas posibilidades á que puede llegar la cámara



# FANTASÍA DONJUANESCA UN CARNAVAL EN SEVILLA

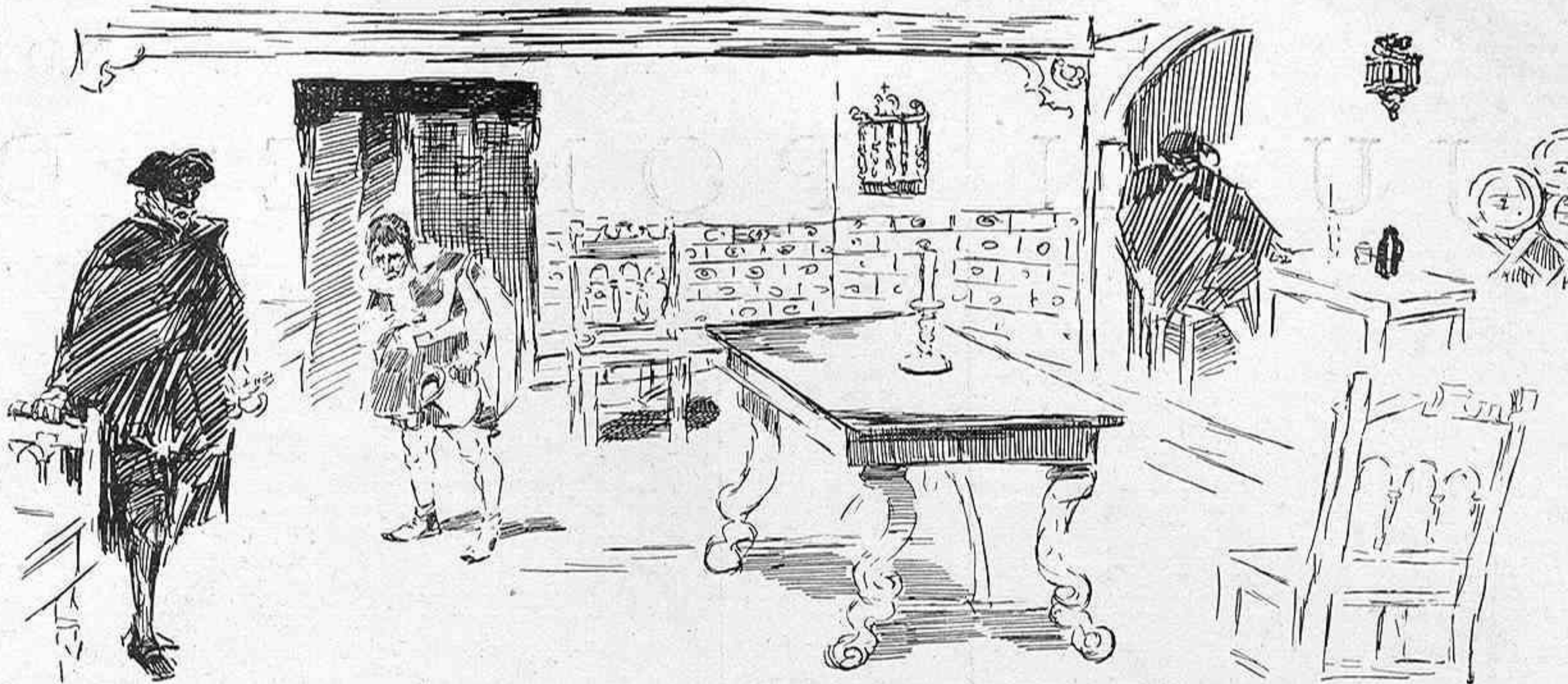
LA vieja y moruna ciudad, martelo del Guadalquivir, que es perla de la Andalucía, celebra bulliciosamente el tiempo de Carnestolendas; pero aunque mucho es el ruido, bien podrá creerse que no más que la gente moza y de condición levantisca toma parte en el buero, porque más tiene que de fiesta sencilla de zalagarda en combinación con todas las furias del Averno...

Los bigardos y esportilleros del muelle, jiferos del matadero, gallofos de la plaza de San Francisco y coimas y tusonas de lo granado en su placentero menester, son el alma de la bulla, de la que, como pajas de jergón descosido, se escapan las más alegres y deshonestas canciones con que tienen por costumbre de animarse los más desenvueltos principales de la bribia y la gandaya.

Hasta el recoleto barrio de Santa Cruz llegan los discordantes relieves de la algazara, aunque allí no se determinan á embocar los alborotadores, porque aquellas angostas y revueltas callejas, antes que al bullicio, convidan al sosiego.

Las damas de calidad, recogidas devotamente en sus mansiones, ofrecen desagrazios á Jesús, flagelando al Demonio con las cuentas del Rosario, que sin duda han de sentarle como furibundos latigazos que le asesta el mismo Santo Domingo.

No lejos de la iglesia mayor, que por su gentileza arquitectónica bien puede pasar en el Mundo



que durante la tarde se han holgado alborotando á todo su talante y satisfacción van repartiéndose por tabernas y bodegones. Las «tusonas» y «cantoneras» llévanse hacia sus manflas la pesca carnal que lograron. Los que se les acuerda de que hoy es el día en que Don Juan y Don Luis habrán de presentarse en la «Hostería del Laurel» á dar cuenta y razón de lo que durante el año hicieron en aras del pecado mortal, acuden á ella mucho antes de la hora señalada, porque piensan que de otra manera no podrán encontrar un sitio en donde acomodarse.

dos mesas separadas ocupan los extremos de la estancia, se niegan á aproximarse adonde se han de pesar y sopesar las estupendas hazañas de sus mercedes.

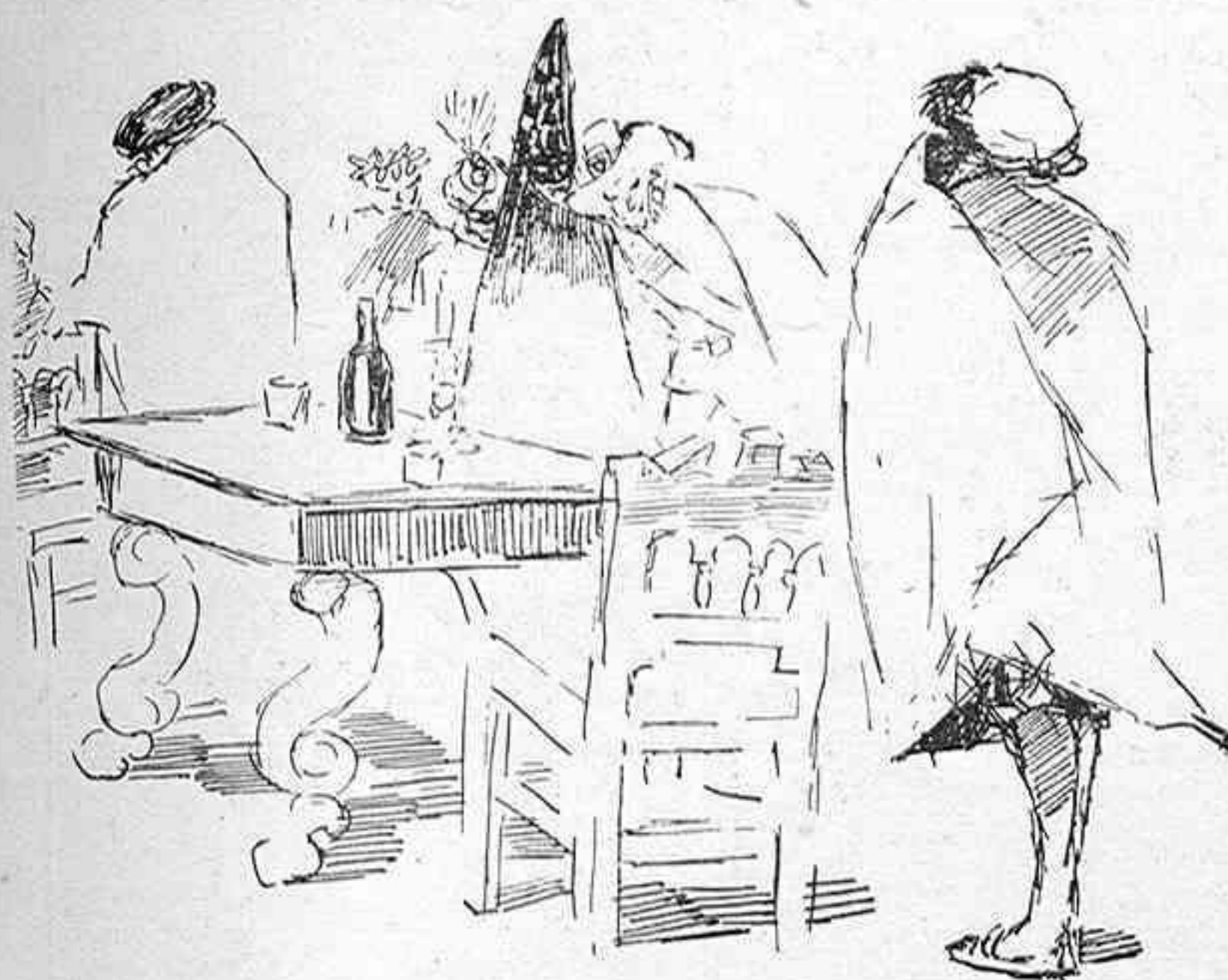
Acabada que es la relación de las fechorías de cada cual con grandes murmullos admirativos de parte de los oyentes, de los escaños en que se asientan álzanse los dos testigos mudos, y entrambos acometen furibundamente contra Don Juan, quien cínicamente escucha y devuelve los agravios. Es el uno de aquellos hidalgos el propio padre del arrogante doncel, que hartado de la mala vida que éste trae, le maldice y emplaza ante el Santo Tribunal, que diz que nos tiene de juzgar á todos al cabo de la vida. El otro anciano no es menos que el señor don Gonzalo de Ulloa, comendador del Orden de Calatrava, y cuya bellísima hija Inés estábale prometida por esposa al desatentado mozo, que allí mismo acaba de apostarla como una víctima más de las muchas que lleva inmoladas en el breve transcurso de sus días, contra Doña Ana de Pantoja, que también en corto plazo habría de matrimoniar con Don Luis.

Pasa la desagradable escena sin dejar la más leve huella de pesadumbre en Tenorio, quien, echándolo todo á tierras del donaire y de la desaprensión, comienza á salir para dar los primeros pasos de su nuevo empeño; pero como la truhanería de su rival no estuvo ociosa mientras que acaeció el incidente familiar, hallóse detenido por una pareja de corchetes á la que el escudero de Megía fué á buscar; pero no se pudo reír de la gracia el previsor, que á este tiempo, también avisados por el criado de Don Juan, emboca en la hostería otra pareja alguacilesca que reclama la presencia del otro galán en la cárcel de Sevilla.

Cada cual fué custodiado por su guarda, con propósitos de no permanecer encerrado durante mucho tiempo. Ríense los circunstantes de las ejemplares prendas que muestra cada uno, y habiendo sonado en la campana grande de la catedral el toque de la «queda», desfiló jocundo senado despidiendo con su algazara las postreras chispas del Domingo de Carnestolendas...

DIEGO SAN JOSE

DIBUJOS DE MARÍN



plaza de maravilla, en uno de los muchos callejones que la circundan hay un figón entre taberna y garito al que dicen la «Hostería del Laurel». Ella es punto de reunión de la gente más bullanguera y ternejal de la vieja Hispalis. Al amparo de sus mohosos muros entre zaques repletos y acomodada en tajuelas y taburetes, haciendo la razón en abollados vasos de estaño, no nada limpios, se solaza la abigarrada parroquia compuesta por hidalguillos avillanados y «próceres» de los que tienen su solar en «Gradas».

El huésped, que á lo que se sabe es un genovés que por criado de un opulento paisano suyo, de los tantos que en España llevan á buen puerto las repletas naves de la Banca y la Usura, ancló su mísero barquichuelo á la margen de la famosa «Torre del Oro», espera impaciente la probable llegada de los dos mejores parroquianos de su casa.

Entrambos son muy gentiles pájaros de cuenta, que hacen de la ciudad, cuando están en ella, feudo de sus caprichos y campo de sus bellaquerías. No parece sino que con el mismo Satanás tienen pacto. Entrambos son mayorazgos de muy ilustres casas, á las cuales más que lustrar deshonoran con la desenvoltura de sus vidas.

Habrà un año que dieron en la flor más disparatada que ocurrirseles podía y fué apostar

«cuál de ambos sabría obrar peor, con mejor fortuna».

De la original y endemoniada apuesta, en la que para salir con bien pondrían entrambos á contribución todas las artes de su travesura y el buen donaire de su lozano ingenio, puede decirse que está pendiente Sevilla entera porque la especie ha trascendido por toda la ciudad.

Don Juan Tenorio se llama el uno, Don Luis Megía el otro, y tales son sus mercedes, que mucho más de lo que han prometido pueden dar de barato...

La noche ha cerrado por entero. Las máscaras

Solamente los dos hidalgos encubiertos, que en



Marín



# JUAN PONCE DE LEÓN

SIEMPRE el silencio que irradian las tumbas de los varones ilustres—fuesen sabios, artistas ó conquistadores—me pareció más denso, más sugeridor y más hondo que el tendido como una atmósfera de aburrimiento sobre los cementerios de la humanidad vulgar. Las personas comunes, las anónimas, viven desde la cuna más vecinas de la muerte que los grandes hombres en quienes la Vida se manifestó con bríos centuplicados de pensamiento ó de acción. Si registrásemos la conciencia de los millares de individuos que pasan á diario á nuestro lado, comprobaríamos que las tres cuartas partes de ellos están muertos, ó casi muertos espiritualmente, pues ninguna luz interior de ideal les alumbraba, y son como coches que rodasen bajo la noche con los faroles apagados; al revés de las almas elegidas, que planean muy lejos de la eterna sombra precisamente por hallarse muy envueltas en claridad divina. Contra ellas la Muerte ha de luchar más, y de esto deduzco que la emoción augusta de cansancio con que nos sobrecoge, verbigracia, el Panteón, de París, es superior á la del Père Lachaise.

«Si la dulzura del reposo corresponde á la intensidad de la fatiga; si la blandura del lecho es proporcionada á las asperezas del camino..., ¡qué profundamente deben dormir los que aquí duermen!, meditamos.

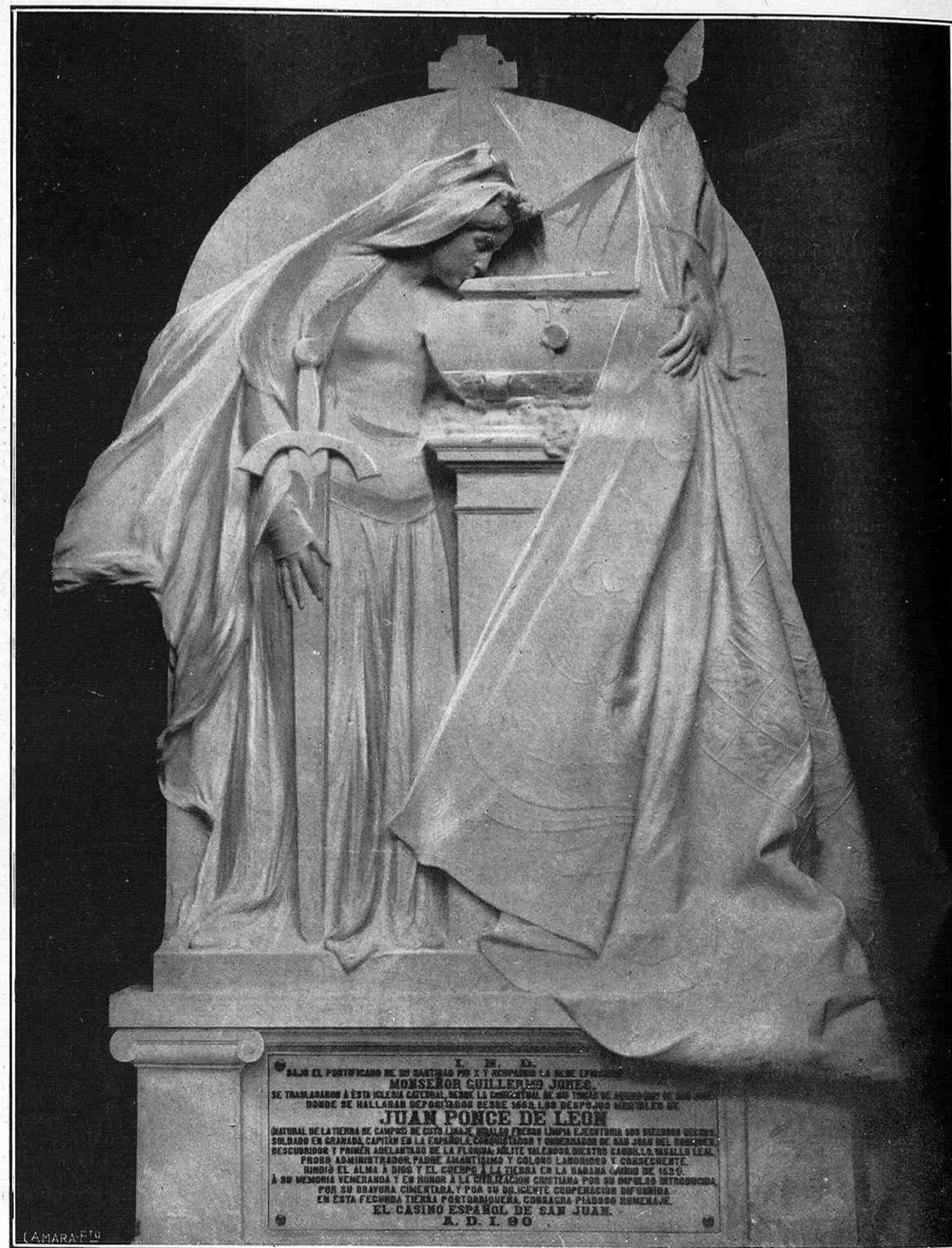
Esta emoción sutil que experimenta el viajero junto á las tumbas de Alejandro, de Hernán Cortés, de Carlos V, de Galileo, de Goethe..., y que el epitafio que para la suya escribió Shakspeare parece aumentar, la he encontrado también ante el sepulcro del glorioso Juan Ponce de León, en la Catedral de San Juan de Puerto Rico.

Nació el intrépido aventurero leonés en Santervas de Campos, partido de Valoria la Buena, y cuando, allá por el año de 1483, los Reyes Católicos invocaron el auxilio de los «ricohomes» de Castilla, de Aragón, Extremadura, Galicia y Vizcaya para mejor arremeter contra los muros de Granada, uno de los primeros en acudir fué el joven Ponce de León, entonces «mozo de espuelas» de D. Pedro Núñez de Guzmán, Comendador Mayor de Calatrava, que muy pronto había de descolgar por su arrojo y destreza entre los más bizarros.

Vencido Boabdil, el futuro descubridor de La Florida embarcó para América, cautivado por las hazañosas leyendas de oro, hierro y sensualidad que de allá venían, y fué á Santo Domingo, donde peleó á las órdenes del gobernador fray Nicolás de Ovando, quien, para recompensar su denuedo y lealtad, hizole donación de tierras considerables en el departamento de Higüey.

Hallábase Ponce de León por aquella época en lo mejor de su recia vida, pues aún no había cumplido cuarenta años, y era, al decir de sus biógrafos, musculoso y de muy crecida estatura, con ojos azules y rostro de saludable color y bien barbado, notable jinete y muy hábil en el manejo de la espada y del lanzón. A cuyas excelencias añadía otras de orden moral no menos preciosas, pues sabía embriar sus cóleras y manifestarse tan impetuoso en la batalla como cauto después en sus negociaciones con el enemigo.

Por lo mismo, la vida sosegada del agricultor mal podía satisfacerle, por cuanto solicitó de Ovando permiso para acometer la conquista de la isla que los indios denominaban Borinquén, y más tarde los españoles llamaron Puerto Rico, rindiendo justicia á la feracidad de su suelo. Allanáse fray Ovando al requerimiento de su lugarteniente, á condición de que «el quinto del oro que se recogiera, más la mitad», fuesen para el Rey, y los gastos que la empresa acarrease, por cuenta y riesgo del solicitante. A todo lo cual Ponce de León accedió; y así cabe decir que fué, simultáneamente, socio industrial y socio capitalista del negocio, que á esos ge-



Sepulcro de Juan Ponce de León en la Catedral de San Juan de Puerto Rico (obra del escultor Blay)

neros extremos llevaban su desprendimiento los capitanes de aquel tiempo, pues antes que por afán de lucro peleaban «por gusto de pelear»; lo que explica su increíble heroísmo, ya que nada como el Amor para hacer milagros.

Componían la expedición ocho marineros y cuarenta y dos soldados, entre los que pronto comenzaron á sobresalir como adalides incomparables Luis de Añasco y Francisco de Barrionuevo; don Miguel de Toro, fundador de San Germán; Pedro de Salazar, á quien apodaron festivamente «el Capitán de los Cojos», por haber entrado en lo más rudo de una batalla al frente de un pelotón de veteranos medio inutilizados por el reuma y el dolor de sus viejas heridas; los caballeros Luis de Almanza y Sebastián Alonso de Niebla; el arcabucero Juan León, que mató de un tiro al cacique Guaybana, con lo cual dispersó él solo á todo un ejército, y el temerario Juan Gil Calderón, destinado más tarde á limpiar las islas de Barlovento de caribes.

El día 12 de Agosto de 1508 desembarcó Ponce de León en Puerto Rico, en tierras del poderoso cacique Agüeybana, al Sur de la isla, y acaso en el

lugar que hoy ocupa La Guánica. Con dádivas sencillas y favorecido por los «lenguas» ó intérpretes que le acompañaban, pudo el conquistador hacerse «guaitiao»—amigo—de aquellos indios; obtenido lo cual y guiado por el instinto, que pudiéramos calificar de milagroso, que todos los exploradores hispanos demostraron para elegir el paraje en que debían afincarse, fué corriéndose por el litoral Oeste hasta acampar muy cerca del islote donde después había de levantarse la ciudad de San Juan.

Una vez allí—palabras de Ponce de León—, «fice una casa mediana con su terrado, el pretil e almenas, e su barrera delante de la puerta, e toda encalada de dentro e de fuera, de altor de siete tapias en alto con el portal e almenas».

De este modo sencillo describe el aventurero la fundación del pueblo, al que la voluntad de fray Nicolás de Ovando impuso el nombre de Caparra.

El primer envío de oro que Ponce de León hizo al Rey ascendió á diez mil pesos castellanos, por lo cual éste, agradecido, le otorgó el título de gobernador de la isla en una Real Cédula que se conserva en el Archivo de Indias, en Sevilla, y que, respo-



tando la ortografía de la época, transcribimos a continuación:

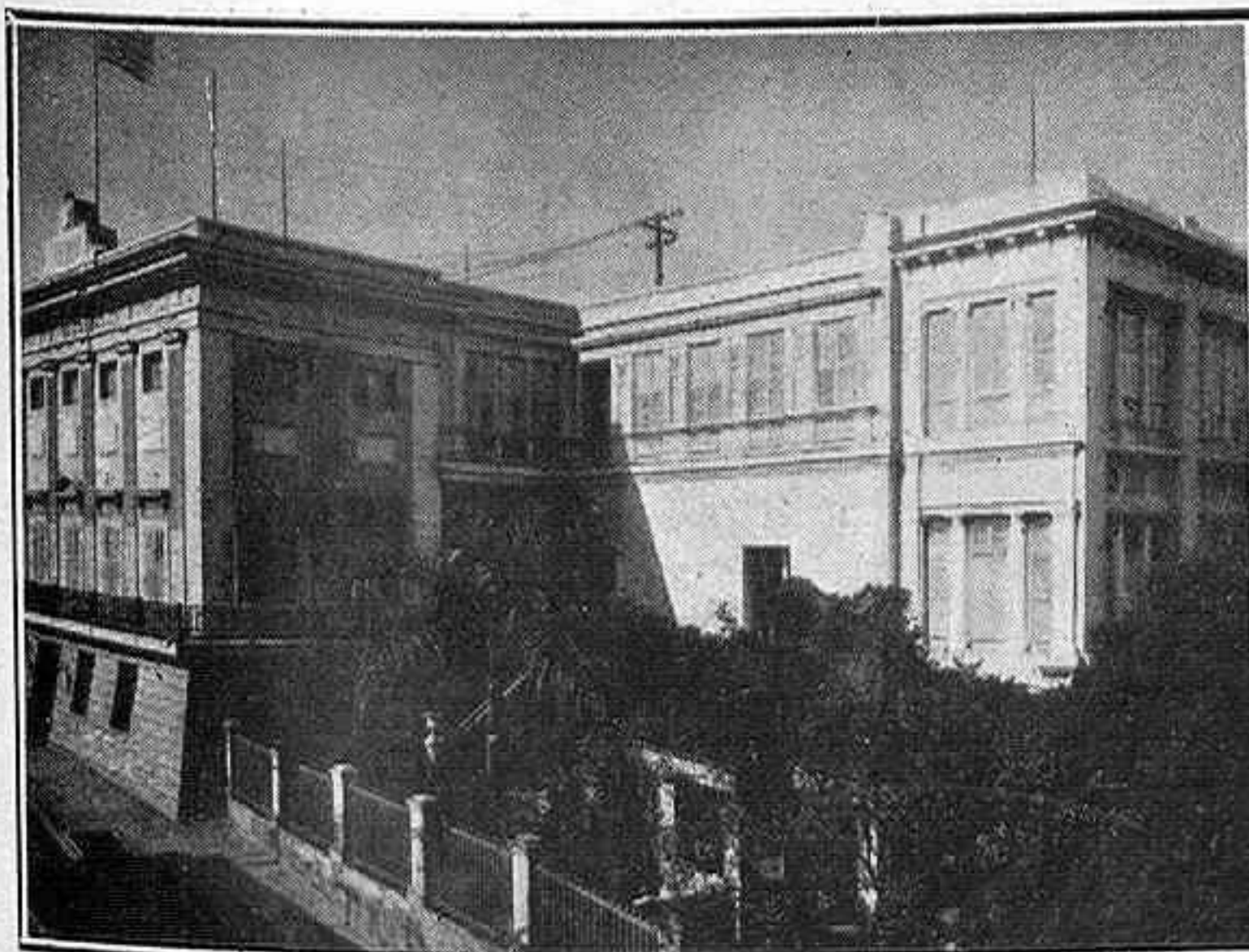
«Por la presente, entretanto que mandamos proveer de gobernador de la ysla de Sanct Xoan, que en las ysas del mar oceano, es Mi merced, e voluntad, acatando la suficiencia, e abilidad, e fiy delidad, de vos, Xoan Ponce de Leon, entendiendo, que comple así, seays Nuestro Governador de la dicha ysla, e thengais por Nos, e en Nuestro Nombre, la governación e xurgado della; e por esta Mi cédula Mando á cualquier personas de cualquier estado, o condycion, o preemynencia, que sean, que esthan, o estobieren, en la dicha ysla de Sanct Xoan, que durante dicho tiempo, vos fayan, e thengan, por Nuestro Governador della, e useys con vos en todas las cosas, e casos, al dicho ofycio concernientes; e que como a Nuestro Governador, en todo vos traten, e complan e obedezcan vuestros mandamientos, que para usar de dicho cargo en la forma susodicha, e para la execucion e complymiento de ellos, vos Doy poder cumplido, con todas sus yncidencias. Fecha en la villa de Valladolid, á catorce días de agosto de mill e quynientos e nueve años.—Yo, El Rey.»

De todos los fuertes conquistadores que sujetaron á la ignorada América al dominio de España, fué Ponce de León uno de los más misericordiosos y ecuánimes, no obstante lo cual varios historiadores le han tildado de vengativo y sanguinario. Pecaron gravemente de injustos los que tal escribieron, pues no eran los guerreros de entonces, sino el mismo espíritu cruel del siglo xv—espíritu torvo hecho á hierro y á fuego—el inspirador legítimo de las atrocidades que en nombre de la Religión y de la Patria se cometían. Precavido, templado en sus furias y más atento á granjearse el afecto de sus enemigos que á combatirlos, no fué Ponce de León quien decretó los repartos de indígenas entre los colonos españoles, sino las Ordenanzas de Valladolid, publicadas en 1513; ni tampoco quien ordenara marcar á los indios esclavizados con una F en la frente; pues de tan bárbara disposición es autor el Monarca, que lo mandó así para distinguir á los indios borinqueños de los del Continente, que debían ser marcados en una pierna. A cada cual su culpa, y ya que los conquistadores de América cometieron tantas, no echemos sobre sus hombros también las de sus Reyes.

En los primeros tiempos Ponce de León no fué hostilizado, porque los indios les suponían—á él y á los suyos—hijos del «turye» (del cielo), y de consiguiente, inmortales.

Desgraciadamente para todos, el trágico fin del joven español Diego de Salcedo, que acababa de llegar á la isla, desvaneció esta leyenda. Dirigiase Salcedo á un poblado del interior, y habiendo de cruzar el río Guaorabo, por no desnudarse determinó pasarlo á hombros de uno de los indios, amigos al parecer, que le escoltaban, y llevaban órdenes del belicoso Orayoán, cacique de Yagüeca, de asesinar al intruso, ahogándole. Así lo hicieron; y, tras de tenerle un buen rato bajo el agua, le depositaron en la orilla, donde le dejaron tendido tres días, durante los cuales no cesaron de rezarle y de pedirle perdón, temerosos de que resucitase; pero al advertir que el cadáver empezaba á descomponerse, llenos de júbilo divulgaron la placentera noticia, y los «bohiques» ó curanderos augures, luego de estimular con sacrificios la ayuda ó favor del «zemí» tutelar, lanzáronse á predicar la «guasábara», ó guerra santa, contra el invasor. Un soplo formidable de rebeldía estremeció los bosques; millares de indios, armados de flechas y mazas, se aprestaron á la patriótica gesta enardecidos, y el cacique Mabodamaca exageró su osadía al extremo de mandarle decir á Ponce de León «que si quería ir adonde él estaba, le tendría los caminos bien limpios».

Sabido es cómo el caballero leonés aceptó la lu-



Palacio del Gobernador, edificado en el mismo lugar que ocupara la casa solariega de los Ponce de León



Iglesia Catedral de San Juan de Puerto Rico

cha y con que entereza supo ganarla. Después de esta victoria le sorprendemos cansado, entristecido; y no eran, seguramente, los continuados peligros de la guerra los que fueron desamorándole de aquella tierra, por la que tanto combatiera; sino, de una parte, las sucias intrigas palaciegas de Diego Colón, hijo del descubridor, que deseaba reemplazarle en el gobierno de la isla, y de otra, la incurable desconfianza del Rey. A estos motivos de orden moral sería oportuno añadir el descaecimiento físico que le causarían el rigurosísimo clima de entre trópicos y la costumbre, excesivamente generosa, que los indios principales tenían de ofrecer sus hermanas á los españoles, en señal de hospitalidad y adhesión.

El hecho es que, á los cuarenta y nueve años, el animoso D. Juan Ponce de León empezó á comprender el drama de sus cabellos encenizados; su corazón batía con menos fuerza; se enfriaba su carne, y entre la barba faunesca, los labios, antes besadores y glotones, se entreabrían hastiados. Esta particularísima disposición de ánimo justifica el entusiasmo ciego con que, no bien se lo dijeron, aceptó la existencia de la fuente de Bimini, cuyas aguas maravillosas—según una leyenda que los borinqueños recogieron de los quisqueyanos de Haití y de los siboneyes de Cuba—poseían la virtud de rejuvenecer á cuantos las bebían ó se bañaban en ellas. En vano personas prudentes le aseguraron que el manantial de Bimini sólo beneficiaría á los indios. Ponce de León no se resignó; por sí mismo quería conocer la verdad. No sabía dónde la fuente estaba: «Corre—le habían dicho—al otro lado del mar...» El señalamiento era harto impreciso: «Al otro lado del mar...» Pero ¿dónde?... ¿En el continente?... ¿En otra isla?... No desmayó, sin embargo, y aderezando á sus propias expensas tres barcos, lanzóse á la aventura más lírica de que habla la Historia, pues no eran la codicia ni la fiebre de mando los sentimientos que le impulsaban, sino el purísimo deseo de volver á ser mozo; y así vivió, no obstante ser hombre de poquísimas letras, el mismo prodigioso poema que Calderón, en España, y Goethe, en Alemania, habían de escribir siglos después.

El resultado de este viaje fué el descubrimiento de La Florida, región bellísima, poblada por indios audaces y bien equipados para la guerra, y donde, once años más tarde y peleando contra sus enemigos, que le empujaban hacia el mar, recibió el conquistador leonés en un muslo el flechazo que, por infección, había de ocasionarle la muerte.

Falleció D. Juan Ponce de León, que entre otros títulos gloriosos ostentaba el de Adelantado de La Florida y Bimini, en la Habana, el mes de Junio de 1521, y sobre su tumba alguien grabó este dístico:

*Mole sub hac fortis resquiescunt ossa Leonis,  
qui vicit factis nomina magna suis.*

Que un poeta mediocre tradujo así:

«Aqueste lugar estrecho  
es sepulcro del varón  
que en el nombre fué León,  
y mucho más en el hecho.»

Fué un nieto suyo, que, fatigado de la milicia, cambió la cota por la sotana, quien consiguió trasladar los restos del conquistador á la iglesia de Santo Tomás de Aquino—luego de San José—, en

Facsímil de la firma de Juan Ponce de León

Puerto Rico, donde los Ponce de León tenían su casa solariega, y en el lugar que ocupa actualmente la llamada Casa Blanca, residencia del gobernador. Cuatro siglos después fueron llevados con solemne pompa á la Catedral, donde hoy reposan bajo una lápida de mármol de Carrara, alta de tres metros, en la que el escultor Miguel Blay representó á España por una matrona triste y belicosa á la vez que, cerrados los ojos, como para mejor inmergirse en su dolor, besa una urna sepulcral.

.....  
Palpita un contraste arcano inexplicable entre el recogimiento melancólico, fresco y callado del templo y el regocijo tropical de la ciudad blanca, más reverberante y alegre que una dentadura de criolla joven. El templo calla enigmático, como la muerte, mientras á su lado la calle ríe frívola, como la vida...

Fué este mismo cielo de añil que me cubre—pensamos—el que llenó de júbilo el pecho de Juan Ponce; y este sol, aquel que inflamó su sangre hasta agotarle. Quien se agitó y soñó y combatió tanto..., ¡qué quieto está ahora!...

Y vislumbramos, y en este presentimiento hay un perfume de agorería, el raro destino de aquel hombre que cabalmente por ir, ávido de juventud, en busca de la fuente de la Vida, dió en la Muerte.

EDUARDO ZAMACOIS



# LA MODA RETROSPECTIVA

UNA de las características del Arte, en todas sus manifestaciones, es la tendencia á alternar el avance con el retroceso. Todo nuevo estilo de interpretación es sucedido por un retorno al gusto anterior, y mientras más radical sea el afán de innovación de un momento, más atrás se volverá luego en busca de lo pretérito.

En el Arte indumentario tales ocurrencias son continuas. El triunfo de las modalidades arcaicas no es sino el resultado de aquellos radicalismos de la Moda que nos enloquecieron durante la gran guerra é inmediatamente después de ésta: la falda ajustada y corta, el destierro del corsé, la ausencia del talle y otras varias.

Llegado al punto que se alcanzó, no hubiera sido posible un leve retroceso. Ello nos hubiera llevado á contrastes demasiado fuertes. Hízose preciso buscar tendencias que guardaran cierta armonía, siquiera de línea, con el gusto actual, y se halló el estilo egipcio, al que el descubrimiento de la tumba de Tutankhamen prestaba, además, un sello científico popular que aseguraba el éxito.

Pero he aquí que la mujer va cansándose de ser arcaica, de mantener una rigidez y precisión de movimientos poco gratos, impuestos por la estrechez de los trajes, porque, aun suponiendo que éstos no coartaran realmente la libertad de sus gestos, ¿quién que tenga una idea siquiera de la propiedad de las cosas se atrevería á adoptar una actitud, frívola ó seria, capaz de coquetear chispeante y pizpireta vistiendo un traje que parece arrancado de un friso?

Es inútil creer que podemos desprendernos de las preocupaciones que nos imponen las circunstancias que nos rodean; y el que las desafía pasa por loco.

Hay que ir substituyendo una modalidad por otra, hasta conseguir que sea universalmente aceptada, y en el acto buscar nuevos medios de expresión.

Parece ser que ahora se trata de llevarnos del severo clasicismo á las cumbres de lo artificioso, imponiéndonos el gusto de mediados del siglo pasado.

Preparémonos, pues, á ser dominados por las modas del año cincuenta... A ver los trajes «tubos» olvidados por las faldas ampulosas... El sombrero, por la capota... La melena rizada, por los tirabuzones... Y, guardando la debida armonía, lo escueto, por lo florido; lo especulativo, por lo romántico...

Las casas más afamadas se disponen á emprender la lucha, con modelos capaces de tentar á la más empedernida sostenedora de la línea recta y de la silueta sin curvas.

Corpiños que entallan el cuerpo y colocan la cintura en su lugar natural; faldas pomposas que sólo dejan asomar la punta del pie; mangas cortas, de farol pequeño, que imprimen á los brazos un aire de juventud, haciéndolos más suaves y redondos, y escote generoso luciendo los hombros.

El caso es que estas modas, dentro de su afectación, favorecen á todas las mujeres; lo mismo á las jóvenes que á las maduras, á las delgadas como á las amenazadas por excesivo *embonpoint*.

A pesar de ello, ¿triumfarán?...

Para comidas, y hasta para recepciones de tarde, es seguro su éxito; sólo falta saber si hay quien los utilice para pasear y viajar.

Una cosa es atravesar un salón, sentarse á tomar el aire en una terraza ó un jardín, y muy otra dar un paseo para adelgazar, y coger, poco menos que al vuelo, un tranvía eléctrico ó un *auto taxi*.

Y esto en todo tiempo del año, con lluvia y con sol.

Los modistos tendrán tales consideraciones en cuenta; para algo se anuncian nuevas interpretaciones del *tailleur*, deliciosas por cierto, en las que, sin dejar de rendir culto á la línea recta, se inician algunos cambios de interés. Así, en lo que se refiere al color, hemos visto combinaciones lindísimas; faldas oscuras y chaquetas de tonos muy brillantes substituyen á los de reminiscencia oriental estampadas ó bordadas. Las faldas de *sport*, último modelo, son en forma de capa, confeccionadas de telas escocesas á grandes cuadros, y acompañadas de una graciosa chaqueta-jersey, de lana de un tono, abrochada delante, con bolsillos superpuestos y cuello y puños vueltos. Estas chaquetas se hacen también de crespón y se adornan con botones fantasía.

Se emplea mucho para los trajes de una sola pieza la franela ó cachemir blanco, ribeteado con



Lindo vestido en tafetán y encajes

trencilla de seda negra, y las vueltas de las solapas y los puños negros también.

La línea circular ó de capa invade todos los terrenos; últimamente se ha lanzado un tipo de traje-abrigo de mañana ó viaje, confeccionado de lana diagonal azul marino, cuya parte superior, recta, cruza delante y se abrocha, ciñendo las caderas por medio de una banda de lo mismo, al lado izquierdo; en tanto la parte inferior, recta y lisa en la delantera, el lado derecho, y detrás se ensancha por medio de un volante nesgado que se va agrandando hasta alcanzar todo el largo de la falda, en donde el abrigo cierra.

Al lado de estos aspectos más severos de la Moda se ven mil exquisiteces. Los accesorios son cada vez más numerosos: estuches de vanidad, pitilleras y fosforeras, bolsos de complicados bordados y, para los trajes de noche, grandes abanicos iridiscentes, confeccionados de tul y de encajes bordados con lentejuelas de los colores más violentos. Los de pluma han desaparecido por completo; si acaso se ve alguno, está hecho de plumas de color, muy desrizadas y esmaltadas de cuentas de cristal.

Este afán de lograr puntos de luz artificiosos se lleva al extremo de adornar con *strass* las lengüetas, botones y lazos que adornan los zapatos de vestir.

En cuanto á los sombreros, se dice que triunfará en toda la línea un modelo de pamelita, atada bajo la barbilla con unas cintas anchas de seda, y una forma nueva de casquete, en tonos muy brillantes, que substituirá al tricornio, y cuyo adorno, sencillísimo, dirigido hacia arriba, alargará la silueta.

El momento es interesante, porque á ciencia cierta no se sabe nada. Luchan por imponerse modalidades distintas, y nadie se atreve á declararse definitivamente en favor de ninguna. El éxito acompañará á la que, sin preocuparse de que la tachen de excesivamente *pompier*, se declare francamente sostenedora de una tendencia. En el arte del traje, como en todas las artes, no consiguen la gloria los pobres de espíritu, los esclavos del pensar ajeno, los que no tienen la convicción de que han descubierto el mejor camino: el único...

Paris, Marzo de 1924.

LAMARCA





**L**

La suprema razón

de la mujer, la razón que persuade y triunfa, suele ser una sencilla y oportuna sonrisa. Convierta usted sus sonrisas en razones usando a diario la

**PASTA DENS**

y enjuagándose con Elixir Dens después de cada comida. Así tendrán sus dientes el atractivo de una nivea blanca y de un brillo insuperable.

Tubo, 2 pesetas en toda España.

PERFUMERÍA GAL. - MADRID



# Prensa Gráfica en Sudamérica

Precio del ejemplar en la Argentina:

		CAPITAL	INTERIOR
LA NOVELA SEMANAL	\$ mon. <sup>a</sup> nac. <sup>1</sup>	0.20	0.25
MUNDO GRAFICO.....	» » »	0.20	0.25
NUEVO MUNDO.....	» » »	0.30	0.35
AIRE LIBRE.....	» » »	0.30	0.35
LA ESFERA.....	» » »	0.60	0.65
ELEGANCIAS.....	» » »	1.50	1.60

TARIFA DE SUBSCRIPCIÓN ANUAL  
para Argentina, Bolivia, Chile, Paraguay y Uruguay:

LA NOVELA SEMANA!	\$ moneda nacional	10
MUNDO GRAFICO.....	» » »	10
NUEVO MUNDO.....	» » »	16
AIRE LIBRE.....	» » »	16
LA ESFERA.....	» » »	29
ELEGANCIAS.....	» » »	18

Las órdenes de suscripción, acompañadas de su importe, deben dirigirse a la

AGENCIA GENERAL **LONJA DEL PAPEL IMPRESO**

**Salta, 161, BUENOS AIRES**

NOTA El pago de suscripciones puede hacerse, para mayor comodidad del público, en giro bancario o postal, en sellos de Correos argentinos o en billetes de Banco argentinos, españoles, uruguayos, chilenos o norteamericanos.

Lea Ud. los viernes  
la revista ilustrada

# NUEVO MUNDO

50 céntimos número en toda España

**LA SALUD  
ES LA VIDA**

En provecho de ella, exija V. siempre  
**LAS LEGITIMAS  
PASTILLAS VALDA**  
que no pueden venderse más que  
EN CAJAS DE PTAS 1,75 CON EL NOMBRE VALDA EN LA TAPA.

Si le propusieren a V.  
OTRO REMEDIO MEJOR,  
OTRO REMEDIO TAN EFICAZ,  
OTRO REMEDIO MÁS BARATO

Esté V. persuadido que no le interesa  
NO HAY COSA QUE EQUIVALGA A  
**LAS PASTILLAS VALDA**  
Peao sobre todo **TENGA CUIDADO** de emplear  
**LAS LEGITIMAS**  
que son sólo las que  
**SE VENDEN EN CAJAS**  
que llevan el nombre  
**VALDA**

Fórmula :  
Menthol 0.002  
Eucalyptol 0.0005  
Azúcar-Goma.

# CADA UNO Y SU VIDA

NOVELA DE  
**G. MARTINEZ SIERRA**

es el título del número que

# LA NOVELA SEMANAL

publica hoy sábado

25 céntimos ejemplar

Calidad en los autores :: Cantidad en la lectura :: Baratura en el precio

son los tres lemas á que se sujeta en su publicación

# LA NOVELA SEMANAL

Los corresponsales de **PRENSA GRÁFICA** en provincias y en el Extranjero, los vendedores de periódicos en todas las localidades, las librerías, los quioscos y puestos de venta de periódicos, las Bibliotecas de las estaciones de Ferrocarriles de todas las redes españolas, tienen á la venta ejemplares del número corriente **TODOS LOS SABADOS**, y de números atrasados en cualquier momento. Unos y otros se venden al precio único de

**30 céntimos ejemplar en toda España**



Para anunciar en esta Revista,  
diríjase á la Administración de  
la Publicidad de Prensa Gráfica

## "PUBLICITAS"

Avenida Conde Peñalver, núm. 13, entresuelo.  
Apartado 911 ••••• Teléfono 61-46 M. ••••• MADRID  
Casa en Barcelona: Ronda San Pedro, 11, pral.  
Apartado 228 ••••• Teléfono 14-79 A.

Lea usted los miércoles **MUNDO GRAFICO**



**HAUTANA** ES EL PERFECTO SOSTENE-  
DOR DE PECHO CONFECCIO-  
NADO EN DIVERSAS  
CALIDADES DE TEJIDOS DE PUNTO, DE ALGODON Y SEDA  
El sostén HAUTANA es dechado de perfección y elegancia,  
de corte inimitable y confección esmeradísima

BARCELONA: Villa de Pará, Fernando, 32; Grandes Almacenes «El Siglo».—  
MADRID: Almacenes Rodríguez, Gran Vía; Altisent y Compañía, Peligros,  
20; Ruiz de Velasco, Mayor, 11.—SAN SEBASTIAN: Gregorio Landazábal,  
Garibay, 24.—GIJÓN: Piñera Hermanos, Corrida, 30.—AVILES: Casa Her-  
minio.—CORUÑA: Constantino Fernández, San Andrés, 51.—VIGO: Albino  
Piñeiro, Príncipe, 1.—SEVILLA: Rafael Labat, Alvarez Quintero, 14.

ÚNICOS IMPORTADORES:

Muller y Compañía. BARCELONA. Aviñó, 20. Apartado 51

## ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque toni-  
fica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

## ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedias, vómitos, inapetencia,  
diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento,  
dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico.

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID,  
desde donde se remiten folletos á quien los pida

EN BREVE

# LOS DESTERRADOS

PRIMERA INTERESANTÍ-  
SIMA NOVELA DE LA  
COLECCIÓN ALMAS DE MUJER

POR

## "El Caballero Audaz"

TRES PESETAS LUJOSO VOLUMEN

PEDIDOS A

"RENACIMIENTO" Preciados, 46, Madrid



Agua RADIUM

TINTURA PARA EL PELO  
Con una sola aplicación  
se logran matices permanentes  
Cortés Hermanos Barcelona

## CONSERVAS TREVIJANO LOGROÑO



EVITA LA CAIDA DEL PELO  
LE DA FUERZA Y VIGOR

## ALCOHOLATO

AL  
ABRÓTANO MACHO

Carmen, 10, ALCOHOLERA, Madrid

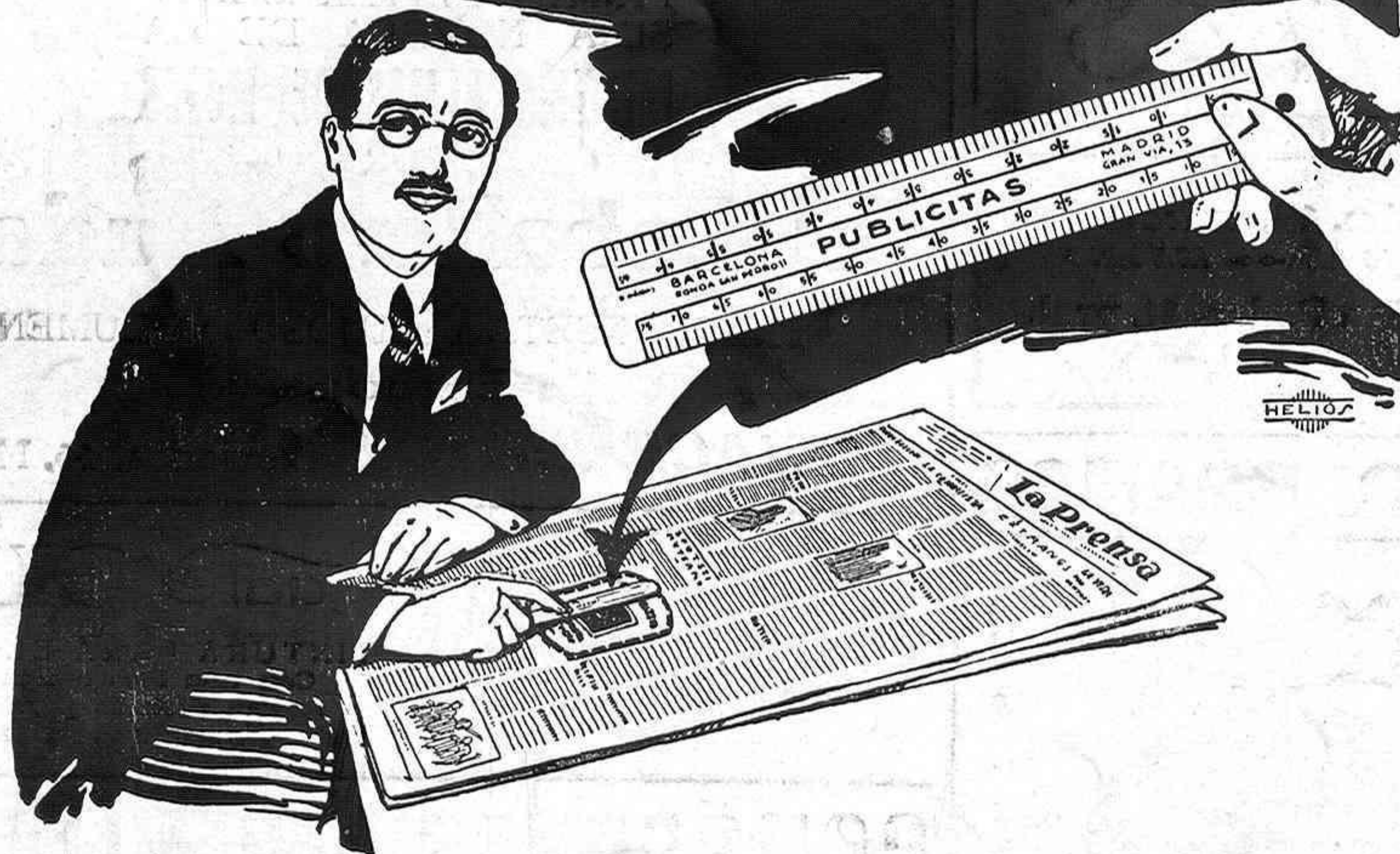


## DÍAZ FOTOGRAFÍA :: DE ARTE ::

Fernando VI, 5.—Madrid



# EL ANUNCIANTE DE HOY SABE MEDIR SUS ANUNCIOS



El anunciante de hoy sabe que la publicidad en la Prensa se mide por líneas, utilizando una especie de pequeña regla llamada «lineómetro»

Al recibir las facturas de publicidad y los comprobantes, se asegura por un cuidadoso control de posibles equivocaciones en el cálculo

La Agencia Internacional de Anuncios **PUBLICITAS** tiene especial gusto en ayudar á los anunciantes para el control de su publicidad en los periódicos

## REGALA UN LINEÓMETRO

á todo anunciante que lo solicite, y le enseña á manejarlo

Diríjase á **PUBLICITAS**, Gran Vía, 13, Madrid, y le será entregado el lineómetro, con las instrucciones necesarias para su debido uso; todo ello sin el menor compromiso para usted y sin exigirle absolutamente nada

## LE LIERRE

ESTABLECIMIENTO RECOMENDADO

ESCUELA COMPLEMENTARIA PARA SEÑORITAS

(Autorizado por la Academia de París, 1920)

PARC DES PRINCES  
(Cerca del Bois du Boulogne)

CURSO COMPLETO EN FRANCÉS

ARTES :: CURIOSIDADES  
GRAN JARDÍN :: "TENN.S"  
"CONFORT" MODERNO  
CALEFACCIÓN CENTRAL

Madame  
**BERNT LIE**

39, rue du Château  
9, Avenue Victor Hugo

BOULOGNE - sur - SEINE  
(près PARIS)

Teléfono: Boulogne 154

## Lea LA NOVELA SEMANAL



## PARA ADELGAZAR

EL MEJOR REMEDIO  
DELGADOSE  
**PESQUI**



No perjudica á la salud. Sin yodo, ni derivados del yodo, ni thyroidina.

Composición nueva, desaparición de la gordura superflua.

Venta en todas las farmacias, al precio de 8 pesetas frasco, y en el Laboratorio "PESQUI". Por correo, 8,50. Alameda, 17, San Sebastián (Guipúzcoa), España.

## URÉOL CHANTEAUD

54, Rue des Francs-Bourgeois, PARIS

Muy eficaz  
CISTITIS, GOTA  
REUMATISMO  
Enfermedades de los  
RIÑONES y de la VESIGA

Lea usted los martes  
la Revista deportiva

## Aire Libre

Informaciones nacionales y extranjeras  
50 cénts. ejemplar en toda España

Dr. Bengué, 16, Rue Ballu, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

## ESCUELA BERLITZ Arenal, 24

ACADEMIA DE LENGUAS VIVAS

Todos los meses empiezan clases de inglés, francés, alemán é italiano  
CLASES GENERALES É INDIVIDUALES :: TRADUCCIONES